



PROTEGIENDO SU OMEGA

JASMINE FOX

Protegiendo su Omega

Un romance de harén inverso en el Omegaverso

(Serie Preciada Omega)

Jasmine Fox

Copyright © 2024 by Jasmine Fox

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)

Capítulo 1

Brielle

Bang. Bang. Bang.

—¡La cena! —gritó Jenson.

La ranura del centro de la puerta se abrió y salté del catre. Tenía unos cinco segundos antes de que metieran la bandeja con la comida por el agujero, y había aprendido por las malas que, si no estabas lista para coger tu comida cuando llegaba, te la comerías del suelo.

Agarré la bandeja de acero cuando la introdujeron sin contemplaciones por la ranura y fruncí el ceño al ver el líquido marrón y caldoso y el trozo de pan duro.

—Sé que me estás ocultando algo. ¿Dónde está lo bueno? —pregunté, mirando a través de la pequeña ventana.

En cuanto al personal, Jenson era el más agradable. A veces, era un viejo cascarrabias, pero, a diferencia de los demás, no nos maltrataba por ser omegas. Tenía la misma actitud con todo el mundo, independientemente del rango, y yo podía apreciarlo.

El cambiaformas gruñón resopló. —¿Qué crees que es esto, un hotel cinco estrellas? Quizá si pasaras menos tiempo jugando al escondite durante la Caza, comerías mejor.

Luché contra el impulso de poner los ojos en blanco ante su inoportuna sugerencia. Cualquier indicio de falta de respeto acabaría con la única fuente de interacción que tenía en este lugar, así que controlé mi expresión. Ya había pasado nueve meses mirando las paredes en blanco de mi celda en las instalaciones del Consejo. No había nada más que hacer aparte de contar los días que faltaban para que me soltaran en el bosque con las otras desafortunadas omegas que habían salido de los internados.

Sin embargo, yo era un misterio. Era inaudito que una omega venciera a la Caza (evitar ser capturada y llegar hasta el final), pero yo lo había hecho ya tres veces.

—Vamos, no seas así, Jenny. —Mi apodo para la guardia era mitad burla, mitad desprecio—. Sabes que no puedo dejarte. ¿Quién si no te proporcionaría una conversación tan fascinante?

Ante mis palabras, resopló y frunció sus gruesas cejas canosas. —Come, chica. Tengo la sensación de que esta será la última vez que nos veamos.

Sus palabras hicieron saltar las alarmas en mi interior.

—No seas tan dramático. —Puse la bandeja en el escritorio de madera detrás de mí, prefiriendo aprovechar la compañía temporal en lugar de aceptar la repugnante excusa para la nutrición—. Siempre dices lo mismo.

Me mantenían separada de las demás chicas, como si mi resistencia fuera contagiosa. Tras mi segunda victoria, el Consejo adivinó lo que tramaba. No querían que la noticia de su pequeño resquicio se extendiera a las demás candidatas, así que me aislaron.

Mi loba resopló. Como si tuviéramos elección.

—Siempre lo digo en serio —murmuró Jenson. Algo cambió en su rostro y me miró con lástima. La emoción me puso los pelos de punta—. Estás jugando a un juego peligroso, niña. Si fueras mi hija... Luego, se calló, cerrando el pensamiento mientras miraba hacia el pasillo.

Una parte de mí quería saber qué le había provocado esa cara de confusión.

Abrí la boca para preguntarle, pero entonces lo oí.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal con cada sordo golpe que llegaba a mis oídos.

Los guardias estaban al acecho antes de lo habitual.

Los guardias del Consejo (o dignatarios, como les gustaba llamarse) eran matones glorificados. Se encargaban de recoger a las omegas de los internados y supervisar su estancia hasta que comenzara la Caza. Los guardias eran predominantemente alfas y betas, y aprovechaban cualquier oportunidad para hacernos la vida más difícil.

Cualquiera diría que somos delincuentes o algo así.

—Se acabó el tiempo, Jenny —dije, dando una palmada en la puerta con más bravuconería de la que sentía—. Nos vemos mañana.

Mientras los pasos de Jenson se retiraban por el pasillo, me senté en el escritorio e hice ademán de mojar el duro pan en mi sopa por si los guardias decidían asomarse por la ventana.

El Consejo me castigaba después de cada victoria, con la esperanza de hacer mi estancia insoportable. Querían quebrarme, obligarme a aceptar mi destino. No sabían que prefería morirme de hambre antes que atarme a una unidad cualquiera para tener crías.

Me negaba a ponérselo fácil.

No importaba. Estaba a sólo dos cacerías de la libertad. Entonces, no había nada que nadie pudiera hacer para impedirme salir por esas puertas.

Me tragué el resto de la sopa, me subí a mi delgado catre y me tapé con la raída sábana. Mañana sería mi cuarta victoria.

Y estaría un paso más cerca de encontrar a Blythe.

Las luces se apagaron, sumergiendo la habitación en la oscuridad.

Pasé el pulgar por el medallón circular enroscado en el fondo del bolsillo, apretándolo entre los dedos como si fuera lo único que mantenía a raya los recuerdos.

Así evitaba que el dolor devorara la cáscara en la que me había convertido.

—Voy a por ti, Blythe —susurré entre las sombras.

Me quedé mirando el abismo bostezando hasta que los ojos me pesaron de sueño y ya no pude luchar contra el agotamiento que amenazaba con consumirme.

_____ ¡Papi! —grité.

Me acerqué a él mientras su cuerpo se debilitaba y sus ojos se tornaban blanquecinos. Nunca antes había visto un cadáver, y el terror ahogó el aliento de mis pulmones. Lo habían matado. Papá dijo que intentarían llevarnos, y lo mataron por nuestra culpa. El peso de mi dolor era insoportable mientras mi padre (el hombre que me amaba y me protegía) se hundía contra el volante en un charco de sangre.

—¡No... no... papá, no! —Los sollozos de Blythe llenaron el aire mientras la puerta trasera era arrancada de sus goznes.

Los gritos de mi hermana pasaron de la desesperación al terror en un instante. Unas manos enguantadas la empujaron hacia atrás y yo entré en acción, moviéndome por instinto mientras mi loba se alzaba dentro de mí. Me abalancé sobre los cambiaformas que retenían a mi hermana pequeña.

—¡Joder! —gritó uno, intentando sacudirme de encima.

—Aléjate de ella —grité, ignorando la sangre de mis dedos.

Les desgarré la carne con un chillido mientras Blythe caía al suelo a los pies del cambiaformas, pero más de ellos nos rodearon. Me puse delante de Blythe, decidida a ser la barrera entre ella y los hombres que habían matado a nuestro padre.

—Coged a esa zorrita antes de que vuelva a atacar —gruñó el cambiaformas que había sacado a Blythe del coche.

Sonreí satisfecha.

—¿Vas a venir tranquilamente como una buena chica, o vamos a tener que hacerte daño? —preguntó el nuevo cambiaformas con una voz engañosamente tranquila.

Este era más aterrador que el primero. Había oscuridad en sus ojos, que mostraba un pozo cavernoso donde debería estar su alma, lista para enredarme en su telaraña.

Retrocedí un paso mientras lágrimas calientes me escocían las mejillas.

—¡Asesinos! Nunca iremos con vosotros.

Una horrible sonrisa tiró de sus finos labios. —Esperaba que dijeras eso.

Se me encogió el estómago cuando avanzó.

Entonces, un estruendo sacudió la tierra y caí de rodillas. Un chasquido nauseabundo resonó en el aire mientras el dolor me recorría el brazo.

Grité, poniéndome de rodillas y buscando a Blythe entre el caos. Acunando el brazo palpitante

contra el pecho, contemplé boquiabierta la escena que se desarrollaba ante mí. El primer grupo de lobos luchaba contra otro grupo de cambiaformas, uno con hembras.

—Quita las manos de la niña, pedazo de mierda —gritó una de las mujeres, esquivando un golpe mientras alcanzaba a Blythe.

El cambiaformas del Consejo soltó a Blythe, pero, cuando la mujer fue a agarrarla, él atacó. Entonces, la mujer empujó a Blythe a los brazos de un hombre asustado momentos antes de que su atacante la encerrara en un feroz abrazo.

El cambiaformas del Consejo arrastró la nariz por su pelo, olfateando largamente. —Cuando acabe contigo, te arrepentirás del día en que te uniste a los asaltantes libres.

Asaltantes libres.

Las palabras se enterraron en mi memoria.

Mi cabeza se echó hacia atrás cuando alguien me agarró de la coleta y me arrastró con saña a través de la batalla. El hombre y la mujer desaparecieron rápidamente entre la masa de cuerpos que chocaban, y yo grité.

Seguía gritando cuando me metieron en una furgoneta negra, levantaron sus armas y dispararon a mansalva.

Me desperté sobresaltada cuando las luces fluorescentes inundaron mi celda. Un fuerte timbre resonó en todo el edificio y me recordé a mí misma que la sensación de sangre pegajosa y caliente en mis manos no era más que el vestigio de un sueño. Poco a poco, mi entorno (el colchón lleno de bultos, los muebles fríos, el olor a lejía y a hombre) se fue concentrando.

Respirando hondo, ralenticé la aceleración de mi corazón.

Me puse de pie y esperé a que los guardias me llevaran a la sala de arrestos. Cuando se abrió la pesada puerta, me recibió una tripulación de rostro adusto.

—Hoy no vas a causar problemas, ¿verdad? —me preguntó Frank, el guardia de ojos saltones.

—No más de los habituales —respondí, manteniendo la cabeza alta.

Frank resopló. —Eres una omega. Deberías empezar a actuar como tal.

—¿Qué significa eso? —le desafié.

Alister, que parecía una versión exagerada del príncipe azul sin encanto, me rodeó el antebrazo con la mano y me guio por el pasillo.

—Significa que es mejor doblarse que romperse. —La voz de Alister cortó el aire como un cuchillo—. Pero estoy seguro de que tu unidad se divertirá de cualquier manera.

Odiaba que sus palabras me afectaran. Un puño frío se cerró en torno a mi corazón ante la idea de que me atraparan.

—Y disfrutaré sacándoles un gran dedo corazón cuando vuelva a ganar—, siseé, más enfadada por mi miedo que por sus palabras.

Alister rio, el sonido era como metal contra rocas. —Estás al final de tu cuerda, Brielle. No puedo esperar a ver tu cara cuando finalmente te des cuenta.

Frank se puso a mi altura, mirándome lascivamente como si tuviera el poder de desnudarme con la mirada. Se dio cuenta de que le miraba y se lamió los labios.

—Sabes que un dignatario vigila tu reclamo, ¿verdad?

—Mejor diles que no contengan la respiración.

—No lo haré —ronroneó.

Me recorrió un escalofrío. Espeluznante. —Pensándolo bien, deberías empezar ahora mismo.

Se rio como el canalla que era, e hice lo que pude por ignorarlo.

Cuando llegamos a la puerta de la sala de collarín, enderecé los hombros. Era hora de concentrarse.

Todas las lecciones que me enseñó mi padre inundaron mi cerebro. Mi loba se elevó, fundiéndose conmigo hasta que ya no se sabía dónde acababa yo y dónde empezaba ella.

Iba a ganar esto.

Sigue a los pájaros hacia el oeste.

Fueron las últimas palabras del lobo que intentó salvarme. Cuando el cambiaformas del Consejo abrió fuego contra los asaltantes libres, uno de ellos había atravesado su línea en un último intento por salvarme. Me transmitió el mensaje con su último aliento.

Me aferré a mis recuerdos de Blythe.

Tenía que estar viva. Lo sabía.

Y después de ganar esta maldita Cacería de la Diosa, la encontraría.

Capítulo 2

Ezra

La energía chisporroteante que siempre acompaña al cambio se intensificó a medida que analizaba las unidades competidoras.

Una mano firme bajó sobre mi hombro y me arrastró hacia un pecho familiar. —Tal vez un poco más suave en el brillo.

—¿Para qué? Esto es una competición, ¿recuerdas? —Me burlé de la sonrisa fácil de Valor, un gesto apaciguador destinado a tranquilizar a los demás.

Tenía que admitir que funcionaba con una eficacia sin igual. Ocultaba el aura amenazadora del Ejecutor y convencía a la gente para que bajara la guardia. Por muy útil que fuera, no tenía tiempo ni habilidades sociales para ello.

—Aun así, sería mejor que los demás asumieran que no somos tan serios como ellos —dijo Korren con su naturalidad.

Como sanador jefe de nuestra manada, Korren se guardaba las cartas bajo la manga, prefiriendo trabajar con hechos en lugar de con emociones que cambian rápidamente. Aun así, sus hombros estaban rígidos y su mirada era más aguda de lo habitual.

A todos nos había disgustado descubrir que el Consejo había estado utilizando su poder para manipular a las manadas sancionadas y abusar de las jóvenes omegas. Como macho dedicado a curar y cuidar a los débiles, Korren se lo había tomado más a pecho que los demás.

Cuando la sala se llenó de risas detestables, puse los ojos en blanco y me dirigí hacia la mesa que nos habían asignado. Al igual que los demás edificios del Consejo, el cuartel general de la Caza era una gigantesca fortaleza de metal. Podía oír los engranajes de las cámaras de seguridad y el débil chasquido de las cerraduras al abrirse y cerrarse. Incluso podía sentir la estática de los micrófonos ocultos y los dispositivos de comunicación. Sin duda, estaban armados hasta los dientes, listos para cerrarse a la primera señal de peligro.

Si fueran inteligentes, sabrían que sólo era cuestión de tiempo que alguien descubriera la mierda enfermiza que tramaban y decidiera hacer algo al respecto.

Después de todo, esa era la razón exacta por la que estábamos aquí.

Mientras tomábamos asiento, eché un vistazo a las paredes para decidir dónde dejar mis nano hackers. Creé los diminutos dispositivos de infiltración hace unos años, y los utilizábamos para entrar en redes cerradas. Alfa Wynn había dado la orden de poner micrófonos mientras tuviéramos acceso al edificio.

—Me sorprendería que alguien en esta habitación tuviera más de dos neuronas para frotarse —dije, arrugando la nariz ante el olor a excitación apenas contenida.

Valor se mordió una risita. Unos mechones de pelo rubio se le escaparon de la cinta de la nuca mientras sacudía la cabeza con pesar.

—¿A quién elegimos si nuestra pareja no está entre las omegas? —preguntó Korren, dando lentos y metódicos sorbos a su agua.

Parecía que todos en esta sala se acercaban a un frenesí de apareamiento, un efecto secundario de tener tantos machos viriles tan cerca de omegas fértiles.

El frenesí era un fenómeno biológico que afectaba a los cambiaformas maduros. Ocurría cuando nos exponíamos a hembras a punto de entrar en celo. Durante este tiempo, nuestras naturalezas más bajas tomaban el control, y los machos se hacían más grandes, más fuertes y más agresivos.

Las peleas se producían de un momento a otro, y sólo los hombres más autosuficientes tenían la esperanza de calmar sus impulsos durante algún tiempo.

—Dejaremos que nuestros lobos decidan —respondió Valor—. La misión es lo primero. Por muy bonito que fuera encontrarla, nuestras posibilidades son escasas. Tenemos que recordar por qué estamos aquí.

Korren y yo asentimos. Habíamos pasado los cinco días anteriores con nuestra unidad Alfa, repasando cómo procederíamos en ambos casos. Era más probable que nos lleváramos a casa a una omega elegida.

El puño de Korren se cerró en torno a su vaso, y supe que estábamos librando la misma batalla.

Era la batalla que se había librado en nuestro interior desde que descubrimos que una pareja predestinada era posible. La Diosa no nos había abandonado como el Consejo quería hacernos creer.

—¿Cuánto van a tardar estos viejos cabrones? —se quejó alguien—. Es una Caza, no un puto seminario.

—Probablemente lo estén usando como un juego de poder —dijo Valor, encogiendo sus enormes hombros—. Para demostrarnos quién manda.

—Gilipollas ¿Creen que no lo sabemos? Tienen a todas las manadas cogidas por las pelotas con su control sobre las omegas.

—Sí, pero esta es su última oportunidad de ejercer su poder —dijo Korren—. Después de hoy, la mayoría de estas unidades apenas interactuarán con ellas.

El macho pareció pensar en las palabras de Korren, y aproveché para hacerle una señal a Valor.

Con una leve inclinación de cabeza, preguntó a Korren si quería algo de la mesa del bufé antes de dirigirnos hacia la extensión.

—Tres pares de ojos. Doce, dos y nueve —exhaló en voz tan baja que hasta mi avanzado oído de cambiaformas tuvo problemas para captarlo.

Llenamos nuestros platos y nos dirigimos de un extremo a otro de la mesa. Metiéndome una mano en el bolsillo, me metí un nano hacker entre los dedos y esperé a que Valor dejara caer accidentalmente una botella de agua.

—Mierda —siseó, lo suficientemente alto como para que lo oyeran los guardias.

—Lo tengo —dije.

Diosa, el cabrón es bueno en esto. No le doy suficiente crédito.

Valor se las arregló para dejar caer la botella justo al lado de una rejilla de ventilación detrás de la mesa. Deslicé el nano hacker entre los listones metálicos y cogí el agua antes de ponerme en pie.

Primera fase: completada.

Una hora más tarde, todos guardamos silencio cuando tres hombres vestidos con largas túnicas moradas se colocaron al frente de la sala. Mi lobo gruñó cuando el concejal Raza se adelantó y se llevó las manos a la espalda, observando a la multitud.

Su cara con hoyuelos brillaba de placer apenas contenido al ver nuestra agitación. Algunos hombres apenas podían permanecer en sus asientos. A pesar de su fría indiferencia, vi los engranajes girando en su mente mientras consideraba la mejor manera de acercarse a nosotros.

Raro.

Algo va mal, me advirtió mi lobo.

Tuve que darle la razón.

Se suponía que esta iba a ser una Cacería normal, pero la forma cuidadosa en que el concejal Raza nos inspeccionó hizo saltar mi sistema de alarma interno. Mi lobo me rozó la piel, transmitiendo su desagrado por el cambiaformas mayor.

Mis ojos se encontraron con los de Korren, y nuestro vínculo se llenó de tensión. Valor se acercó más, preparándose para lo que estaba por venir.

—Gracias a todos por acompañarnos en la Cacería de esta primavera —dijo Raza, con una voz sin inflexiones—. Como todos sabéis, reunimos a las unidades elegibles para participar en esta ceremonia de reivindicación cuatro veces al año. Es un privilegio del Consejo crear uniones que nos salven de la extinción que predijo la Guerra Negra.

La Guerra Negra fue una batalla entre brujas y cambiaformas hace casi ciento cincuenta años. Un grupo de brujas negras intentó esclavizar a los cambiaformas y nuestros antepasados se defendieron, lo que derivó en años de derramamiento de sangre. Al final de la guerra, las brujas maldijeron a los cambiaformas, haciendo estériles a todas las hembras cambiaformas. Entonces, la Diosa bendijo a las cambiaformas omegas con fertilidad para contrarrestar la maldición.

El segundo y más veterano de los concejales, el concejal Darío, se acercó al estrado y pulsó un botón. Entonces, una gran pantalla de proyección comenzó a descender del techo.

—¿Están haciendo una presentación? —susurró Valor.

—Parece poco probable —respondió Korren—. ¿Qué hay que explicar? Ellas corren, nosotros las perseguimos. Hecho.

¿Qué están haciendo?

—Esta temporada, la Caza será un poco diferente —anunció el concejal Raza.

Un escalofrío me recorrió la espalda mientras los hombres de la sala emitían sonidos de desagrado.

La pantalla en blanco se iluminó, dejándonos con más preguntas que respuestas, mientras el concejal Raza continuaba. —Hay un premio especial entre nuestras omegas. Una de nuestras hembras participa en la Caza por cuarta vez.

Apareció una imagen en la pantalla mientras las unidades murmuran entre sí.

¿Qué demonios...?

El Consejo nunca revelaba a las omegas antes de la Caza. ¿Por qué habían cambiado las reglas?

Volví a prestar atención al proyector tras intercambiar miradas con mi unidad. La omega de la pantalla me recordó a la canela caliente y a la luz del sol. Su piel bronceada y sus ojos color miel brillaban como si estuviera en la sala con nosotros.

Mi atracción fue instantánea, y mi lobo se dio cuenta, empujando contra mi piel para verla más de cerca.

—¿Cómo es posible? —preguntó un hombre.

—¿Qué le pasa? —preguntó otro—. Tiene que haber algo raro en ella si ninguna otra unidad la ha reclamado.

Su teoría corrió como la pólvora y la sala se llenó de voces.

—Silencio —atronó el concejal Raza—. No hay necesidad de alarmarse. Brielle Davis es una omega extraordinaria. De hecho, es la única omega que ha atravesado el bosque con el collar intacto.

—Ella ganó —dijo Korren.

La sorpresa y la intriga sustituyeron a las acusaciones que resbalaban de las lenguas de los hombres como cuchillas.

En sus inicios, el Consejo presentó la Caza como una ceremonia voluntaria y adaptable. Aunque todas las omega tenían que participar, dijeron a todas las manadas autorizadas que las omega podían negarse a ser reclamadas si llegaban al final de la Caza. Nos dijeron que podrían elegir después de cumplir con su deber.

Era otra forma en que el Consejo fomentaba la ilusión de compasión por las omegas y la raza cambiaformas en su conjunto.

Pensamos que era otra de sus mentiras. Me quedé mirando la foto de la omega, con un respeto recién descubierto llenando el espacio entre mis costillas. La hembra había superado a innumerables machos que, sin duda, tenían muchos años más de experiencia que ella. Era impresionante.

Pero si la norma existía, ¿por qué no la aprovechaban más omegas?

Basándome en lo que nuestro compañero alfa nos contó sobre las casas de huéspedes omega, estaba seguro de que más de ellas querrían sacar provecho de esta laguna jurídica.

Algo no me cuadraba.

Los fríos ojos del concejal Raza se posaron en Korren, y Valor (protector hasta la exageración) se acercó.

—No una, sino tres veces —gruñó Raza—. Es lo bastante rápida, lista y astuta como para burlar a tres temporadas de machos altamente entrenados.

Hizo una pausa, contemplando el mar de unidades con falso orgullo. —Estoy seguro de que los machos de esta Cacería demostrarán ser mejores que sus sucesores. —Se llevó los brazos a la espalda mientras recorría la sala—. Esta pequeña Omega por fin conocerá a su rival.

Entonces, se oyó un coro de gruñidos y aullidos, y luché por ocultar mi repugnancia.

Los estaba provocando.

Poniendo una diana en su espalda.

El concejal Raza levantó las manos. —Veamos cuál de nuestras unidades sancionadas ganará este premio. Ahora, preparaos. La Cacería tendrá lugar en quince minutos. Que gane la mejor unidad.

Ningún macho dominante podía rechazar el desafío que había lanzado el Consejo Raza. Las unidades estaban hambrientas por demostrar que podían reclamar una omega tan salvaje y estaban igualmente ansiosas por superar a las otras manadas.

Aunque en teoría los cambiaformas eran uno, nadie podía negar la competitividad entre manadas individuales. La fuerza lo era todo para los cambiaformas, y una manada era tan fuerte como su miembro más débil.

Tras la Guerra Negra, las cosas cambiaron en nuestras comunidades. En lugar de las frecuentes enemistades entre manadas por territorio y venganza, el viejo odio se ocultaba bajo un barniz. Ahora, nos desafiábamos más sutilmente. La Caza era una de las formas para establecer la jerarquía social tácita. Cuanto más rápido reclamaba una omega una unidad, más hábil se consideraba su manada.

Y para reclamar una omega como ésta... ninguna unidad podría resistirse a la oportunidad de elevar su estatus.

Valor, Korren y yo nos miramos, un entendimiento silencioso pasó entre nosotros.

Era nuestra.

Capítulo 3

Valor

Esto iba a ser un baño de sangre.

Mientras esperábamos a que empezara la Caza, miré a mi unidad de enlace, con el corazón rebosante de amor y adoración. Trabajábamos tan bien juntos porque éramos muy diferentes. Ezra era un genio, con una mente como una máquina. Lógico (aunque un poco atrofiado emocionalmente) y leal hasta la exageración, era el complemento perfecto para mi naturaleza descarada y protectora. Juntos, éramos los pilares de nuestra unidad.

Luego estaba Korren. El miembro más malhumorado de nuestra unidad tenía un temperamento fogoso que contrastaba con su bello rostro. A pesar de su actitud ocasional, no le costaba ser dulce y suave cuando era necesario, pero se convertía rápidamente en piedra si pensaba que intentábamos pisotearle.

Korren era el pegamento que nos unía, sobre todo cuando nos emparejaron de jóvenes, y nuestro vínculo no había hecho más que reforzarse con los años.

Me obligué a centrarme en la situación. Mi fría y dura concentración heló el suave calor de la primavera. Miramos a través de las rendijas de la puerta metálica de nuestra celda de contención mientras las omegas eran liberadas. Una oleada de color se extendió por el verde césped mientras se adentraban en el bosque en busca de refugio.

Catalogué sus pies descalzos, la ropa fina de colores neutros que les colgaba del cuerpo y los collares que llevaban al cuello.

El olor de su miedo (amargo y agudo) bailaba con el viento, agitando a mi lobo.

No era de los que se molestaban por mucho. Incluso con las patas hundidas en sangre, mantenía un nivel de compostura que rivalizaba con el del alfa. Sentirlo tan abiertamente afligido era alarmante.

Había algo que no había percibido en este grupo de omegas.

Observando de nuevo sus formas dispersas, me cuestioné el extraño nudo que se formaba en mi estómago.

¿Cómo es que nadie había cuestionado esto antes?

Era una pregunta retórica, que hizo resoplar a mi lobo cínico. Sabía tan bien como yo que la amenaza de una especie en extinción permitía a la gente pasar por alto una serie de cosas.

—Una cosa es oír hablar de ello y otra muy distinta verlo —dijo Korren, con voz de disgusto.

Probablemente, la parte sanadora de su naturaleza se moría de ganas por ayudar a las indefensas hembras. Daba gracias por no tener que lidiar con la misma dualidad. La compartimentación era una habilidad que todos los Ejecutores debían dominar. Dejarse llevar por las emociones ponía en peligro la misión. Por mucho que quisiera ayudar a todas las omegas, habíamos venido aquí con dos objetivos: información y la obtención de una omega.

Los ojos de Ezra saltaban de un lado a otro mientras escudriñaba a las hembras, buscando a nuestra Omega. —Todavía no la han liberado.

No, no lo habían hecho.

No había rastro de ella entre las Omegas que huían.

Ningún destello de cálida piel de caramelo y pelo de chocolate.

No creía en las coincidencias. La retenían después de haber provocado con su foto a una sala llena de machos movidos por el instinto, aumentando la necesidad inconsciente de poseerla. Era como meter un conejo en una guarida de víboras.

—Ahí está. —La voz de Korren era tensa.

Nuestro vínculo palpitaba, un latido sordo que me tiraba de las costillas como una correa invisible que me empujaba hacia delante.

Seguí su mirada. Su pelo color chocolate llamó mi atención mientras se deslizaba por el campo como una gacela. En cuestión de segundos, había desaparecido entre el follaje.

Maldición, es rápida.

La excitación y la ardiente agresividad se filtraron por mis venas. El impulso depredador de perseguirla chocaba con el deseo de destruir a los machos que pensaban desafiar a nuestra unidad y competir por nuestra omega.

Mi lobo empujó contra mi piel, preparándose para la Caza.

—¿Cuál es nuestra estrategia? —Ezra exigió.

—Estoy pensando en una —murmuré.

Tendría que planear con tacto, en lugar de confiar en la fuerza bruta para esta Caza.

Mis compañeros de vínculo no eran indefensos, pero eso no los convertía en luchadores.

Sentía un dolor visceral ante la idea de separarme de ellos, y si les hacían daño. . .

Apreté el puño contra mi costado, saboreando sangre oculta en la lengua.

Inconcebible.

Aparté las imágenes de mi mente y dije—: Korren tomará la iniciativa. Usará su don para tantear su firma, así estaremos seguros de que seguimos a nuestra omega y no a un objetivo cualquiera.

Todos los sanadores estaban bendecidos por Dios y dotados de habilidades mejoradas. Estas habilidades iban desde curar heridas leves hasta rescatar a alguien del borde de la muerte.

—Quiero a Ezra en el centro, vigilando nuestros alrededores mientras cazamos —continué—. Yo cubriré la retaguardia.

—Buen plan —dijo Ezra, asintiendo con la cabeza.

Como jefe de seguridad, la necesidad de Ezra de una estrategia sólida era primordial. Contar con su apoyo significaba que podíamos proceder con menos preocupaciones.

—Teniendo en cuenta la agresividad de las otras unidades, las probabilidades de que nos veamos envueltos en un altercado son del noventa por ciento. Mantén los ojos abiertos y, si nos atacan, no te contengas —ordené, sosteniendo la mirada de Korren un poco más de lo necesario.

Korren puso los ojos en blanco. —Lo sé, lo sé. Ahora no es momento para la compasión.

Ezra clavó en Korren una mirada escéptica. —Hablamos en serio, Ren. No eres un sanador dentro de estos muros. Si alguien viene a por ti, tienes que luchar sucio.

Se me levantó la comisura de los labios. Me encantaba la versión salvaje de Ezra.

El atractivo rostro de Korren se endureció y su voz era de hielo y malicia cuando miró hacia el bosque y dijo—: Lo haré.

Yo era el único especialista en combate de mi unidad, sólo superado por Alaric, nuestro ejecutor jefe y Gamma. También era una diosa, dotada de la mayor capacidad de rastreo que se había visto en cincuenta años.

Nadie podía esconderse de mí.

Cuando era más joven, mi don me parecía más una maldición que una bendición. Era fácil sobre estimularme y, como resultado, pasaba más tiempo alejado de la manada que la mayoría. A medida que crecía, aumentaba mi control y me resultaba más fácil aislar mis sentidos.

Aunque estaba seguro de mi plan, el peso de proteger a nuestra omega, a Ezra y a Korren amenazaba con ponerme de rodillas. Las otras unidades serían crueles y despiadadas en sus intentos por hacerse con la omega. Hasta que su collar estuviera en nuestras manos, cualquier cosa era juego limpio.

Korren era demasiado valioso como para ser herido, todos los sanadores lo eran.

Los sanadores eran aún más raros que las omegas. Las manadas podían pasar generaciones sin que naciera uno, lo que las ponía en gran desventaja. Teníamos unidades médicas y cambiaformas entrenados para administrar primeros auxilios y curar heridas, pero había cosas que sólo un sanador podía curar. La guerra con las brujas lo había demostrado.

Nadie tocará lo que es nuestro, gruñó mi lobo.

Estaba de acuerdo y su protección me envolvió como una armadura.

Korren y Ezra eran míos.

La omega era mía también.

Y cualquiera que se atreviera a hacerles daño no saldría vivo del bosque.

En ese momento, unas alarmas agudas indicaron el inicio de la Caza.

Entonces, algo primario y exigente se deslizó por mis venas. Mi cuerpo se llenó de expectación cuando la puerta empezó a abrirse, el chirrido de los viejos engranajes me puso los pelos de punta.

Nos pusimos en formación, y unas motas doradas atravesaron la acerada mirada azul de Korren cuando invocó su don.

Si estaba escondida, la encontraríamos. Mis habilidades de rastreo eran inigualables, y la habilidad de Korren le permitía ver las firmas corporales. Entre los dos, lograríamos que ella no escapara.

—Permaneced juntos —dije, con voz gutural.

—Siempre —respondió Korren mientras Ezra asentía.

La puerta se abrió.

Luego, nos deshicimos de nuestra ropa.

Mi lobo se lanzó hacia delante y el sonido de los huesos rompiéndose llenó la celda. Músculos y tendones se desgarraron, el dolor reconfortante era como una exhalación mientras mi cuerpo se expandía.

Una vez transformado, mi capacidad de rastreo aumentó. El mundo se convirtió en una maraña de aromas que podía distinguir y seguir a mi voluntad. Cuanto más antiguo era el aroma, más tenue parecía el rastro.

Un rayo crepitó en nuestro vínculo cuando un olor me golpeó con la fuerza de un huracán de categoría cinco. Las patas de mi lobo temblaron por el impacto.

Por primera vez desde que había despertado mi don, todos los olores pasaron a un segundo plano, excepto uno.

Era el olor del amanecer: pino dulce con notas de bayas maduras. Su fragancia nos atrajo hacia sí, proyectando nuestra unidad en su sombra hechizante.

Nuestra pareja predestinada, dije en el enlace mental con Ezra y Korren.

Las palabras sonaron con incredulidad, incertidumbre y reverencia.

En segundos, nuestros planes se vieron alterados.

Los pensamientos de rescatar al objetivo omega se desvanecieron al sentir la atracción hacia nuestra compañera ligada a la Diosa, la hembra perfecta para nosotros.

Las palabras sobraban y nuestros lobos se movían en perfecta armonía.

Mi lobo tomó la delantera, corriendo entre los árboles con renovada determinación, guiando a nuestra unidad hasta nuestra pareja.

Capítulo 4

Korren

El bosque era denso y exuberante. Flores silvestres salpicaban el verdor con distintos tonos de amarillo, rosa y coral. Miles de patas habían dejado huellas en la flora, creando senderos entrecruzados sin dirección concreta.

«Está cerca» dijo Valor a través del vínculo mientras su lobo avanzaba.

«¿Es raro que pueda sentirla?» pregunté.

El lobo gris oscuro de Ezra seguía el ritmo del mío. «¿Qué sientes?»

«Su firma es casi física. Cuanto más nos acercamos, más roza mi piel. A mi lobo se le eriza el pelo y está agitado.»

«¿Le pasa algo?» preguntó Ezra, con su lobo tejiendo alrededor de una raíz gruesa y retorcida. «Mi lobo está ansioso por llegar a ella.» «No, pero está decidida. Enojada. Puedo sentir su necesidad de escapar, de huir».

«Estás preocupado». Las palabras de Valor destellaron en nuestro vínculo.

Se me oprimió el pecho. La parte sentimental de mí entró en guerra con la llamada primitiva que impulsaba a mi lobo. Si no quería que la atraparan, ¿cómo reaccionaría cuando la encontráramos?

¿Nos odiaría?

¿Se opondría a nuestra demanda?

«Nuestra compañera nos querrá» dijo mi lobo con un gruñido confiado.

Ojalá pudiera creerle.

El olor de otras unidades penetró en nuestros sentidos y la ira de mi lobo surgió como una

violenta tormenta. La posesividad me nubló la vista cuando los pensamientos de que nuestra compañera estaba siendo reclamada por unidades competidoras le echaron más leña al fuego.

Un aullido se abrió paso entre los árboles.

«Nos están siguiendo» dijo Ezra.

Entonces, su lobo aminoró la marcha y se colocó en la retaguardia, listo para interceptar un ataque.

«Supongo que ellos son los listos» afirmó Valor. «Intentan seguirnos hasta la omega.»

Nuestros pasos seguros debieron de llamar su atención. Mientras otras unidades olfateaban confundidas o se dispersaban por completo, nosotros habíamos despegado en dirección a la codiciada omega sin vacilar ni demorarnos. Debieron de darse cuenta de que nuestra unidad sí podía rastrearla.

Su lobo blanco, negro y gris rodeó mi otro lado, dejándome justo en el centro.

El lobo de Ezra dejó escapar un gruñido de advertencia. «Dos, posiblemente tres unidades como mucho.»

«Tres» confirmé. «Diez lobos en total.»

«No podemos arriesgarnos a que se unan a nosotros.» El lobo de Valor gruñó y rascó la tierra con las patas, incitándolos a revelarse.

No vino nadie.

«¿Por qué no vienen?»

El aire se llenó de tensión mientras esperábamos señales de enfrentamiento. El lobo de Ezra olfateó audiblemente y sus labios se retiraron, dejando al descubierto unos colmillos mortales.

«Nos necesitan» dijo con naturalidad. «Ren, ¿hueles eso?»

Olfateé el aire, hice una pausa y volví a inhalar, buscando la esencia de nuestra omega entre la niebla de las demás unidades.

Nada.

Estaba enmascarando su olor.

«En marcha» dijo Ezra, emprendiendo el camino.

«¿Qué ocurre?» preguntó Valor, aún de cara a la línea de árboles.

El lobo de Ezra aulló, haciendo ademán de rechazar a las otras unidades.

«Te lo explicaré por el camino» gruñó Ezra. «Ahora deja de hacer el tonto antes de que perdamos más tiempo.»

Lento como la muerte, el lobo de Valor se giró y finalmente se unió a nosotros.

Cada paso se desviaba moderadamente del rumbo, alejándonos discretamente de nuestra omega.

No habíamos notado la ausencia de su olor hasta ahora. Con los agudos sentidos de Valor a la cabeza, Ezra y yo nos habíamos centrado en detectar amenazas, no en verificar su olor. Si las otras unidades no nos hubieran seguido, podríamos haber pasado por alto ese pequeño detalle.

Recordé la información que recibimos del Consejo, creándome una imagen más clara. Así era como había conseguido evadir a las unidades durante dos cacerías: enmascarando su olor. Ningún otro cambiaformas, salvo Valor, habría sido capaz de rastrearla.

«¿Quieres ponerme al corriente?» preguntó Valor con disimulo.

«El olor de la omega ha desaparecido. Ella lo está enmascarando de alguna manera» respondí.

«Y yo soy el único que puede rastrearla» dijo Valor, atando cabos.

«Exactamente» confirmó Ezra. «No nos atacarán hasta que la tengan a la vista, así que tenemos que hacerles creer que seguimos rastreándola antes de perderlos. Por suerte para nosotros, no están seguros de quién tiene la habilidad.»

Ezra nos guio a través de un bosquecillo de árboles, con su lobo olfateando el aire mientras el mío vigilaba la ubicación de las demás unidades.

«¿Alguna idea sobre cómo librarnos de ellos?» preguntó Valor.

Mis oídos se agitaron ante el débil goteo de agua corriente.

«Tengo una, pero no te va a gustar» respondió Ezra.

«¿Qué probabilidades hay de que funcione?» pregunté, sabiendo que la omega aprovecharía cada segundo a su favor.

Mi lobo se estaba volviendo arisco. Cada paso que daba lejos de nuestra omega era todo un reto de autocontrol.

La voz de Ezra fue absoluta. «Noventa y cinco por ciento.»

El lobo de Valor gruñó una advertencia cuando las unidades al acecho se acercaron demasiado. «¿De qué dependen los cinco restantes?»

«De lo bien que puedas perderlos una vez que te persigan.» El lobo de Ezra aumentó la velocidad a medida que nos acercábamos a un río rugiente.

No teníamos tiempo para esto. Necesitábamos deshacernos de las colas, y rápido.

«Vamos a separarnos a la de tres» dijo Ezra. «La repentina separación debería confundirlos, y tendrán que elegir a quién seguir. Si los perdemos, volveremos al claro donde los vimos por primera vez.»

«Joder. Esto no me gusta» gruñó Valor.

«Lo sé, pero es la única oportunidad que tenemos. Si encontramos a la omega con ellos pisándonos los talones. . .»

Ezra no tuvo que decir nada más. Nos superaban en número, y enfrentarnos a los demás sólo nos pondría en peligro a nosotros y a nuestra compañera predestinada.

Un reconocimiento silencioso atravesó nuestro vínculo. Los músculos de mi lobo se tensaron, listos para dispararse a la señal.

«Cueste lo que cueste» gruñó mi lobo.

«Cueste lo que cueste» repetí de acuerdo.

«Ahora» ordenó Ezra.

Mi lobo irrumpió entre los árboles mientras los de Ezra y Valor hacían lo mismo. Corrimos en

direcciones opuestas, con gruñidos y aullidos descontentos surgiendo a nuestras espaldas.

El fuerte golpeteo de las patas me seguía mientras corría por el bosque. Usando mi don, amplié mis sentidos, determinando su proximidad y descomponiendo sus capacidades corporales. Cuando localicé la información que necesitaba, emití un gruñido de satisfacción, deleitándome con el desafío que representaban.

Eran tres, repartidos en formación de V en un intento de rodearme.

Pensaban cortarme el paso, bloquear mis vías de escape y, una vez que me tuvieran acorralado, me intentarían superar en fuerza.

Mi lobo resopló.

Típico.

Habría sido un ataque sensato si no me hubiera pasado la vida superando a los cambiaformas que utilizaban su tamaño como ariete. Ese era el único detalle que los cambiaformas como ellos siempre parecían pasar por alto. Ser más grande no equivalía a ser mejor.

La adrenalina se apoderó de mí, acabando con mis dudas. Mi lobo utilizó su pequeño tamaño en su beneficio, agachándose y abriéndose paso a través de estrechas aberturas del enmarañado follaje.

El pulso me retumbaba en la garganta con cada centímetro que recoríamos. La textura del suelo cambió bajo nuestras patas. La tierra fresca y blanda se endureció, perdiendo toda su humedad y dando paso a escarpados fosos de corteza astillada y roca erosionada.

Entonces, delante mío apareció un acantilado.

Perfecto.

Reduje la velocidad, fingiendo una pérdida de resistencia, y como estaba previsto, la unidad descendió como buitres.

Se acercaron y sentí su aliento en la cola de mi lobo. Su victoria percibida era como una mancha de aceite en la piel de mi lobo. Nos espoleó, y una sádica sensación de alivio y regocijo se agitó en nuestros corazones.

Cuando se dieran cuenta de su gran fracaso, ya sería demasiado tarde.

Fue en ese momento cuando mi lobo saltó hacia la cornisa. Los otros me siguieron, demasiado ocupados con la persecución como para fijarse en lo que les rodeaba. Era una idea estúpida, pero, si lo conseguía, me libraría de los tres perseguidores a la vez. Me retorcí en el último segundo posible y cambié a mi piel humana. En forma de lobo, no podía detener mi descenso al fondo del cañón, pero la destreza de mi forma humana me proporcionaría la mejor oportunidad de sobrevivir.

Si pudiera clavar mis garras en la pared a tiempo, claro.

Los gritos de la unidad se desvanecieron, sus cuerpos se sacudieron y cayeron sobre el duro declive.

Me dejé caer al abismo con las garras extendidas, agitándome para agarrarme. Finalmente, mis uñas se clavaron en una roca irregular y mi cuerpo se impulsó hacia delante cuando la gravedad me arrastró hacia el pozo. Luego, choqué contra la pared con tanta fuerza que me crujieron los dientes. Me dolería por la mañana.

—¡Joder! —grité. Respiré entrecortadamente y utilicé las garras para subir la corta distancia que me separaba de la cima.

La caída no habría matado a mis perseguidores, pero seguro que los había noqueado.

Sin tiempo que perder, cambié a mi forma de lobo y busqué nuestro vínculo. Ignorando el dolor de mis músculos, llamé a Ezra y a Valor.

«¿Actualización de la situación?»

«Soy un lobo libre» respondió Valor.

«Acabo de tirar el mío al río» dijo Ezra con suficiencia.

Puse los ojos en blanco ante sus palabras.

Las unidades vinculadas, al igual que las unidades emparejadas, podían hablar entre sí a través de sus vínculos. Era una atracción física, un conocimiento que calaba hondo en nuestros huesos, y esta llamada sólo se intensificaba cuando una unidad vinculada se emparejaba.

No tardé en encontrar a Valor en su forma humana junto al enorme tronco de una secuoya, con cara de satisfacción. El lobo de Ezra salió de entre los árboles mientras yo me movía.

—Pareces satisfecho contigo mismo —dije, ignorando la mirada interrogante de Valor al notar mi cuerpo magullado.

Su atención me calentó la piel y sus labios se fruncieron.

Por suerte, Ezra me salvó de un nuevo interrogatorio cuando apuntó con la barbilla al árbol y preguntó—: ¿Quieres compartirla con la clase?

Entonces, Valor levantó la vista, y su voz era tan grave que me pregunté si me había imaginado las palabras que brotaron de sus labios.

—Está en el árbol.

Capítulo 5

Brielle

Mientras esperaba el momento oportuno al abrigo de un álamo temblón, mi mente volvió al foso de liberación, la sala en la que el Consejo había metido a las omega cuando nos pusieron el collar antes de la Caza.

—¡Suéltame! —grité.

Intenté zafarme del férreo agarre de Alister, pero él me apretó más fuerte y sus dedos se clavaron dolorosamente en mi bíceps. Se suponía que iba a recibir mis supresores térmicos, pero, en lugar de eso, Alister y Frank habían irrumpido en mi celda y me habían escoltado hasta el pasillo.

—No se puede hacer, ganadera —se burló Alister—. Parece que por fin se te ha acabado el tiempo.

La risa de Frank fue como una cuchilla cortando mis nervios tensos. Tras el regocijo de Frank, el miedo se me agolpó en el estómago. Esto no iba a salir bien.

Pero fingí confianza y pregunté—: ¿Adónde me llevan?

Ignoraron mi pregunta y me enjaularon entre ellos mientras avanzaban por el pasillo.

Cuando vi el ala médica, se me revolvió el estómago.

No debería estar aquí.

Antes de cada Cacería, el Consejo suministraba a las omega supresores del calor para mantener a los machos civilizados durante la reclamación. Desde que había pasado los últimos meses en las instalaciones, tomaba esos supresores con regularidad.

Esta desviación del curso de acción habitual era alarmante.

En ese momento, mi loba se apretó contra mi piel, alerta y preparada.

Los guardias me arrastraron a la sala médica donde esperaba el concejal Raza, con las manos entrelazadas por la espalda. Su sonrisa heló la habitación varios grados.

—Señora Davis. Me alegro de que haya venido —dijo.

Luego, se acercó a una pequeña bandeja metálica y cogió una jeringuilla con una aguja larga y fina.

El hielo recorrió mi espina dorsal.

Mi loba me suplicaba que luchara, y estuve a punto de hacerle caso, pero el recuerdo de la voz de mi padre ahogó mi pánico.

El control es la mejor arma que puedes esgrimir. No dejes que tus emociones nublen tu pensamiento. En cuanto lo hagas, te habrán ganado.

Alistér y Frank me obligaron a subir a la mesa de reconocimiento, y yo los dejé. Con la mandíbula apretada, vi cómo el concejal Raza se deslizaba hacia delante.

—¿No me vas a preguntar qué es esto? —preguntó el concejal Raza mientras sostenía la jeringuilla.

—¿Importaría?

Una mueca curvó sus labios. —Qué pesimista. Esperaba más emoción dado que estás a punto de ser reclamada.

Fruncí el ceño, pero me mordí las preguntas que bullían en el fondo de mi garganta.

A los hombres como el concejal Raza les encantaba oírse hablar. Si permanecía callada el tiempo suficiente, me diría todo lo que necesitaba saber.

Sus ojos se iluminaron con un fuego insidioso. —No sé cómo te las arreglaste para eludir a las unidades durante tanto tiempo como lo hiciste, pero no volverá a suceder.

Los brazos de Alistér y Frank me rodearon. El concejal Raza probó la aguja, echando un chorro de líquido transparente por el extremo.

El concejal Raza continuó—: Normalmente, exigimos que toda reclamación oficial se produzca

delante de un testigo, pero algo me dice que la unidad que te atrape no podrá aguantarse.

Mi cuerpo se puso en acción cuando sus palabras se materializaron y su plan quedó claro.

Iba a inducirme el celo.

Mis caderas se agitaron y me sacudí de un lado a otro mientras una mano fuerte me presionaba el hombro para calmarme.

—No. Eso es una locura —grité—. Se matarán entre ellos. —O a mí.

—Ya, ya —me dijo, agarrándome de la cadera mientras inclinaba la jeringuilla justo por encima de mi pubis—. Todo acabará pronto, y cuando estés viviendo tu nueva vida con tu unidad, pesada con tu primer hijo (sus ojos se endurecieron) me lo agradecerás.

Me clavó la aguja en la piel.

La respiración se me entrecortó en la garganta cuando unas ramitas crujieron debajo de mí.

Estaban allí, justo debajo de mí.

Una unidad de varones.

Joder.

Quise secarme la humedad de la frente, pero el miedo a llamar su atención mantuvo mis brazos a los lados. Intentaba ignorar el aumento constante de la temperatura de mi cuerpo. El collar que me rodeaba el cuello me rozaba la garganta.

Me estaba quedando sin tiempo.

Joder, ¿por qué no podía oírlos?

Una oleada de calor hizo que mis músculos pélvicos se contrajeran, alertándome de un problema aún más acuciante. El suero ya debería haber hecho efecto en la mayor parte de mi cuerpo y pronto todos los hombres en un radio de treinta kilómetros me olerían, por mucho tabaco de conejo que me untara en la piel.

Esta pequeña planta tenía un efecto secundario que es poco conocido. Masticada y frotada sobre la piel, enmascaraba el olor tan bien como cualquier producto químico.

Cuando la encontré por primera vez creciendo en la base de unos álamos en el lado oeste de los terrenos de la Caza, supe que mi padre me estaba vigilando. Era una de las principales razones por las que había evadido la captura.

Tenía que moverme. La línea de meta estaba justo delante, y esta era mi última oportunidad para...

Un dolor punzante me atravesó el cráneo y luché por respirar durante unos instantes. Extendí la mano para agarrarme al tronco y las rodillas se me hicieron gelatina.

Hundiendo los dientes en el labio, me tragué un grito de agonía.

«Puedes hacerlo, Bri. Sólo pon un pie delante de...»

Entonces, un ruido me distrajo, y el aroma a menta, azahar y vainilla especiada me golpeó mientras me giraba. Para mi consternación, un enorme macho se había unido a mí.

—Inteligente. Nunca se me habría ocurrido mirar en los árboles —dijo mientras se apoyaba en el tronco.

No me engañaba. La forma posesiva en que sus ojos color avellana recorrieron mi cuerpo me hizo retroceder un paso.

Luché contra la estúpida necesidad de congelarme de puro pánico. El dolor entre mis piernas empezó a latir y me ruboricé cuando el dulce olor de mi fluido perfumó el aire.

Los ojos del macho se oscurecieron de deseo.

«Era hora de largarse de aquí.»

Di otro paso atrás. Él me siguió.

—Espera —dijo, su voz como grava—. No corras.

Sostuve su mirada como un conejo atrapado en la mirada de un depredador. Mi loba me empujó a correr mientras aún había espacio entre nosotros.

Se movió para acortar la distancia, y yo salté de la rama sin pensarlo.

Un gruñido estalló detrás de mí.

Rodé cuando mis pies tocaron el suelo, ignorando los escalofríos que me recorrieron la espalda. En cuanto me detuve, me levanté de un salto y corrí alrededor del tronco.

La emoción de ser perseguida por un macho vírico despertó a la omega que había en mí. Mi cuerpo respondió, el abdomen me hormigueó y se tensó, preparándose para una invasión que me odiaba a mí misma por desear.

«Es sólo tu cuerpo respondiendo. Una vez que salgas, nada de esto importará.»

Me estrellé de cabeza contra un muro de músculos y mi cuerpo retrocedió bruscamente por el impacto. Este macho era aún más alto que el anterior, y retrocedí rápidamente, con el corazón latiéndome en los oídos cuando se acercó a mí.

—Estás bien —dijo el macho. Su voz era tan firme que casi me inclino hacia él.

Una horrible oleada de lujuria arrancó un gemido de mi loba, pero me mordí para evitar que escapara de mi garganta. El pecho se me retorció con una sensación desconocida y la vista se me nubló.

Dios, este calor me estaba confundiendo.

Entonces, me abalancé sobre él, y el repentino movimiento lo sobresaltó, dándome los segundos que necesitaba para agacharme bajo sus largos brazos.

Corrí lejos de él, pero el sonido de ramas crujiendo me alertó de su persecución.

«Para. Deja que los machos nos reclamen» dijo mi loba.

Casi me tropiezo con su rápido cambio de actitud.

Tenía que ser una broma.

«Ellos se ocuparán de nosotras» instó.

«Oh, joder. Lo dices en serio. Esto es sólo el calor hablando.»

«No, son nuestros» ronroneó.

¿Qué carajo?

Decidí ignorar a mi loba. Su sentido común había abandonado mi cabeza.

En ese momento, oí gritos detrás de mí, pero no pude distinguir las palabras. El frenético martilleo de mis oídos me hacía sentir como si estuviera bajo el agua. La piel me ardía y los músculos se sacudían con espasmos, mientras la necesidad y la lujuria luchaban contra la promesa de perder mi única oportunidad de libertad.

Tenía que escapar si quería encontrar a mi hermana.

Entonces, apareció ante mí un saliente y el débil sonido del agua resonó desde abajo.

Tenía una oportunidad.

Me pasé los dedos por el medallón que llevaba colgado al cuello, tomando fuerzas del recuerdo de mi hermana.

—Para —gritó uno de los hombres detrás de mí.

Pero no lo escuché.

Capítulo 6

Ezra

Me detuve en seco ante el aroma espeso, dulce, a malvavisco y caramelo de su calor que había impregnado el aire. La fragancia era tan potente que podía saborearla en mi lengua. Mi lobo se abalanzó contra mi piel con una necesidad posesiva, una fuerza tan poderosa que necesité todo mi autocontrol para resistirme al cambio.

En ese momento, tres pensamientos cruzaron mi mente.

Uno: era la misma omega con la que el Consejo se cebó con las unidades.

Dos: estaba en celo.

Tres: era nuestra pareja predestinada.

Mis pensamientos corrían a mil por hora mientras ella se deslizaba a mi lado y se abría paso entre los árboles como un maldito guepardo.

¿Por qué estaba en celo? El Consejo siempre se aseguraba de que las omegas tomaran supresores del celo antes de soltarlas en la Caza, debido a las mayores posibilidades de que los machos entraran en un celo masivo.

Mis instintos me decían que esto había sido hecho a propósito.

Y mis instintos nunca se equivocaban.

Valor y yo nos pusimos a perseguirla, contando con la velocidad de Korren para interceptar a nuestra asustadiza compañera.

Parecía una guillotina colgando sobre nuestras cabezas. Si otra unidad la olfateaba, tendríamos entre manos una arcaica batalla por el dominio. Descenderían sobre ella enloquecidos y harían todo lo posible por reclamarla.

Una oscura punzada de ira se encendió dentro de mí al pensarlo.

«Nadie nos quitará lo que es nuestro» advirtió mi lobo.

—Joder, es rápida —dijo Valor, con una pizca de orgullo en sus palabras.

—Quizá deberíamos centrarnos en atraparla antes de admirar su atletismo —dije con indiferencia, tratando de distraer mi tensa polla.

Con su olor impregnando el aire, moverse sería peligroso. Mi lobo estaba al borde del celo, y por el firme estiramiento de sus músculos hinchados y la rígida línea de su mandíbula, Valor no estaba mejor.

—Alto —ordenó Valor justo cuando la omega saltaba sin miedo desde el borde de un acantilado.

Mi corazón dio un vuelco.

Increíble.

Había saltado.

Se había tirado de una cornisa sin dudarlo.

A pesar de mi terror visceral, un temblor de atónita fascinación se movió en mi interior. ¿Quién era nuestra compañera?

Un suspiro después, Korren atravesó la arboleda y saltó tras ella.

—Tienes que estar de coña —murmuré, sabiendo que tendría que seguirle.

Ya me quedaba claro cómo esta omega había sobrevivido a tres cacerías. La pequeña y astuta criatura había logrado ocultar su olor (algo que tendría que preguntarle más tarde) y burlado nuestros intentos de atraparla. Sus reflejos no encajaban con el estilo de vida omega y las restricciones que aprendimos de Isolde, la compañera de nuestro alfa. Esta omega era diferente. Sabía cómo sobrevivir, cómo escapar. La pregunta era: ¿dónde había aprendido esas habilidades?

Llegamos a la cornisa a tiempo de ver cómo la corriente del río arrastraba a la omega. Su cabeza entraba y salía del agua mientras se agarraba a rocas y ramas, arañando para sujetarse antes de volver a hundirse.

Korren se acercó por detrás y ella gritó cuando él le rodeó la cintura con un brazo y tiró de ella hacia la orilla.

Intercambié una mirada con Valor y saltamos juntos.

La caída fue rápida y sentí el agua helada contra mi piel febril. Pero nada de eso importaba con nuestra compañera tan cerca. La llamada adictiva de su calor impulsó a mi lobo hacia delante, rogándome que la reclamara.

Cuando llegamos a la orilla del río, Korren estaba agazapado ante la hembra. Sus ojos se desviaban de él hacia el bosque, buscando aún una escapatoria.

Valor se percató de sus acciones, y sin mediar palabra nos colocamos a ambos lados de ella, bloqueando sus salidas.

Hice caso omiso de la forma en que el fino sujetador transparente se ceñía a sus grandes y redondos pechos, para no torturarme mientras averiguábamos cómo quitarle el collar.

Se puso rígida y un gruñido de advertencia sonó en su pecho.

No rompió el contacto visual mientras se ponía de rodillas.

Inteligente. Permanecer sentada sólo habría aumentado su desventaja. Era más fácil atacar o defenderse de rodillas.

Incluso en su ira, calada hasta los huesos, era impresionante. La imagen que nos había mostrado el Consejo no le había hecho justicia. Nos escrutó a todos nosotros, con sus ojos felinos vigilantes. El tentador rubor melocotón de sus mejillas aumentaba a cada segundo que pasaba.

El olor de su fluidez se fortaleció, perfumando el aire, y mi polla palpitó en respuesta.

Joder.

—Ahora voy a quitarte el collar —dijo Korren en voz baja mientras la alcanzaba con cautela.

—No me jodas —le espetó, golpeándole con las garras.

Su voz sensual y ronca se enterró en mi interior, y de pronto me sentí desesperado por volver a oírla.

Mi lobo prácticamente ronroneó al oírla.

Entonces, se puso de pie, adoptando una postura defensiva.

—No te haremos daño —le aseguró Korren, utilizando su tono de sanador. Era la voz que utilizaba para calmar a los pacientes temerosos y agresivos. Estaba impregnada de magia y le permitía acceder a una pequeña porción de sus emociones, tranquilizándoles con su intención.

Valor tenía los ojos suaves y la voz grave. —No queremos quitarte nada; queremos que nos lo des. Danos tu collar, cariño. Cuidaremos de ti.

Sus cejas se fruncieron como si no entendiera muy bien por qué quería creerle, pero luego parpadeó para disipar la duda y se endureció. —No —dijo, con voz insegura—. Sólo me usarás como un juguetito hasta que...

Sus palabras se interrumpieron con un grito mientras se agarraba el abdomen y se estremecía.

Korren llegó a su lado en un segundo. Ella no retrocedió, lo que demostraba el dolor que sentía.

—Deja que te ayude —dijo, poniendo su mano sobre la de ella.

En cuanto sintió el regalo de Korren, su cabeza se giró hacia él y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Eres sanador? —susurró.

Korren sonrió, pero sus ojos brillaron mientras luchaba por mantener el control de su lobo. —Así es. Esto no va a durar mucho, por desgracia. Sólo hay un remedio verdadero para el ciclo de celo de una omega. Pero puedo controlar tu dolor.

Ella le miró fijamente a los ojos, con sus rostros separados por un suspiro. Él no había movido la mano de la suya.

—¿Por qué no me has quitado el collar? —preguntó.

Tenía razón al preguntarle. Tan cerca como estaba, no habría sido difícil desabrochar el collar de su esbelta garganta.

Pero ella no sabía que Korren nunca haría algo así. Él no la pondría en una situación en la que

ella sintiera que se violaba su autonomía.

Ninguno de nosotros lo haría, por mucho que nuestros lobos nos empujaran a tomar lo que era nuestro.

—Valor ya te lo dijo —dijo Korren—. No estamos aquí para obligarte a hacer nada. Queremos que vengas con nosotros voluntariamente.

—¿Y si no quiero? —preguntó con cautela, manteniéndonos a los tres en su campo de visión mientras retrocedía.

El movimiento sólo la acercó más a mí.

Sus ojos se desviaron hacia nuestra desnudez. Desnudo y duro, casi gemí cuando sus ojos rozaron mi cuerpo y brillaron con su bestia interior. Su respiración era agitada mientras volvía a mirar a mis ojos.

El aire que nos rodeaba zumbaba y se retorció bajo el susurro sensual de nuestros instintos.

«Reclámala» gruñó mi lobo. «Antes de que vengan los demás. Es demasiado dulce para ignorarla.»

—Eso va a ser un problema. —Cuando Valor vio la mirada alarmada en los ojos de la omega, agregó rápidamente—: Estás en celo, y no seremos los únicos que nos demos cuenta.

—¿Así que estás diciendo que debería elegirlos a vosotros? —desafió—. No puedo llamarlos el mal menor, teniendo en cuenta que no os conozco a ninguno de vosotros.

—Puedes —dije, sin molestarme en alterar mi tono práctico—. Si eres inteligente (y por lo que he evaluado hasta ahora, pareces capaz de hacer evaluaciones lógicas), te darás cuenta de que hemos tenido múltiples oportunidades para quitarte ese collar. Korren no tenía que neutralizar tu dolor. No teníamos que hablar contigo. Desde el momento en que te arrastró fuera de ese río, estabas atrapada. Aunque intentaras escapar, no llegarías lejos. Sin embargo, estamos aquí, hablando contigo y tratando de convencerte de que tomes la mejor decisión. La única decisión.

Entrecerró los ojos.

—Lo que Ezra está tratando de decir es —Korren comenzó, tratando de moderar mis palabras.

—Digo que eres nuestra pareja predestinada —interrumpí.

Palideció.

—¡Ezra! —Valor me regañó.

Me encogí de hombros. —Al final se va a enterar. Mejor decírselo ahora, antes de que este maldito bosque se convierta en un coliseo medieval, porque, si algún otro macho se acerca a ella, habrá una pelea a muerte. —Me volví hacia ella, clavándole una mirada inquebrantable—. Eres nuestra. No dejaremos que te pase nada. Si no puedes confiar en nosotros, confía en la Diosa. Confía en tu loba.

Me estudió, con la indecisión brillando en sus ojos.

Decidí presionarla más.

—Somos tuyos. Nunca te mentaré. —Las palabras le sentaron bien. Sus fosas nasales se encendieron, y la tensión irradiaba de los cuerpos de Korren y Valor—. En cuanto me permitas quitarte el collar, te reclamaremos. Aquí y ahora.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Ahora?

—Las unidades probablemente ya se habrán enterado de tu calor... —Valor no tuvo que terminar su declaración.

Tragó saliva audiblemente, con la comprensión clara en su mirada. Le estábamos dando a elegir. Los otros no lo harían.

Korren extendió la mano como si se acercara a un animal de presa. —¿Puedo coger tu collar?

Lentamente, asintió.

Capítulo 7

Valor

Korren soltó el collar con un sonoro chasquido. Mis pensamientos, miedos y deseos se arremolinaron en mi interior. La omega, nuestra omega, permanecía inmóvil. Tenía los músculos tensos y el ceño fruncido.

«Nos teme» dijo mi lobo con desagrado.

Eso no era algo que ningún macho quisiera de su compañera. Sabía que la situación sería desfavorable la primera vez que reclamáramos a nuestra omega, pero nunca pensé que nuestra pareja predestinada no quisiera saber nada de nosotros.

La ansiedad se apoderó de nuestro vínculo mientras el peso de este momento permanecía entre nosotros. Su confianza se resquebrajaría al menor paso en falso. Con una palabra o una caricia equivocadas, podríamos perder a nuestra compañera antes de tenerla. Ese pensamiento me hervía la sangre.

No podía insistirle sobre ello. Una vez comenzada la reclamación, cualquier tentación que sintieran las otras unidades se desvanecería. Sus instintos les obligarían a perseguir a otras hembras viables. En eso tenía que concentrarme.

No la obligaríamos a nada, pero el tiempo era un problema. Reclamarla lo antes posible era la única forma de mantenerla a salvo.

—Eres Brielle, ¿verdad? —le pregunté, queriendo aliviar un poco su aprensión.

—Sí —me respondió.

Su voz era un dulce de miel en una brumosa mañana de verano. El olor de las flores frescas después de una tormenta. Me daban ganas de hacerle un sinfín de preguntas sólo para oírla hablar.

—Soy Valor. —Señalé a los demás y dije—: Él es Korren, y él es Ezra. Somos de la manada de

Hidden Creek.

Con la barbilla en alto, nos miró de arriba abajo. —Diría que es un placer conoceros, pero no estoy segura de que sea verdad.

—Me gusta tu honestidad —dijo Ezra, inclinando la cabeza mientras la estudiaba—. Es una cualidad valiosa para tener en una compañera.

—Es lo menos que puedo hacer. Después de todo, fuiste sincero conmigo.

—Cambié de un pie a otro y respiró hondo—. Entonces, ¿cómo hacemos esto?

Brielle no había bajado la mirada durante nuestra conversación, evitando a propósito nuestra flagrante excitación. Estaba insegura, vulnerable. En cualquier otra circunstancia, aliviar sus miedos sería nuestra prioridad. Pero esto no era normal. No teníamos tiempo que perder, así que utilicé lo único que sabía que funcionaría: el instinto.

Acorté con cuidado la distancia que nos separaba. —¿Te parece bien si te toco, loba bonita?

Su garganta tragó con dificultad y sus dientes se clavaron en su labio inferior mientras asentía.

No era suficiente. Quería (no, necesitaba) que se diera cuenta de que tenía el control.

Oí su corazón retumbar en su pecho mientras me deslizaba detrás de ella. Una fragante punzada de necesidad atravesó el acre aroma de su miedo, pero no hizo ademán de apartarse.

Mujer valiente.

No podía hacer que confiara en mí, pero le daría placer.

Suavemente, pasé la punta de mis dedos por sus hombros. El primer contacto encendió mi cuerpo de necesidad posesiva, y un gruñido se escapó de mis labios. En lugar de retroceder ante el sonido, Brielle se estremeció y se inclinó hacia mis caricias.

Mi cuerpo zumbaba con el impulso de reclamarla, pero me contuve. Este momento requería tacto.

—¿Hay algo que no te guste? —le pregunté en un susurro mientras mi mano se deslizaba por su columna—. ¿Algo que no quieras que hagamos?

Su respiración se entrecortó. —Yo. . . no lo sé.

Asentí a Korren y Ezra. Se adelantaron, permitiendo que Brielle sintiera el calor de su presencia sin agolparse.

—¿Alguna vez te has tocado, Brielle?

Sacudió la cabeza.

—Palabras, Brielle. Usa tus palabras —murmuré—. No hay nada de lo que avergonzarse. —Mi pulgar se movió en círculos lentos en su cadera, y apreté su espalda contra mi pecho—. Nunca nos burlaremos de tus necesidades o curiosidades.

—Estoy dispuesto a hacer lo que desees —dijo Korren, con voz aterciopelada.

Ezra le pasó un dedo largo por debajo de la barbilla y la obligó a mirarle. —¿Te tocas?

—No —susurró.

—¿Sabes cómo tocar a un macho? —le preguntó Ezra.

—No.

Le acaricié la piel detrás de la oreja. —Te enseñaré.

Tomando su mano entre las mías, me acerqué a Ezra y le puse la palma sobre el pecho. Dejó escapar un gruñido complacido cuando guie los dedos de Brielle sobre su estómago tenso y esculpido. Su tórax se hinchó y sus pechos tiraron de la tela húmeda y translúcida de su túnica.

—¿Cómo se siente? —le pregunté, moviendo nuestras manos hacia la base de su grueso miembro.

—Suave... duro —respiró.

Enrosqué los dedos alrededor de su longitud, apretando hasta que gimió.

—Joder —gruñó.

Korren debió notar su repentina alarma ante el tamaño de Ezra. El hombre estaba dotado de una polla que avergonzaba a la mayoría de los cambiaformas de nuestra manada. Era larga y gruesa,

y su monstruoso tamaño era proporcional a su metro ochenta.

—No te preocupes, amor. —Korren le acarició la mejilla cariñosamente—. Estarás bien estirada antes de que le dejemos entrar en ti. —Ella gimió, y Korren reemplazó mi mano con la suya—. Eso es, amor. No tengas miedo de apretar. A nuestro Erza le gusta un poco de dolor.

Le tiré de la túnica por encima de la cabeza, rompiendo brevemente el contacto con Ezra.

—Diosa, eres una creación —murmuró Korren mientras sus ojos recorrían su carne desnuda.

El gruñido de Ezra se intensificó cuando le acaricié las tetas. Los suaves y cálidos montículos casi se me escapaban de las manos mientras le acariciaba los pezones, poniendo a prueba su sensibilidad.

Ella gimió, con los muslos empapados del potente caramelo de su calor que se acercaba rápidamente.

Mi lobo me empujó a marcarla, a reclamarla, a morder su perfecta piel dorada como la bestia que era.

Le pasé la lengua por el cuello y gruñí. El aroma de su excitación se hizo más intenso.

—Mierda... Yo... —jadeó, tropezando con las palabras.—Palabras, cariño —murmuré, apretando mis dientes contra su garganta.

—Me... duele mucho —jadeó—. Por favor... Necesito...

—Shh. —Ezra apretó su polla, dándose un firme bombeo mientras decía—: Korren, ayuda a nuestra compañera a relajarse. Parece un poco nerviosa.

Brielle jadeó cuando bajé nuestros cuerpos a tierra y la coloqué sobre mi regazo. Tenía la espalda pegada a mi pecho y las piernas abiertas, mostrando su centro a mi unidad.

Un gemido de dolor y necesidad brotó de su garganta mientras su piel abrasaba la mía.

Korren se arrodilló entre sus piernas y sus ojos pasaron del dorado al azul cuando su lobo se dio a conocer. Sus fosas nasales se encendieron al olerla y se humedeció los labios.

Fijó sus ojos en nuestra compañera. —¿Puedo lamerte el coño, amor? ¿Puedo aliviar el dolor?

—Sí —dijo, suspirando mientras le pellizcaba y acariciaba los pezones.

Korren pasó la lengua por su bonito coño y el cuerpo de ella se estremeció.

Gimió, insistente y ansioso, y se aferró a sus muslos mientras se cenaba a nuestra compañera.

—¿Qué se siente, cariño? ¿Te gusta su lengua? —le pregunté pasándole los dedos por el pelo, luego agarré un mechón y acerqué su cara a la mía.

Brielle tenía los ojos encendidos y sus caderas se agitaban contra la lengua de Korren mientras éste se burlaba de ella. —Mm ... sí. Se siente tan bien.

—Más rápido, Korren —ordenó Ezra.

Él obedeció, hundiendo su larga lengua en su centro, y ella gritó. Le mordisqueé los labios y ella abrió la boca, aceptando mi oferta. Tomé el control, saboreando y aprendiendo el ritmo de su beso.

—Oh, Diosa... oh... oh. —Su cuerpo se estremeció y luego se tensó. Sus garras se clavaron en mi nuca cuando se inclinó sobre el borde con un grito.

Ezra cayó de rodillas a mi lado. —Mírame —le ordenó. Brielle lo miró y él le acarició la mandíbula con un nudillo—. Quiero ver tu hermosa cara mientras Korren te folla.

Las mejillas de Brielle se ruborizaron. La mano de Ezra enredó su garganta y ella gimió.

Le mordisqueé la oreja, lamiendo la carne sensible mientras Korren se colocaba entre sus piernas.

—¿Lista, amor? —preguntó.

—Sí, por favor —gimoteó, sin apartar los ojos de Ezra.

—Buena chica —elogió.

Korren la penetró con un gruñido.

Y joder si no lo sentía en mi polla. Ver a Ezra dominar a nuestra dulce compañera era un espectáculo sacado directamente de mis fantasías. Su cuerpo se estremecía con cada movimiento de las caderas de Korren. Su placer encendía el vínculo, amplificando el mío.

Mis colmillos descendieron cuando me invadió la necesidad de marcarla. Me incliné sobre ella y le perforé el cuello con los dientes, reclamándola para nuestra unidad, para nuestros lobos.

Brielle ahogó un grito que se desvaneció en un gemido, con su cuerpo agitándose bajo Korren.

De mala gana, solté su garganta, ebrio de su sabor. Erza guio su cuello hacia un lado y hundió los dientes en una sección de piel sin marcas, con un rumor posesivo brotando de su pecho.

—Oh... Diosa —maulló Brielle, con los dedos enroscados en el pelo oscuro de Ezra mientras él lamía nuestras marcas.

Me balanceé contra ella, apretando mi dura polla entre los redondos cachetes de su culo. La respiración entrecortada de Brielle se hizo más aguda y explotó alrededor de Korren.

—¡Joder! —Korren gritó, bombeando su carga profundamente dentro de ella.

Tras una última embestida, Korren se retiró. Ezra depositó un beso casto y burlón en los labios hinchados de Brielle antes de tirarla encima de él.

Me moví entre sus piernas, y Ezra agarró sus muslos, abriéndola para mí.

—Diosa, no tienes ni idea de lo perfecta que estás con la semilla de Korren chorreando dentro de ti —gruñí, bombeando mi polla para aliviar parte de la presión.

Se sonrojó, retorciéndose bajo mi abrasadora mirada.

Mis dedos se hundieron en su sucio y goteante agujero, y mi lobo gruñó mientras latía a mi alrededor.

Alineé mi polla con su centro reluciente y la empujé lentamente hacia dentro.

La boca de Korren descendió sobre su pezón endurecido, y ella gimió mientras yo tocaba fondo dentro de ella.

—Mierda. Oh, mierda. Por favor, tienes que moverte. —Brielle sacó sus caderas, retorciéndose en mi eje y tratando de satisfacer su necesidad.

«Mía» mi lobo gruñó.

Entonces, me invadió una oleada de posesividad. Perdí el control y la penetré sin pensar. Había

esperado tanto por ella, mi compañera. Nada me importaba más que poseerla, llenarla, enterrarme dentro de ella hasta que fuéramos inseparables.

Mis garras se clavaron en sus caderas mientras me perdía en nuestro placer. La mirada de aprobación de Ezra se cruzó con la mía mientras hundía un dedo entre los labios de Brielle. Sus mejillas se hundieron al chupar el dedo, y mis pelotas se estremecieron en respuesta.

Joder, estaba cerca.

Un relámpago recorrió mi espina dorsal. Brielle se aferró a mí, estrangulando mi polla, y mis embestidas se convirtieron en sacudidas caóticas e impotentes. —¡El cielo y el infierno! —grité, disparando gruesos chorros de esperma dentro de ella mientras empapaba mi polla con su liberación.

Con cuidado, me retiré y me coloqué junto a su cuerpo flexible.

Entonces, Korren la puso boca arriba y ella nos miró con los ojos entrecerrados.

—Creo que ya estás lista para Ezra, amor —murmuró Korren. Le acarició el cuello y le acarició los costados con movimientos hipnóticos.

Brielle miró a Ezra y luego bajó los ojos. Su polla estaba lo bastante dura como para presionarle los abdominales inferiores, y ella respiró hondo.

—No creo que me quepa —advirtió Brielle.

Ezra le frotó los muslos. —Estás hecha para mi polla y lo verás. Pero no hoy.—Apretó firmemente su polla—. Vamos a tomarlo con calma y dejar que te acostumbres a la circunferencia.

—No te preocupes, amor. Te ayudaremos —le aseguró Korren, depositando un beso en sus labios.

Ezra acarició la cabeza de su miembro contra sus pliegues, utilizando nuestro semen como lubricante.

Empujó la punta de la polla hasta su entrada, y las caderas de Brielle se levantaron ante la intrusión. Jadeó, apretando con los dientes el labio inferior mientras Korren le lamía las tetas con la lengua.

—Que... apretado —gruñó Ezra—. Respira hondo. Respira hondo. Déjame entrar... oh joder, así.

Me arrastré hasta su lado, colocándome junto al hueso de su cadera, y dejé caer la boca hasta su clítoris cuando la polla de Erza alcanzó la mitad de su recorrido. Le comí el coño mientras la veía estirarse de forma imposible alrededor de su voluminoso y palpitante tronco.

Joder, me iba a correr otra vez.

Ezra movía las caderas con un ritmo suave y constante, sin forzarla a que le diera más. Su mano rodeaba la base de su miembro, frotándola y sacudiéndola mientras se la follaba.

El bosque se llenó con los sonidos de nuestra reclamación.

El calor se acumuló detrás de mis costillas mientras una fuerza me atravesaba. Fue tan fuerte que creí que la tierra se sacudía. El vínculo ardió como una estrella moribunda y el dolor me atravesó el cráneo hasta que un calor suave y reconfortante envolvió la agonía como una marea creciente. Sentí el alma de Brielle enhebrándose en nuestro vínculo y, en ese momento, supe que nunca volveríamos a ser los mismos.

Capítulo 8

Korren

—Wynn va a perder la cabeza cuando descubra que están utilizando a las omegas como cebo para sus juegos enfermizos —dije mientras recorríamos el camino forestal de vuelta a las instalaciones.

Valor sostenía a Brielle, para su disgusto. Nos negamos a dejarla caminar. Al principio, discutió con nosotros, pero enseguida descubrió que no funcionaría. Aún nos sentíamos culpables por haber tenido que reclamarla, y esos sentimientos nos animaban a cuidarla y demostrarle las diferencias entre su nueva vida y la que tenía antes de la Caza.

Mi lobo estaba engreído ahora que habíamos reclamado a nuestra omega.

Estábamos enteros, completos, y una sensación de paz nos envolvió. Una parte de nosotros siempre la había estado esperando.

Nuestro vínculo era fuerte, incluso lo había sido en su infancia. Sentí el tirón y el pinchazo cuando Brielle puso a prueba su resistencia.

Ezra entrecerró los ojos. —Bien. Ya era hora de que se hiciera algo. —Volvió a mirar a Brielle, con el rostro ilegible—. Si no la hubiéramos encontrado, no se sabe qué habría pasado. Hay que responsabilizar al Consejo.

Brielle soltó un suave bufido.

Ezra inclinó la cabeza en su dirección. —¿Algo que añadir, pequeña luchadora?

Nos miró a la cara, con la sospecha apagando el fuego de sus ojos.

—El Consejo hará lo que quiera. Nunca se les hace responsables de sus actos, no cuando están criando el ganado que las manadas sancionadas necesitan desesperadamente. Es casi irrisorio pensar que alguien nos defendería.

A nosotras. Era todo lo que necesitaba para saber a qué atenerse. Brielle todavía se consideraba una de las omegas.

Se consideraba ganado.

No podía culparla, pero el sentimiento me atravesó el pecho.

—Lo haríamos —dijo Valor.

El silencio se apoderó de nosotros mientras las palabras de Brielle se agitaban en nuestras mentes. El Consejo la había traicionado, la había puesto en peligro, y probablemente, no era la primera vez. Sentí su resistencia al vínculo. Inconscientemente, había levantado un muro entre nosotros, recordándonos que la confianza se gana, no se da.

La luz naranja y amarilla del crepúsculo contorneaba las frías puntas metálicas de la instalación, dándole un brillo espeluznante. Un guardia esperaba fuera. Capté la sonrisa de satisfacción en su rostro antes de que Ezra me cortara el campo visual y se acercara a él.

—Quiero ver al concejal Raza. Ahora —dijo Ezra, con tono cortante.

El guardia parpadeó. —Eso no es posib...

—Ahora —Valor le interrumpió, con Brielle todavía firmemente agarrada en sus brazos—. O la próxima persona con la que hablará será el alfa Wynn.

Ante la mención del alfa de Hidden Creek, el guardia palideció. —Bien. —Se aclaró la garganta—. Ven por aquí.

El alfa Wynn se había ganado una reputación temible y despiadada desde que asumió el cargo de alfa de Hidden Creek. Nadie desafiaba al alfa y vivía.

El guardia nos condujo a un salón vacío.

—Tomen asiento —dijo, señalando una mesa con refrescos ligeros—. Sírvanse mientras llamo al concejal.

Valor acomodó a Brielle en una silla y yo cogí una botella de agua y se la di.

Cuando la cogió, me dio las gracias con la cabeza mientras me sentaba a su lado.

Por ahora, estaba saciada, pero su celo no tardaría en reclamar nuestra atención. Queríamos estar lejos de las instalaciones cuando eso ocurriera.

Mantuve una mano en su nuca para tranquilizarla. El contacto físico aliviaba temporalmente el dolor del calor de una omega, pero al final no sería suficiente. Era la razón por la que Valor había insistido en llevarnos a Brielle.

Cuando el concejal Raza entró en la sala, Brielle se puso rígida. Aunque tenía el ceño fruncido, su miedo resonó en nuestro vínculo y su corazón empezó a acelerarse.

Mi lobo gruñó y mis instintos protectores me obligaron a moverme antes de que tuviera tiempo de pensar. Me deslicé delante de Brielle, bloqueando la vista del concejal. Valor se puso a mi lado cuando Ezra se adelantó, cortando el avance del concejal.

La sorpresa substituyó al miedo.

¿Creía que no la defenderíamos?

—¿A qué viene todo esto? —preguntó molesto el concejal Raza.

—Curioso. Nos preguntábamos lo mismo. —Ezra se puso en pie, sobresaliendo por encima del cambiaformas mayor—. Liberaron a nuestra compañera en la Caza mientras estaba en celo. No puedo imaginar que el Consejo cometiera tal error sin saberlo.

El rostro del concejal Raza enrojeció de ira. —¿Estás acusando al Consejo de poner en peligro a una omega?

Invocé mi don y sus órganos internos aparecieron como si su piel y sus huesos fueran de cristal. Su ritmo cardíaco aumentó, bombeando sangre rápidamente a través de su cuerpo, y su cortisol se disparó. Estaba mintiendo.

—No, no lo estoy acusando. —La voz de Ezra era gélida—. Estoy diciendo que alguien de su personal debía haberlo sabido y por lo tanto no le informé. Así que, en lugar de estar aquí defendiéndote, creo que emplearías mejor tu tiempo en averiguar cómo sucedió y asegurarte de que no vuelva a ocurrir.

—Por supuesto —dijo el concejal Raza apretando los dientes.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, pero antes de que pudiera salir, Ezra tomó la

palabra. —Los papeles de la liberación, concejal —dijo.

Los hombros del concejal Raza se tensaron y se volvió hacia nosotros. —Me encargaré de que los papeles se entreguen puntualmente.

Cuando se disponía a dar media vuelta, Ezra volvió a detenerlo. —Estoy seguro de que quieres saber cómo le va a nuestra Omega, dada la forma atroz en que fue puesta en peligro.

Aguanté una sonrisa y Valor resopló a mi lado.

Nadie podía meterse en la piel de alguien como Ezra: era como un gato con un ratón.

El concejal Raza exhaló visiblemente y sus facciones se suavizaron con fingido remordimiento. —Sí. ¿Cómo he podido olvidarlo? Me ha sorprendido tanto el error. —Se acercó a nuestra compañera—. Perdóname. Brielle, ¿cómo estás?

Algo turbio y falso pasó por su rostro.

Aunque su miedo aún zumbaba en el vínculo, Brielle lo miró a los ojos, con el rostro como miel envenenada. —Estoy exactamente como esperabas que estuviera.

El concejal la fulminó con la mirada y Valor gruñó.

Los labios de Raza se torcieron con una sonrisa condescendiente. —Me alegra ver que has conseguido lo que querías, Brielle. Estoy seguro de que la Diosa hará fructífero tu vientre.

Salió de la habitación y entró un guardia con nuestras pertenencias.

Mientras Valor cogía su unidad de comunicaciones (informando sin duda a nuestro gamma y a su superior, Alaric, sobre nuestra omega) me volví hacia Brielle.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo ella, manteniendo la mirada al frente.

No lo estaba, pero no la presionaría. Incluso con sus muros mentales en su lugar, sentía los susurros de su rabia, decepción y ansiedad.

Los ecos del fracaso retumbaban en nuestro vínculo.

¿Fracaso? ¿Por qué?

La pregunta era una plaga, una enfermedad que había que desenterrar y limpiar. Sospechaba que era la clave para entender a nuestra compañera y ganarnos su confianza.

Entonces, cogí la mano de Brielle entre las mías. Sus ojos se abrieron de sorpresa al contacto y la miré fijamente a sus preciosos ojos dorados. —Estarás a salvo con nosotros. Estarás a salvo en Hidden Creek.

Era una promesa que pretendía cumplir.

Capítulo 9

Brielle

Algo tenía que estar mal en mí. ¿Por qué si no iba a querer alcanzar a Korren o creer en la verdad de sus palabras?

Estarás a salvo con nosotros. Estarás a salvo en Hidden Creek.

Dios, no quería creerle.

¿Cuándo fue la última vez que creí en alguien?

¿La última vez que supe que estaba a salvo?

«Son nuestros compañeros. Si estuvieran mintiendo, lo sentiríamos» dijo mi loba, aludiendo a mi evidente resistencia al vínculo.

El vínculo de pareja actuaba como un puente, con varios caminos que unían a todas las partes. Nos daba acceso a las emociones y pensamientos de los otros y, en ocasiones, nos permitía sentir esas emociones como si fueran propias. Nos permitía llamarnos unos a otros. Siempre podría encontrar a mis compañeros mientras el vínculo fuera fuerte. Sin embargo, las parejas también podían esconderse de sus compañeros levantando muros mentales. No podían ocultar completamente su paradero, pero podían bloquear sus sentimientos, lo que hacía más difícil el encuentro.

El problema era que yo no quería bajar mis muros. Los lazos eran una calle de doble sentido, y si yo sentía sus emociones, ellos podían sentir las mías. Eso daría lugar a preguntas, preguntas que no podría responder.

No si quería mantener a salvo a Blythe.

Una mano grande y fuerte apareció frente a mí. —Vámonos.

No tuve que levantar la vista para saber que era Valor. Su tenor retumbante y su aroma familiar a

menta fresca, azahar y vainilla especiada ya estaban arraigados en mis huesos. Mi cuerpo se calentó al recordar sus gruesos y afilados músculos contrayéndose debajo de mí mientras me llevaba de vuelta a las instalaciones.

Una oleada de lujuria hizo brotar mis pezones y él dejó escapar un gruñido bajo y cómplice.

Mis ojos se clavaron en los suyos, de color avellana, y sus fosas nasales se encendieron.

—Toma mi mano, cariño. Te pondremos más cómoda en el coche.

Me ardía la cara al pensar en lo que supondría aquel consuelo. Le di la mano y me guio fuera de una prisión hacia otra.

Korren se unió a nosotros, su aroma a pachulí, ámbar y pimienta negra me envolvió y complementó la dulzura de Valor. Korren era el más pequeño de los machos, pero medía unos diez centímetros más que yo. Mientras Valor era ancho, con músculos voluminosos y desarrollados, Korren era más delgado y fibroso. Llevaba un tatuaje desde el centro del pecho hasta la base de la garganta, con un atrevido diseño negro que contrastaba seductoramente con su suave piel de marfil. Su pelo oscuro rozaba sus cejas gruesas y rectas, y su boca ancha era increíblemente suave. Era tan hermoso que resultaba difícil no sonrojarse cuando sus ojos marinos chocaban con los míos.

Un gran todoterreno negro con las ventanillas oscurecidas esperaba delante de las instalaciones. Ezra me abrió la puerta trasera, y el jengibre, la salvia y el ante inundaron mis sentidos. Estoico y firme, Ezra tenía una presencia ineludible. Su tamaño intimidaba, pero su serena confianza y su afilada lengua eran igualmente impresionantes. Y aquellos ojos... oh, Diosa, aquellos ojos eran como brasas y hielo. Me desgarraban sección por sección hasta dejarme cruda y desnuda ante él.

Antes ardía, pero ahora era un charco.

La baba resbalaba por mis muslos y el recuerdo de la verga gruesa de Ezra me hizo la boca agua.

Joder, esto iba a ser un problema.

Subí al coche y Korren se deslizó a mi lado. Apoyó una mano en mi pierna y su tacto fue un bálsamo delicioso para mi necesidad latente. Su pulgar trazó lánguidos círculos sobre la cara interna de mi muslo, y suspiré ante el refrescante zumbido de su capacidad curativa. Parte de la niebla empezó a disiparse.

—¿Mejor? —me preguntó Korren.

—Mucho. —Hice una pausa. ¿Por qué no aprovechaba mi calor? Incapaz de encontrar una respuesta, simplemente le agradecí.

Y en respuesta, Korren me dedicó una sonrisa discreta.

Valor se sentó en el asiento del copiloto y Ezra condujo. Observé a los machos, estudiando la dinámica entre ellos. Que me hubieran reclamado no significaba que esto se hubiera acabado.

Encontraría una salida.

Por ahora, era un juego de espera. Necesitaba reunir toda la información posible para escapar del territorio de Hidden Creek.

—Es un paseo —dijo Korren—. Pensé que sería un buen momento para conocernos.

Parpadeé, intentando contener mi sorpresa. ¿Para qué quería conocerme?

Tenía que ser un truco, pero como no tenía otra opción, seguirle la corriente era mi mejor opción.

—No estoy segura de qué compartir —dije, optando por la sinceridad.

La mano de Korren permaneció en mi muslo, como una presencia cálida y persistente. —Está bien. Te contaremos un poco sobre nosotros y nuestra manada. Pregunta lo que quieras, y comparte cuando estés lista, ¿sí?

Asentí con la cabeza.

—Bueno, ya sabes que soy sanador, pero también soy el sanador jefe de nuestra manada. Superviso un equipo especializado en medicina y prácticas científicas y herbales. Valor es un ejecutor. Es el segundo al mando de nuestro ejecutor jefe y gamma, Alaric.

Valor me dirigió una impresionante sonrisa, que estuve a punto de corresponder con la mía.

Korren continuó—: Ezra es nuestro jefe de seguridad. Se encarga de todo, desde la seguridad fronteriza hasta las armas de nuestras fuerzas especializadas.

Los ojos del hombre tranquilo se cruzaron con los míos en el retrovisor antes de volver a la carretera.

Mierda. La Diosa me había dado un número en el departamento de parejas. Escapar iba a ser más complicado de lo que pensaba. ¿Cómo diablos iba a evadir a un especialista en seguridad y a un ejecutor sin que me atraparan?

Parece que tendré que apelar a sus instintos más bajos.

—No eres muy hablador, ¿verdad? —pregunté, haciendo una mueca de dolor por lo cortante de mis palabras. Debía gustarles, no alejarlos.

Sin embargo, yo siempre había sido una persona nerviosa. Mi padre solía decirme que le apretaba las tuercas sólo para ver si podía hacerlo. Supongo que eso no había cambiado mucho.

—Sólo cuando tengo algo que decir —respondió Ezra.

—¿Y con qué frecuencia es eso? —le presioné.

Korren sonrió satisfecho.

—Sí, ¿con qué frecuencia? —repitió Valor con una sonrisa.

Ezra lo fulminó con la mirada antes de fijar sus ojos oscuros en los míos por el retrovisor. —No te preocupes, Brielle. Cuando tenga algo que decirte, lo sabrás.

—Es cierto —asintió Valor—. Para ser un hombre que no habla mucho, sus opiniones son bastante fuertes.

—Oh, ¿entonces Ezra es el papá? —pregunté, divertida por sus descripciones.

Valor estalló en carcajadas. Se me oprimió el pecho y la extraña sensación de alivio amenazó con arraigarse.

Necesitaba ignorar esa sensación, por lo que cambié de tema. —Así que todos sois importantes para vuestra manada.

—Todo el mundo es importante en una manada —corrigió Korren, secándose las lágrimas de sus ojos—. Nuestra manada es como un cuerpo. Hay órganos, venas, músculos, sangre y huesos, cada uno sirve para un propósito diferente, pero cada tarea es esencial para que funcionemos. Todo el mundo tiene un trabajo, y todo el mundo es tratado con respeto.

—¿En serio? —pregunté, poco convencida—. ¿Dirías que tu alfa tiene el mismo respeto que un anciano?

Valor frunció el ceño ante mi comparación. —Así que sabes algo de política de manada.

No era una pregunta.

—Un poco —admití, sin querer poner fin a la conversación—. Lo básico, al menos. El alfa manda, el beta mantiene a todos a raya y el gamma defiende. Hay ejecutores, aunque estoy segura de que el entrenamiento varía de una manada a otra, y... —Hice una pausa y miré a Korren—: Un sanador, si la manada tiene suerte. Aparte de eso, estoy a oscuras.

—En nuestra manada, yo diría que sí, cada miembro recibe el mismo respeto en circunstancias cotidianas, pero el alfa siempre tendrá distinción. Es el responsable de todos y se ha ganado su título. Todos los miembros de la manada entienden lo afortunados que somos de vivir bajo su cuidado —dijo Valor.

Asentí, sin saber qué creer. Una manada en la que todos los miembros eran iguales sonaba demasiado bien para ser verdad.

—Conoces lo esencial de la estructura de una manada, pero ahora, voy a enseñarte lo básico de nuestra manada —dijo Ezra—. El nombre de nuestro alfa es Wynn. Viene de una larga línea de machos dominantes y ha demostrado ser aún más poderoso que sus predecesores. Nuestro Beta, Bishop, es honesto y justo, pero también es la última persona con la que querrías cruzarte...

—Los ejecutores le llaman el diablo sonriente —interrumpió Valor—, porque sonríe incluso mientras tortura a sus enemigos.

Bueno... eso era tranquilizador.

—Y nuestro Gamma... —empezó Korren.

—Mi capitán —interrumpió Valor con una sonrisa orgullosa.

—Es el mejor luchador de toda la manada. Alaric está especializado en seis estilos de combate cuerpo a cuerpo y siete armas, y es un experto en estrategia bélica. Los tres lideran nuestra manada como la unidad alfa.

—¿Así que hay un sistema de clasificación? —pregunté.

—Sí —respondió Ezra—. Hay una jerarquía, pero a diferencia de algunas manadas, los rangos de Hidden Creek sólo entran en juego cuando el orden y la seguridad están en peligro. No usamos el rango como medio de control.

Oí la convicción en sus palabras. No me estaba mintiendo, lo que me hizo sentir curiosidad por su manada. Instintivamente, mis dedos jugaron con mi medallón, metiéndolo entre los dedos con un movimiento ya practicado.

Mi padre me contó lo que pudo, pero las manadas mantenían en secreto sus comunidades. Unas pocas reglas comunes nos unían a todos como cambiaformas, pero cada manada funcionaba como su propia sociedad. Hidden Creek parecía ser lo contrario de lo que había aprendido, y no estaba segura de cómo sentirme al respecto.

Mi padre nos había enseñado sobre las manadas de la zona. La manada Colmillo Plateado era conocida por su linaje de alfas. Era la única manada monárquica. La familia gobernante, los Kuus, se transformaba en lobos de pelo plateado como la luz de la luna. Se rumoreaba que eran descendientes directos de la Diosa de la Luna, y algunos creían que sus lobos se convertían en bestias bípedas durante los ataques de ira.

Luego estaba la manada Sol Rojo, liderada por su malévolo alfa, Crue Moacir. Crue era conocido como el Alfa “loco”, que vivía al filo de volverse rebelde. Era paranoico y desconfiado, y sólo permitía que su beta y su gamma se le acercaran. Su manada destacaba por sus estratégicos estilos de lucha y la legendaria crueldad de sus castigos. Nadie vivía si se cruzaba en su camino.

La manada Mortero mantenía a sus hembras atadas por reglas arcaicas. Si tenías la mala suerte de nacer sin familiares varones que te protegieran, quedabas a merced de cualquier macho. Su alfa nunca duraba más de unos pocos años debido al número de aspirantes.

Todas las manadas estaban corrompidas y rodeadas de secretos.

Sin embargo, aquí estaban mis compañeros, diciéndome que Hidden Creek era diferente.

—¿Cómo te las arreglaste para ocultar tu olor? —me preguntó Valor, rompiendo mi hilo de pensamiento.

Pensé en mentir, pero eso no me haría ningún favor a la larga. Si quería escapar, necesitaba que confiaran en mí y aflojaran las riendas. —Oh, encontré una planta de tabaco de conejo durante la primera Cacería. La he estado usando desde entonces.

—¿Tabaco de conejo? —preguntó Korren.

—Sí, es una planta pequeña y frondosa parecida al cilantro. Puedes masticarla y crear una pasta que oculta tu olor.

Valor abrió los ojos y me examinó con nuevo interés. —Estoy impresionado. ¿Dónde aprendiste a hacer eso?

—Mi padre me enseñó. —Un dolor familiar palpitó en mi pecho.

—¿Tu padre? —Los ojos de Ezra se encontraron con los míos—. ¿No son todas las omegas separadas de sus familias a la edad de seis años?

Desconfió, sospechando una mentira.

Yo no le daría una.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta. —No me llevaron a un internado hasta los catorce años. Cuando mi padre descubrió que era una omega, huimos. Me enseñó a sobrevivir por si nos atrapaban. —Miré por la ventana, incapaz de soportar la lástima en sus ojos.

—¿Qué le pasó a tu padre? —Korren preguntó.

Mi voz era hueca cuando dije—: Conseguimos eludir al Consejo durante años hasta que alguien les avisó. Lo mataron y me cogieron.

Capítulo 10

Ezra

Ojalá pudiera decir que las acciones del Consejo habían sido escandalosas, pero, después de conocer sus engaños, no me extrañaba nada de ellos. Cruzaban las líneas enemigas, extorsionaban a los suyos, mentían descaradamente y asesinaban a quienes juraron proteger. La lista de sus pecados se hacía más larga cada día que pasaba.

La revelación de Brielle me hizo sentir un gran peso en el pecho. El silencio que siguió me dolió más que la herida de un diente o de una garra.

Mi lobo aulló de angustia, inseguro de cómo calmar a su compañera.

Brielle se durmió poco después de contarnos lo de su padre, y yo me pasé el resto del viaje ensimismado. Unas horas más tarde, cruzamos el territorio de Hidden Creek. Saludé con la cabeza a los agentes de guardia antes de volverme hacia Korren.

—Lleva a Brielle a nuestra guarida. Valor y yo nos reuniremos con el alfa Wynn y Bishop.

Korren la despertó suavemente, apartándole los oscuros mechones de pelo de la mejilla.

Brielle se despertó y volvió su hermoso rostro hacia mí. Mi lobo me animó a decirle algo, a hacer algo, pero las palabras murieron en mi lengua y mis manos no se movieron de mis costados.

La próxima vez, lo prometí. La próxima vez averiguaría cómo comportarme con mi compañera, pero antes tenía un trabajo que hacer.

—Quédate con Korren, pequeña luchadora —murmuré—. Él se asegurará de que estés cómoda.

Brielle asintió y se volvió hacia Korren. —Parece que sacaste el palo corto.

Se rio. —Yo no lo veo así. Estos dos están celosos porque tengo la oportunidad de llevar a nuestra hermosa compañera a casa, y todo lo que tendrán para el próximo par de horas es el trabajo.

Brielle se sonrojó. El cálido color melocotón iluminó su rostro, recordándome su aspecto cuando se corrió.

Mi polla se agitó. Aparté rápidamente la mirada, negándome a encontrarme con mi alfa estando empalmado. Un hombre debía tener dignidad.

Cuando me giré, Valor me estaba esperando con una sonrisa cómplice.

—Ni una palabra —le advertí.

—No iba a decir nada. —Valor levantó las manos en señal de sumisión mientras me seguía. Serpenteamos por el centro de Hidden Creek de camino a la casa de la unidad alfa.

Aparté a Brielle de mi mente y me centré en el Consejo y en los nano hackers que había colocado en sus instalaciones. En cuanto llegara a mi espacio de trabajo, podría activarlos y guiarlos hasta su posición.

Cuando llegamos, la puerta se abrió antes de que pudiéramos llamar. Isolde, la compañera de la unidad alfa y la primera omega de Hidden Creek desde que el alfa Wynn derrocó a su padre hace más de diez años, nos saludó con una sonrisa.

—Valor, Ezra, ¿habéis vuelto ya? —preguntó alegremente.

—Hace poco. —Valor sonrió—. Esperábamos ver al alfa Wynn. ¿Está aquí?

—Está en su estudio. —Entonces, se hizo a un lado, permitiéndonos pasar.

Le dimos las gracias y subimos corriendo las escaleras. Al entrar en el estudio de Wynn, encontramos a Bishop sentado frente al alfa. Sus rostros estaban tensos y parecía que habíamos interrumpido una conversación acalorada.

—Wynn, Bishop —los saludé.

Valor saludó a nuestros alfa y beta inclinando la barbilla.

Wynn nos hizo señas para que entráramos y Valor y yo nos sentamos en las dos sillas que quedaban frente a su escritorio.

El alfa de Hidden Creek era brillante, pero tenía poca paciencia para las sutilezas sociales. Esa

era una de las razones por las que nos llevábamos tan bien. Mientras que los demás me consideraban un robot, Wynn encontraba mi concentración refrescante, incluso necesaria. Era una de las pocas personas fuera de mi unidad para las que sentía que no tenía que llevar una máscara.

Nos miró con sus ojos azules como el hielo un momento antes de juntar las manos. —¿Y bien? —preguntó sin preámbulos.

—Encontramos a nuestra pareja predestinada —respondió Valor, adoptando la cadencia familiar de un ejecutor que informa a su superior.

—Felicidades —dijo Bishop—. ¿Y por qué no pareces muy feliz?

—Por desgracia, nos encontramos con algunas complicaciones —dije.

—No me gusta cómo suena eso —gruñó Wynn.

—Lo que sea que estés imaginando, es peor. Esta temporada, el Consejo presentó a las unidades la imagen de una omega que ganó las tres Cacerías anteriores. Se burlaron de la sala y hablaron de la facilidad con que superó a los demás.

Bishop se pasó una mano por la cara. —La señalaron.

—Exacto. Entonces, la liberaron mucho después que a las otras omegas. Apenas tuvo tiempo de perderse de vista.

—Joder —murmuró Wynn.

—Eso no es todo —continué—. También la enviaron en el punto álgido de su celo. Estaba ocultando su olor, pero nadie puede esconderse de Valor. Nos vimos obligados a reclamarla en el bosque para evitar un baño de sangre, uno que sin duda instigó el Consejo.

—¿Por qué harían eso? ¿Y por qué seguiría participando en la Caza con esas probabilidades? Estoy seguro de que había manadas autorizadas dispuestas a acogerla. Ella podría haber encontrado fácilmente una unidad de esa manera —dijo Bishop.

—Eso es lo que pretendemos averiguar —dijo Valor—. Hay una cosa más. Brielle, nuestra compañera predestinada, estaba más desesperada por escapar que la omega media. Cuando la reclamamos, una abrumadora sensación de fracaso se apoderó del vínculo. No sabemos a qué se

debía.

—¿Cómo está ahora? —Wynn preguntó.

—Reservada, pero más habladora que cuando salimos de las instalaciones —respondí.

Wynn asintió. Pude ver los engranajes girando en su cabeza cuando sus ojos se encontraron con los míos. —¿Y los nano hackers?

—Con éxito. Una vez activados, podemos empezar a reunir información.

Hubo una pausa embarazosa mientras Wynn reflexionaba sobre la información. Supuse que pensábamos lo mismo. Brielle tenía una historia con el Consejo, eso estaba claro. Era un tesoro de información. Tal vez pudiéramos tomar ventaja si nos contaba lo que sabía.

Finalmente, Wynn habló. —Por ahora, hagan que Brielle se sienta cómoda. Conozcan a su compañera y demuestren que son dignos de confianza. Queremos que entienda que Hidden Creek es su hogar, su manada. Las preguntas pueden esperar. No queremos que piense que la estamos usando como lo ha hecho el Consejo y que se cierre a nosotros.

Tenía razón. Hacer demasiadas preguntas tan pronto la pondría en alerta, y se callaría en un instante. Ya sabía que era astuta y observadora. Me fijaba en cada expresión cuidadosa que cruzaba su rostro y en la forma precisa en que elegía sus palabras.

No confiaba en nosotros, y con razón. Habría sido una tonta si lo hubiera hecho sin pruebas de nuestra lealtad.

Me llenaba de placer a la vez que despertaba mi fastidio.

Al unísono, Valor y yo dijimos—: Sí, alfa.

—También quiero organizar una reunión con Brielle e Isolde. Se aclimatará más rápido si está cerca de otra omega que pueda responder por nosotros.

—Creo que sería bueno para ella —aceptó Valor—. Hablaré con ella al respecto cuando volvamos a casa.

Cuando volvamos a casa.

Con nuestra compañera.

Las palabras me recorrieron como una corriente eléctrica, y no hicieron más que ahondarse mientras nos despedíamos de nuestro alfa y nuestro beta. Salimos de la casa del alfa y nos dirigimos en silencio por el camino, cada uno de nosotros sumido en sus pensamientos.

Nunca me había llevado bien con la gente nueva (me llevó meses establecer un vínculo con mi unidad), así que, ¿cuán difícil sería con esta mujer que estaba hecha para completar la unidad que yo ya encontraba completa?

Era la primera vez en mi vida que tenía dudas sobre algo.

Capítulo 11

Valor

El dulce aroma a pino y bayas silvestres de Brielle se mezcló con el relajante aroma del hogar cuando abrí la puerta principal. A la vez, el lugar me resultaba familiar y nuevo.

Mi lobo se deleitó con la esencia combinada, como si fuera la luz del sol. Quería llevársela a la cama, acariciarla y lamer cada centímetro de ella hasta que las llamaradas de su calor se apaciguaran en un éxtasis embriagador.

Puse mentalmente los ojos en blanco.

«Bastardo romántico» me burlé.

No se dignó a responderme y se centró en la visión que teníamos ante nosotros.

Sentí las punzadas de su calor reprimido a través del vínculo y supe que Korren sólo podría mantenerlo a raya durante un tiempo.

Korren sonrió cuando entramos en el salón. Brielle se quedó inmóvil, como si se estuviera adaptando a nuestra presencia, antes de inclinar la barbilla en nuestra dirección.

—Habéis sido rápidos —comentó Korren mientras colocaba un tazón de salsa sobre la mesa de café—. Pensamos que tendríamos todo listo antes de que llegarais a casa.

—Tuvimos suerte y no tuvimos que hacer un informe completo —dijo Ezra. Entró en la cocina, atraído por el olor a carne, ajo, pimientos, cebolla y cilantro chisporroteando.

Mi estómago anunciaba descaradamente su hambre.

Brielle me dedicó una vacilante inclinación de labios. —No tendrás que esperar mucho para comer. Korren ha sido rapidísimo en la cocina.

—Tenía que mostrarte mis mejores atributos mientras tuviera la oportunidad —dijo Korren con

un guiño mientras ponía los cuencos sobre la mesa de café llena de aperitivos.

En respuesta, la sonrisa de Brielle se suavizó.

—¿Necesitas algo? —preguntó Ezra desde detrás de Brielle.

Dio un respingo y se llevó una mano al pecho mientras se giraba para mirarle. —Diosa, ¿cuándo demonios has llegado ahí? ¿No estabas en la cocina?

Me reí entre dientes. Ezra se movía tan silenciosamente como un gato. No era la primera a la que molestaba una de sus repentinas apariciones, y no sería la última. Todavía le daba a Korren un sobresalto al menos dos veces por semana. Era casi un reto para él.

—Estaba. Ahora estoy aquí. —Los ojos oscuros de Ezra se iluminaron con humor. Luego, dirigió su atención hacia Korren y preguntó—: Salsas de siete tipos, ¿cuál es la ocasión?

Korren le dio una palmada en el brazo y saludó a la exhibición de aperitivos. —Obviamente vamos a tener una noche de cine.

—Me parece bien —le dije a Korren. Le di un codazo a Brielle.

—Ahora que Ezra sabe que puede asustarte, vas a tener una amenaza sobre ti.

Korren corrió hacia la cocina.

—No te preocupes. Ahora que conozco su afición, estaré alerta —dijo Brielle mientras se sentaba en el sofá.

La voz de Ezra era complaciente cuando preguntó—: ¿Es un desafío?

—No deberías haber hecho eso —bromeé, ocupando el lugar junto a Brielle en el sofá.

Brielle levantó la barbilla. —¿Y si lo es?

Korren gimió mientras volvía al salón. —No me digas que tenemos dos iguales.

No me perdí la calidez de sus palabras.

—Parece que sí. —Me pasé una mano por el pelo con fingida exasperación—. La Diosa debe estar castigándonos por algo.

Brielle resopló, volviéndose hacia mí con ojos brillantes. —Creo que quieres decir que os está bendiciendo por alguna razón.

No se había dado cuenta, pero Ezra la estaba sacando de su caparazón. Utilizaba su desafío para combatir su indecisión y, al envolverla en un intercambio tan juguetón, la incitaba a mostrar más de sí misma.

Sus hombros se habían relajado y sus ojos brillaban. Se estaba divirtiendo a su pesar.

La rodeé con un brazo y me tomé un momento para disfrutar de la sensación de su cuerpo contra el mío. Los débiles vapores de su calor empolvieron mis sentidos y mi polla se engrosó. Pero decidí ignorarla.

—¿Qué tipo de películas te gustan, Brielle? —Cogí el mando a distancia, encendí la tele y ojeé los géneros.

Arrugó la nariz. —¿Es un cliché decir las de terror?

Korren repartió bebidas. —No, siempre que no seas una de esas hembras que dicen que les gusta el terror y luego se asustan al ir solas al baño.

—Es mejor que el romance, o su gemela malvada, la comedia romántica —dijo Ezra.

Ella lo miró a los ojos, y algo ilegible pasó entre ellos. —No podría estar más de acuerdo.

Elegir la película fue sorprendentemente fácil. Normalmente nos pasábamos horas debatiendo los pros y los contras, pero esta noche acordamos en silencio dejar que Brielle tomara la iniciativa. Cuando empezó la película y todos nos acomodamos, me arriesgué y deslicé mis dedos entre los suyos, llevando nuestras manos unidas a mi muslo. Sentí su sorpresa y placer a través del vínculo.

Mi lobo ronroneó al poder dar apoyo a su compañera.

Brielle me dio un tímido apretón en la mano.

Ella disfrutaba del contacto tanto como yo, y tracé pequeños círculos con el pulgar, dejando que la yema de mi dedo calloso rozara su suave piel.

El olor de su calor acarició mis sentidos, y su respiración se entrecortó.

Fue suficiente para despertar mis instintos. De repente me di cuenta de sus mejillas sonrojadas y del brillo del sudor en su frente, que resplandecía con la escasa luz.

La mano de Korren se posó en la pierna de Brielle. Acarició con sus finos dedos la cara interna del muslo, subiendo más y más con cada caricia. Brielle echó la cabeza hacia atrás y separó las rodillas.

Diosa.

El olor de su excitación fue una revelación, la última fuente de iluminación para mi ser.

Un gruñido gutural atrajo mi atención y mis ojos chocaron con los de Ezra. Le encantaba mirarlo, le gustaba casi tanto como la envergadura que tenía entre las piernas.

Olvidada la película, dirigí mi mirada hacia Korren mientras sus dedos se cernían sobre el borde de sus calzoncillos. Ella se abrió aún más, mordiéndose el labio aterciopelado.

Su calor perfumaba el aire, expandiéndose y consumiendo todo a su alrededor.

Su aroma se coaguló en mi garganta, se filtró en mi piel y erosionó mi control.

El susurro seductor de Korren atravesó la bruma. —¿Puedo, amor?

La respuesta de Brielle fue una súplica. —Sí.

Korren hurgó en su ardiente centro y ella se frotó contra su mano con un siseo. Me llevé la mano a la boca y le besé las yemas de los dedos, los nudillos, la palma y la muñeca, lamiendo y acariciando la fina piel que cubría sus venas.

Su cuerpo alcanzó un punto de ebullición, y mi polla se apretó dolorosamente contra mis pantalones, suplicando ser liberada.

—Estás tan mojada, tan jodidamente perfecta —susurró Korren—. ¿Me dejas enseñárselo? ¿Pueden ver lo sucio que se pone este coño cuando juego con él?

—Mmm. —Su cara era un mosaico de rojos, melocotones y rosas, y sus ojos se cerraron.

—Concéntrate, pequeña luchadora —ordenó Ezra, con voz ronca—. Si no obtenemos una respuesta, Korren te quitará la mano.

Sus ojos se abrieron de par en par ante la amenaza y un gruñido de necesidad salió de sus labios.

Le pellizqué la muñeca y ella gimió mientras sus feromonas se disparaban hasta un grado asfixiante.

—Sí. Sí —jadeó—. Muéstrales.

Capítulo 12

Korren

Le bajé las bragas por las caderas con un tirón que se evaporó rápidamente. Mi mente perdió la capacidad de funcionar, de pensar más allá de la humedad de mis dedos y el olor de su deseo.

Abriendo bien los muslos, arrastré el pulgar por su clítoris empapado y miré a Ezra y Valor. Estaban quietos como centinelas, encadenados a la imagen que tenían delante. Brielle se retorció bajo la embriagadora combinación de mis caricias y el peso de sus miradas.

—Este coño está llorando, amor —le dije mientras la abría con mis dedos índice y corazón. Jadeó, el sonido fue una llamada descarada y lujuriosa—. Dime lo que necesitas.

Sacudiendo la cabeza como para despejarla, Brielle se encontró con mi mirada. —Necesito más.

Entonces, hundí los dedos entre sus pliegues, disfrutando de la sensación de que se abriera para mí. Estaba lo bastante cerca como para rozar su entrada, pero sin invadirla.

Sus caderas se levantaron por sí solas. —Ah, eso se siente tan bien. Diosa, dame más.

—¿Estás segura? No creo que estés preparada todavía —me burlé.

Sus ojos se entrecerraron y sonreí ante su anhelo insaciable.

«Haz que ruegue por nosotros» me instó mi lobo.

Hizo un sonido de frustración cuando me aparté.

Me puse de pie junto a los demás. —Muéstranos.

Dios mío, qué espectáculo. Pelo castaño oscuro, labios carnosos, pechos turgentes y pezones rojos que se apretaban contra la fina tela de su camisa. Abrió sus largas piernas morenas, revelando su dulce e hinchado coño.

Estaba tan empalmado que podría cortar leña con la polla.

—Muéstranos que estás lista para más —dije—. Déjanos ver cómo te gusta que te toquen, amor.

Hizo una pausa y su expresión pasó de inocente a sensual. —¿Y qué obtengo a cambio?

La confianza en su voz me tenía a punto de explotar.

Valor gimió, sonando más a lobo que a hombre. —¿Qué quieres, cariño? Sea lo que sea, es tuyo.

Sus ojos brillaron cuando su loba salió a la superficie, clavándonos una mirada territorial. —Yo también quiero veros. Quiero que me enseñéis lo que es mío.

—Joder —gruñó Valor.

Si tuviera más calor, se me habrían formado ampollas en la piel. La luz se dirigió directamente a mi polla y, sin mediar palabra, me quité la camisa.

Su seguridad y posesión eran jodidamente calientes.

Me habría puesto de rodillas si me lo hubiera pedido.

Los sonidos de Ezra y Valor desvistiéndose pusieron la banda sonora a nuestra tranquila velada.

Me di cuenta de que estábamos en nuestra guarida, no en el bosque de detrás de las instalaciones. Me invadió la emoción. Íbamos a aguantar su celo y a reclamarla hasta que no quedara ninguna duda de a quién pertenecía.

Miré a mi unidad. Estaban desnudos, con las pollas tensas mientras miraban a Brielle, esperando su señal.

Dio un zumbido de aprobación mientras se tomaba su tiempo examinando nuestros cuerpos. Sus ojos se detuvieron en cada centímetro, recordándonos que éramos suyos.

Suyos y a la vista.

Suyos para domarla.

El movimiento de sus dedos entre sus muslos creó un nuevo tipo de hechizo al separar sus labios hinchados.

Mi cuerpo vibraba, los músculos se me contraían mientras me consumían las ganas de meterme

entre sus piernas y sustituir su mano por la mía.

Sin embargo, en vez de eso, me agarré la polla ardiente.

Con un gruñido, me apreté el puño, bombeando la base. El pulgar de Brielle presionaba su pequeño y sensible centro mientras dos dedos se deslizaban por su generoso resbalón.

Gruñidos y gemidos brotaron de Ezra y Valor, mezclándose con los míos mientras veíamos sus dedos hundirse en su centro. El color floreció en su rostro mientras se masturbaba a sí misma, sucumbiendo a su calentura.

—No es suficiente. —Su mano se movió más rápido—. Necesito más.

El líquido preseminal goteaba en la raja. Mi cerebro estaba confuso. El último hilo de resistencia que me quedaba mantenía los pies firmemente plantados mientras cada embestida se acompañaba de sonidos obscenos.

Su respiración se volvió más agitada. Sus jadeos superficiales nos hicieron saber que estaba cerca.

Ya está.

—Valor —llamé.

Se acercó a ella y posó su gran mano sobre la de ella, deteniendo sus movimientos.

—Ya basta. No se te permite hacer que te corras. Para eso estamos aquí.

Valor le subió el top por encima de los pechos y sus pezones marrones se tensaron con el aire fresco.

Ella gritó cuando él se llevó una a la boca y se colocó entre sus piernas.

Le murmuró algo al oído y ella se sonrojó. Ezra se acomodó en la butaca frente al sofá y separó los muslos, observando el desarrollo de los acontecimientos. Brielle lo miró, y una sonrisa que le heló los huesos se dibujó en sus labios.

La voz de Valor era un estruendo gutural. —¿Estás lista para empapar mi polla con tu semen?

—Diosa, sí —respiró.

Valor le clavó las piernas contra el pecho y se deslizó en su interior con un movimiento suave. Ella dejó escapar un suspiro de alivio cuando él giró las caderas. Valor se apoyó con un brazo en el respaldo del sofá y dobló las rodillas para penetrarla.

—Así —insistió Ezra, reclinándose como un rey que observa a sus súbditos—. Ábrela más, Valor. Quiero verla estirar ese pequeño agujero codicioso.

Valor obedeció y Brielle gritó.

—Korren, ponte al lado de Brielle —dijo Ezra.

Mi expectación crecía a cada paso que daba, y los ojos dorados de Brielle se posaron en mí, almibarados y oscuros, cargados de lujuria.

—Ahora es tu oportunidad de jugar, Brielle. Haz lo que desees con Korren. Es tuyo.

Algo perverso y curioso bailaba en sus ojos. Extendió la mano, arrastró las uñas por mis abdominales, pasó por mi ombligo y se detuvo en mi pelvis. Mi polla se movió hacia ella y su lengua salió para humedecerse los labios.

—Tómala —gimió Valor, sin interrumpir su ritmo—. Chúpale su bonita polla y demuéstreme cuánto te gusta.

Brielle rodeó mi base con la mano y me quedé helado. Cuando me dio suaves besos en la parte inferior, casi me desarmo.

Cuando me introdujo en su boca, tuve que obligarme a no mover las caderas. Brielle me lamió el tronco, besándolo como una amante antes de chuparme la cabeza.

Su boca era locura y claridad. Le sujeté el pelo con los puños, manteniéndola en su sitio mientras ella hundía las mejillas y arrastraba la lengua por la gruesa vena que había bajo el tronco. Un sonido a medio camino entre un gruñido y un silbido escapó de mis labios cuando se la metió más profundamente, la saliva se derramó de su boca y me cubrió los huevos. Su cuerpo se sacudió por la fuerza de los empujones de Valor, y sus tetas rebotaron mientras tragaba a mi alrededor.

No era suficiente. Quería que se ahogara con mi polla. Quería enterrarme en su garganta.

—Joder, qué pinta tan deliciosa tienes así —dijo Ezra, levantándose de la silla.

Zumbó a mi alrededor y perdí el control. Apreté el pelo y empecé a follarle la boca en serio.

Mi cuerpo era un oleaje de mareas rugientes (un tifón que amenazaba con hundirme) y me entregué a ella.

Ezra estaba entre nosotros, con la polla erecta y llorosa. Le rozaba el abdomen, con los músculos contraídos por la contención.

—Vas a tragarte el semen de Korren mientras Valor te moja el coño. —Ezra le acarició la mejilla, rozándola con el pulgar—. Y yo voy a correrme encima tuyo, para que cada centímetro de ti huela a nosotros.

Valor gruñó ante la petición de Ezra, y Brielle asintió con impaciencia.

Juntos, Valor y yo follamos a Brielle mientras Ezra se masturbaba sobre su cuerpo, que se retorció. Ella se tensó, justo al borde del orgasmo. Entonces, el vínculo vibró de placer mientras nos corríamos, marcándola por dentro y por fuera.

Llevé a Brielle al agua humeante de la bañera.

—Esto no es necesario —dijo, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

La tenue floración de color en su piel dorada me hizo sonreír. Era tímida.

«¿Después de todo lo que acabamos de hacer?» preguntó mi lobo.

Me reí entre dientes. Nuestra compañerita era curiosa, atrevida y tímida a partes iguales. Tendríamos que volver a calentarla.

—Claro que sí —dijo Ezra, guiándola hacia atrás hasta que se apoyó en el borde—. Somos tus compañeros. Nos da gran satisfacción cuidar de ti.

Tras un momento de resistencia, cedió con un mohín. —No soy una niña. Soy capaz de cuidar de mí misma.

—Lo sabemos —dijo Valor mientras le pasaba el champú y el acondicionador a Ezra—. No es cuestión de ser capaz. —Se arrodilló junto a la bañera con una toallita y una pastilla de jabón—.

Es un arraigado sentido del deber. Nuestros lobos anhelan el placer de cuidar de ti, y ésta es una de las formas en que podemos hacerlo. —Levantó una de sus piernas del agua—. No nos lo negarás, ¿verdad?

Puesta en un aprieto, Brielle se sonrojó antes de poner los ojos en blanco. —Bueno, si es necesario. No me gustaría interponerme entre vosotros y vuestro problemático ego.

—Ese es el espíritu —dijo Valor, riendo.

Ezra enjabonó su espeso y oscuro cabello mientras Valor y yo trabajábamos en su succulento cuerpo. Valor la hacía reír cuando le lavaba los pies, y descubrimos que Brielle era muy luchadora cuando le hacían cosquillas.

Después, la llevamos al dormitorio.

Inclinó la cabeza. —¿Vamos a dormir todos aquí?

La diversión y la sorpresa sacaron a relucir el dorado de sus ojos.

Ezra se puso la camisa por encima de la cabeza. —No te preocupes por el espacio, la cama está hecha a medida.

—Eso no es asunto mío. —La voz de Brielle era ligera—. Simplemente no sabía que dormíais juntos.

—La mayoría de las unidades lo hacen —dije, poniéndome una sudadera—. Aunque nuestra relación no es romántica, seguimos necesitando contacto y consuelo como la mayoría de los cambiaformas.

Brielle asintió pensativa. —Nunca me lo había planteado. Supongo que aún tengo mucho que aprender sobre unidades y manadas.

Me subí al centro de la cama, tendiéndole la mano. —Ya lo resolverás todo. Hasta entonces, no hay prisa.

Dio dos pequeños pasos hacia delante y puso su mano en la mía. En cuanto sus dedos rozaron mi palma, la empujé hacia mi pecho y la rodeé con los brazos.

Estalló en una carcajada mientras Valor y Ezra se despatarraban a ambos lados de nosotros y nos

tapaban con las mantas.

Mientras se acomodaba, sus dedos trazaron el recorrido de mi tatuaje, arremolinándose a lo largo de las cicatrices cubiertas.

—Nunca me había fijado en las cicatrices —dijo por lo bajo.

—Fueron un regalo del viejo alfa —le respondí.

Hubo un tiempo en que no podía hablar de ellas, pero hacía tiempo que había hecho las paces con lo que había hecho por él.

—¿Qué hiciste para ganarte esto? —preguntó Brielle.

El brazo de Valor nos rodeó, apoyándose en silencio.

—Interrogué a cambiaformas y le conseguí la información que quería por todos los medios. Y cuando ya no pude hacerlo más, me defendí y me gané esto. —Señalé mi pecho.

—Entonces, ¿lo cubriste con un tatuaje?

—Hice que un compañero de manada trazara las líneas como recordatorio de la línea por la que camino. Como sanador, es más fácil romper algo que recomponerlo.

Guardó silencio un momento antes de acurrucarse en mi pecho.

Contemplé su hermoso rostro. —¿Qué se siente?

La satisfacción y la paz resonaban en nuestro vínculo mientras sus ojos buscaban los míos, pero una sombra permanecía oculta.

¿De qué tenía miedo?

Una pequeña sonrisa curvó sus labios mientras su expresión se apagaba.

—Calidez.

Capítulo 13

Brielle

Los olores de mis compañeros me sacaban del sueño mientras la culpa amenazaba con estrangularme. Siete días. Ese era el tiempo que habíamos pasado en nuestra guarida. Ahora, mi celo había terminado, y todas mis preocupaciones anteriores habían vuelto.

Estábamos unidos. ¿Cómo podría escaparme y encontrar a Blythe?

Mi loba bostezó satisfecha, desinteresada de mis emociones encontradas. Estábamos con nuestros compañeros y nada más le importaba. Ella creía que el resto encajaría, pero yo no estaba tan segura.

Salí de la cama, fui al baño y encontré un cepillo de dientes nuevo en la encimera.

«Son considerados. Lo reconozco.»

«Nuestros compañeros quieren que seamos felices. Si les contáramos lo de Blythe, nos ayudarían» dijo mi loba.

«Quieren una pareja, no problemas familiares.»

«Quieren hacernos felices. Si encontrar a nuestra hermana lo consigue, lo harán» argumentó.

Dudaba que aceptaran demasiado bien al grupo de rebeldes al que mi padre planeaba entregarnos a Blythe y a mí cuando el Consejo me capturara.

«Claro, me acercaré a ellos y les diré: Hola, chicos. Sé que esto es sólo el comienzo de nuestro emparejamiento y todo, pero tengo una hermana escondida con un grupo de rebeldes. Eso iría muy bien.»

—Brielle, olvidé mencionar...

Sobresaltada, me volví hacia Ezra y dejé caer el cepillo de dientes en el lavabo. Tanteé para

recogerlo.

—Um, ¿sí? —dije, ruborizándome mientras me enfrentaba a él.

Aferré el cepillo de dientes caído, luchando contra una oleada de vergüenza.

Ezra me miraba fijamente, con el rostro impasible, salvo por una ceja arqueada.

Los segundos que nos separaban se alargaron y deseé que la tierra me tragara entera. Como mínimo, quería que el tiempo se rebobinara para poder sentir como llegaba. Debía de parecer un ciervo asustadizo.

Los minutos parecían eternos. Estábamos atrapados en la incertidumbre de cómo proceder, y sentí que se me encendían las mejillas.

Finalmente, se aclaró la garganta. —Sólo quería hacerte saber que Isolde, la compañera de la unidad alfa, quiere reunirse contigo hoy para darte la bienvenida a la manada.

Suponía que no tenía elección en el asunto. —De acuerdo, claro. ¿Cuándo quiere que nos veamos?

Miró su reloj. —Debería estar aquí en media hora.

Escondí mi alarma antes de que se me notara en la cara. Al menos tendría una mejor idea sobre la manada.

—Estaré lista en veinte.

Empezó a alejarse, pero se detuvo y giró sobre sus talones. —Oh, algunas de las hembras de la manada han dejado algo de ropa para que te la pongas hoy. Cuando salgas con Isolde, te llevará a comprar más. Coge lo que necesites, y uno de nosotros pagará la cuenta más tarde.

Me fijé por primera vez en la ropa de Ezra. Todo estaba impecable, pulido y perfectamente adaptado a su corpulencia. Pensé en mi escaso vestuario y la timidez se abrió paso. Nunca había tenido motivos para vestirme bien. Las omegas recibían vestidos estándar. Todas recibían un vestido para la limpieza, dos para el día y uno para la noche. Y la ropa que había llevado cuando mi padre estaba vivo había sido práctica y adecuada para el camuflaje.

¿Y si ésta era la norma?

¿Se esperaba de mí que mantuviera la imagen que tenían de mí?

Forcé una sonrisa. —No necesitaré mucho, pero gracias.

Me sostuvo la mirada durante un largo rato. Finalmente, asintió con la cabeza y me dejó con mi rutina matutina.

La incapacidad me provocó un nudo en el estómago, pero me mantuve firme.

No tenía que impresionar a nadie. Habían sido amables, pero eso no cambiaba el hecho de que tenía que irme.

No podía abandonar a Blythe.

Y lo único que sabía de los machos cambiaformas era que no abandonaban a sus compañeras predestinadas. No había forma de que me dejaran dejar la tierra de la manada para encontrarla.

Tenía que asegurarme de aprovechar cada oportunidad para trazar un mapa del terreno y averiguar cómo alejarme de mis hábiles compañeros.

Sus habilidades echaban por tierra mis planes. No tenía ni idea de por qué la Diosa pensó que era buena idea atar mi vida a tres hombres inusualmente hábiles.

Escaparme sería difícil.

Pero nada era imposible. Simplemente tenía que reunir información y pensar más que ellos.

Después de lavarme los dientes, echarme agua en la cara y ponerme unos leggings y un jersey, bajé las escaleras y encontré a Ezra en la mesa del comedor con café y una especie de tablet.

Complejas líneas de códigos llenaban la pantalla y casi me quedé bizca de sólo pensar lo que significaba.

Al notar que sólo estábamos Ezra y yo en la casa, pregunté—: ¿Dónde están Valor y Korren?

—En el trabajo. Trabajaré desde casa unos días, ya que mi puesto no es específico de un lugar. Además, queríamos que uno de nosotros estuviera cerca mientras te instalabas. —Se levantó, se dirigió a la barra y señaló la mesa con la cabeza—. ¿Cómo te gusta el café?

Tomé asiento. —De cualquier forma que no sea negro. No puedo soportar toda esa amargura por

la mañana.

—¿Hay algún otro momento del día en el que puedas manejarlo? —Su tono neutro contenía una nota burlona.

Para ser un hombre tan estoico, estaba siendo bastante juguetón conmigo. Odiaba que eso me tranquilizara, que me gustara.

—Cualquier ser decente sabe que el café solo es para cuando estás al límite y tienes que mantenerte despierta unas horas más.

—Siempre supe que era menos que decente. —Añadió nata y azúcar a mi taza y me la puso delante.

Luego, se apoyó sobre el mostrador, cruzando los brazos sobre su duro pecho. Incluso relajado, su presencia dominaba el espacio.

Asentí con un gesto de agradecimiento e intenté que el pie no me temblara de los nervios mientras esperábamos a que llegara Isolde.

¿Me habían contado la verdad sobre su manada? ¿O había más en Hidden Creek de lo que mis compañeros querían hacerme creer?

La voz de mi padre flotaba en mi mente. «Las posibilidades son un arma de doble filo.»

—¿Nerviosa? —preguntó Ezra.

Sí. Esta excursión podría ser la diferencia entre mantener a raya mis sentimientos incipientes o dejarlos florecer. Pero no podía decirle eso. —Estaré bien. No conozco gente nueva a menudo, eso es todo.

—Siento decirlo, pero harás mucho de eso en los próximos días. Si no quieres, házmelo saber.

—Quiero —me apresuré a decir, no queriendo perder la oportunidad de conocer el terreno—. Llevo un tiempo sola, así que me pregunto si les caeré bien.

—Lo harás. E Iso...

Unos golpes en la puerta interrumpieron a Ezra, que fue a abrir.

—Isolde —saludó Ezra—. Brielle está lista para ti.

—Maravilloso. Sinceramente, casi desearía que tardara más. Me daría una excusa para usar mi nueva independencia. Mis compañeros parecen pensar que revolotear es un pasatiempo.

El corpulento cuerpo de Erza me impidió ver a la hembra al entrar en la cocina. Cuando se hizo a un lado, una mujer menuda, de pelo oscuro y ojos azules brillantes me devolvió la mirada.

Sus ojos se abrieron de par en par. —Tú... ¿eres Brielle?

Era la chica de la última cacería.

Había visto a muchas chicas a lo largo de los años, pero esta destacaba. Había fuego en ella, un deseo de hacer algo más que sobrevivir.

Por eso rompí una de mis reglas más importantes y le hablé de los rebeldes y del camino. Ella había querido ser libre y lucharía por la causa.

—Lo soy. —Noté su abdomen redondeado y los sutiles signos de felicidad en sus hombros relajados y su boca sonriente—. Me alegro de que todo te haya salido bien.

—Así ha sido. —Se puso una mano sobre el estómago.

Ezra nos miró a ambas —¿Os conocéis?

—Nos conocimos brevemente durante la Caza —le dije.

Por un momento me preocupó que ya les hubiera hablado a sus compañeros de las palomas grabadas, las palomas que marcaban la ruta de escape para que las omegas encontraran refugio, pero, cuando los ojos azules de Isolde se encontraron con los míos, un silencioso entendimiento pasó entre nosotras.

Seguía siendo nuestro secreto.

Ese conocimiento debería haberme tranquilizado y dado esperanzas. En cambio, me hacía preguntarme por qué no había revelado esa información a sus compañeros. ¿No confiaba en ellos?

Dando un paso adelante, me cogió de la mano y me dijo—: Vamos, tengo mucho que enseñarte.

Isolde no exageraba cuando decía que había mucho que enseñarme. El territorio de Hidden Creek era como sacado de un sueño. Colinas onduladas, praderas, claros y bosques abiertos se mezclaban a la perfección con la naturaleza, más allá de las tierras de la manada. La manada estaba estructurada como una pequeña ciudad. Los miembros de la manada vivían en casas situadas en los bordes exteriores de la comunidad, mientras que las tiendas, cafés y restaurantes ocupaban el centro. No se parecía a nada que hubiera visto antes.

Isolde me dijo que eran autosuficientes en un ochenta por ciento, y que el objetivo del alfa era que todo se hiciera en las tierras de la manada a medida que se expandieran.

Hidden Creek estaba en proceso de reconstrucción. Isolde me contó sobre el abuso del alfa anterior hacia las omegas. Él había sido la razón por la que la manada no fue sancionada durante años. La ausencia de omegas hizo que no nacieran cachorros durante dos décadas, poniendo a la manada en una situación peligrosa.

El alfa Wynn y sus ejecutores de confianza revivieron la manada tras una oscura batalla que libró al territorio de todos los lobos que apoyaban a su padre. Quería hacer de Hidden Creek lo que debería de ser una manada: una familia, un refugio.

Mi mente daba vueltas con esta nueva información. Desde la creación del Consejo, todas las manadas trabajaban en una red de distribución controlada por el Consejo. El Consejo poseía los derechos de todas las tierras de cultivo, fábricas textiles y minas, dejando a las manadas la elección de los territorios despojados. Esto garantizaba que los productos necesarios, como el grano, los textiles, el metal y la tecnología, estuvieran bajo el control del Consejo, y, si las manadas querían acceder a ellos, debían mantener su estatus de sancionadas.

Si Hidden Creek consiguiera ser autosuficiente, el Consejo perdería su influencia aquí.

La manada podría estar libre de ellos.

La esperanza me golpeó el pecho. Tenía tantas preguntas. ¿Cómo revivieron la tierra? ¿Cómo empezó el trabajo textil? ¿Cómo consiguieron ocultar estos avances al Consejo?

Mis compañeros tenían razón: esta manada era diferente. El pensamiento me golpeó como un latido y los pedazos del muro que había construido entre nosotros empezaron a desmoronarse.

No era una decisión a ciegas enfrentarse al Consejo. Esto era algo que el alfa había estado planeando durante años.

Pero, ¿dónde encajaban las omegas en todo esto?

Mis pensamientos se interrumpieron cuando se acercó un nuevo miembro de la manada. Una beta rubia clara, grácil y voluptuosa nos dirigió una brillante sonrisa.

—Helen —dijo Isolde, apretando los hombros de la mujer.

Helen frotó con cariño el estómago de Isolde. —Sol. ¿Cómo se encuentra hoy nuestro pequeño?

—Es una bola de energía —respondió Isolde, indicándome que me pusiera a su lado —. Esta es Brielle. Brielle, ella es Helen. Es la mejor costurera de la manada.

Helen se sonrojó ante el cumplido. —Soy la única costurera de la manada, pero mi nueva aprendiz promete. Menos mal. No recuerdo la última vez que tuve el día libre.

—¿Haces ropa para todos tú sola? ¿Cómo te las arreglas? —le pregunté.

—No siempre lo hice yo sola. Una de las Ancianas, Geneve, se jubiló hace un par de años, y desde entonces yo llevo el fuerte.

—Estoy impresionada. Ni siquiera puedo coser un pequeño desgarro.

Pasó un brazo por el mío y el de Isolde. —Por suerte para ti, no tienes que hacerlo.

Helen nos guio hasta una tienda amarilla. En los escaparates se veían hileras de telas de colores.

—¿Te dijo Ezra que me trajeras ropa? —pregunté, recordando nuestra conversación anterior.

—¿Ezra? —Helen arrugó la nariz divertida—. Korren me envió un mensaje haciéndome saber que necesitabas mis servicios.

Intenté evitar que se me cayera la cara de vergüenza. ¿Él también?

¿Mis compañeros pensaban que necesitaba un cambio de imagen o algo así?

—No te dejes llevar por eso —me reprendió Isolde como si pudiera leerme la mente.

—¿Qué? —pregunté inocentemente.

—¿Sabes qué? —respondió Isolde—. A tus compañeros les da igual lo que te pongas. Quieren que estés cómoda.

—Tiene razón —dijo Helen, acompañándonos a la tienda—. Ellos también quieren proveer. Alimenta un poco su ego y déjalos.

Sonreí satisfecha mientras miraba las telas, los botones y los complementos. Tal vez podría darles esto y dejar que se ocuparan de mí.

—Vamos a por ello —dije.

No quería admitirlo, pero la tarde fue increíble. Los miembros de la manada eran simpáticos y las tiendas tenían un montón de artículos divertidos. Isolde me había ayudado a comprar unos cuantos conjuntos y a encargar unos vestidos a medida en la tienda de Helen. La hembra beta era divertida e inteligente. Al cabo de unos minutos, sentía como si fuéramos amigas de toda la vida. No me había reído tanto desde antes de que Blythe y yo nos separáramos.

«Creo que le gustaría estar aquí» dijo mi loba.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el plexo solar. ¿Le gustaría? ¿Era algo que valiera la pena considerar?

«Tal vez» respondí.

La manada no era nada de lo que esperaba.

El sol calentaba mi piel mientras Isolde y yo caminábamos por el centro del pueblo hacia el centro de alimentación.

Me preguntaba qué hacía falta para dirigir un lugar así. ¿Cómo sería ser responsable de la felicidad de tantas personas y cumplir realmente con esa responsabilidad?

Paramos en una pastelería llamada Cynful Sweets.

—Te aseguro que Cynthia hace el mejor strudel de manzana que jamás hayas comido —dijo

Isolde dándose palmaditas en la barriga.

Las campanillas de viento sonaron al cruzar la puerta principal. El olor a azúcar, mantequilla y canela nos envolvió. Las paredes eran de chapa blanca con detalles en color menta, y una vitrina llena de deliciosos dulces estaba decorada en tonos pastel.

—¿Es nuestra nuevo residente? —preguntó una dulce voz.

Una hembra alfa de pelo oscuro y grandes ojos marrones rodeó el mostrador.

—Por supuesto —respondió Isolde—. No iba a llevarla por la ciudad sin parar en mi pastelería favorita. Cynthia, esta es Brielle.

—Encantada de conocerte. —Me tendió la mano, pero la retiró y se la limpió en el delantal—. Lo siento. Estoy un poco azucarada por la masa de galletas.

Sonreí. —No te preocupes. Aunque el olor me está dando hambre.

—Eso es lo que más me gusta oír. ¿Por qué no cogéis una mesa, señoritas, y os preparo un plato de degustación? —Cynthia preguntó.

—Diosa, eres un ángel —dijo Isolde.

—Tengo motivos ocultos. Intento ser la tía favorita. —Cynthia se rio mientras se dirigía a la cocina.

Elegimos una mesa al aire libre, bajo un grupo de árboles que le daban sombra. Cynthia salió cinco minutos después con una gran bandeja de rosquillas, magdalenas, pasteles, galletas, tartas y strudels. Al fondo había una tetera y dos tazas.

—Esto tiene una pinta increíble —dije, con la boca ya hecha agua.

—Tenía que darte una razón para volver. —Cynthia puso una mano en mi hombro y apretó—. Bienvenida a la manada, Brielle. Disfruta de tu merienda.

Me aclaré la garganta mientras se agolpaban en mi interior emociones que no podía identificar.

Isolde sonrió con complicidad. —Es bonito, ¿verdad?

—¿El qué? —pregunté.

—Sentir que te quieren.

Lo era. Pero las palabras que quería decir murieron en mi lengua. Me abrumaba darme cuenta de que ni una sola vez había sentido la necesidad de protegerme. En lugar de decirle a Isolde lo que sentía, le dediqué una sonrisa sin compromiso y cogí una tarta.

—¿Qué te parece el paseo hasta ahora? —preguntó Isolde con su taza de té caliente.

Mastiqué un gran bocado de mi strudel de manzana y dije—: Todo es genial. Sinceramente, aún estoy intentando darle sentido a todo.

Un brillo curioso iluminó sus ojos. —¿No es lo que esperabas?

—Es un mundo aparte —admití.

Era casi chocante lo normal que era todo. Todo el mundo parecía tan libre.

—Lo sé —asintió—. Cuando llegué, yo tampoco me lo podía creer. No es nada de lo que pensaba.

—A mí también me pasa. Y después de pasar nueve meses en el centro, casi parece demasiado bueno para ser verdad. —Mis dedos se enroscaron alrededor de la taza como si fuera a salir flotando.

Frunció el ceño. —¿Te mantuvieron en las instalaciones?

—Por supuesto. ¿Dónde más iba a estar?

—Bueno, te has adelantado a los otros cazadores —dijo Isolde tímidamente—. Supuse que estarías en algún hogar hasta la próxima Caza.

¿Qué?

—¿Por qué tendría que estar en una casa? ¿Cómo podría siquiera permitirme una? —pregunté, con la confusión apoderándose de mí.

¿De qué hablaba Isolde? Su pregunta era absurda. No había libertad para nosotras; éramos prisioneras hasta que nos convertíamos en el problema de otro.

Me miró perpleja. —Pero tú... ...llegaste hasta el final. Y transcurren tres meses entre cada Caza.

—Lo hice, y lo sé. ¿Qué tiene eso que ver?

Su preocupación me produjo un escalofrío. Me estaba perdiendo algo.

Insegura, Isolde habló con cuidado. —Entonces, ¿te retuvieron en esas celdas? ¿Y sólo te retuvieron hasta la próxima Cacería?

Respiré hondo, acallando la tormenta de mis emociones. Aquellos interminables días y noches en el centro fueron algunos de los más largos de mi vida. —Eso es exactamente así.

Los ojos de Isolde brillaron de comprensión. Acercó discretamente la silla.

—Eso viola las reglas de la Caza. —La voz de Isolde se suavizó como si temiera que yo reaccionara mal—. Las manadas sancionadas están informadas de que la participación es voluntaria después de la primera Cacería inicial. —Con el tenedor jugó con las migas del plato.

Mierda. El Consejo estaba mintiendo sobre las reglas.

Como si pudiera leer mis pensamientos, asintió.

—¿Por qué no se lo has contado a tus compañeros?

Sus cejas se fruncieron. —¿Te refieres al camino?

—Sí.

—No estaba segura de si eso era real o una idea esperanzadora para omegas condenadas —dijo con seriedad.

Bajé la voz. —¿Y ahora?

—Ahora —se inclinó sobre la mesa—, creo que es hora de tener una conversación con mi unidad.

Asentí, sin necesidad de que dijera el resto en voz alta. Su conversación probablemente significaba que también me llamarían a mí. Hablar de la Caza o del Consejo con el alfa no estaba originalmente en mis planes, pero las cosas habían cambiado. ¿Qué significaría para mi búsqueda de Blythe? ¿Sabría el alfa que estaba ocultando información? Se me revolió el estómago al pensarlo.

—El Consejo no esperaba que ninguna de nosotras ganara ni una sola vez. Saben de primera mano cómo nos tratan. Nos pusieron en una desventaja aún mayor desde el principio. La única manera de ganar es con la cláusula imposible que pusieron. La regla de las cinco victorias.

—¿Cómo puedes estar segura de que no es otra mentira? ¿Y si sobrevives a las cinco cacerías y aun así, te retienen?

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensarlo mejor. —Porque mi padre fue el miembro del Consejo que luchó por esa regla. Una vez promulgada, todos los miembros están obligados por magia a seguir la ley.

Los ojos de Isolde se abrieron de par en par.

Mierda, no debería haber hecho eso.

¿Por qué?

¿Por qué iba a divulgar información que podría afectar a mi huida?

Claro, Isolde parecía más feliz que cualquier omega que hubiera conocido, y quizá una pequeña parte de mí pensaba que podría encajar aquí, pero nunca renunciaría a Blythe.

—Señoras —dijo una voz fría y uniforme.

Me puse rígida ante el poder de esa palabra. Mi loba reconoció al instante la presencia de su alfa. El orador rodeó la mesa y se unió a Isolde. El musculoso macho tenía el pelo blanco, la piel pálida y los ojos como glaciares. El alfa.

El compañero de Isolde.

Wynn.

¿Le diría lo que le dije?

Isolde le dio un codazo juguetón. —¿No podías mantenerte alejado?

—No —dijo, sin un ápice de arrepentimiento—. Además, se estaba haciendo tarde. No quería que volvieras sola al estudio después de dejar a Brielle en casa. —Me dirigió una mirada gélida y me tendió la mano—. Encantado de conocerte extraoficialmente.

Me tragué mi malestar y le devolví el gesto. —¿Extraoficialmente?

—Sí, la bienvenida oficial será después de nuestra carrera de mañana.

—Oh. —No oculté mi sorpresa.

—Ah, veo que tus compañeros no te lo han dicho todavía —dijo Wynn—. Deben haber estado preocupados con otras actividades.

Luché contra el impulso de sonrojarme ante el brillo cómplice de sus ojos.

—Wynn —dijo Isolde, dándole un codazo y volviéndose hacia mí. Sus ojos brillaban sólo por su presencia—. Ignóralo.

—Lo intentaré —dije con una sonrisa burlona.

—Vamos, dejad que os acompañe a casa.

Isolde puso los ojos en blanco y se levantó. —Sólo está usando esto como excusa para llevarme de vuelta a nuestra casa.

Wynn frunció el ceño, pero la expresión no contenía calor. —¿Acabas de compararme con un border collie?

Isolde arrugó la nariz. —No, eres más bien un labrador.

Ahogué una carcajada.

—Vas a pagar por eso —me advirtió mientras Isolde me tiraba detrás de ella.

Sentí que el corazón se me partía en dos.

La manada no se parecía en nada a las historias que había oído, ni al Consejo.

Ni siquiera el alfa, tan frío como era, ponía a mi loba de los nervios.

Una parte de mí anhelaba encontrar a Blythe, pero la otra se preguntaba cómo sería llamar hogar a este lugar.

Capítulo 14

Ezra

Los nano rastreadores estaban activos.

¿Había pasado la última media hora guiándoles por los conductos de ventilación de las instalaciones? Para ser un grupo de gente tan paranoica, habían descuidado tremendamente la seguridad de su edificio.

Había sido un golpe de suerte. Por desgracia, probablemente fue el único que tendría. Usé un nano rastreador para hackear los archivos de su ordenador central, buscando pruebas para que el alfa Wynn pudiera llegar a las otras manadas y establecer un caso contra el Consejo.

Era traición.

Podría provocar un motín.

Sonreí con satisfacción. Nada que no hubiéramos hecho antes.

El miedo a perder omegas y recursos mantenía a las manadas sancionadas bajo las garras del Consejo.

Las pruebas que pensaba obtener combatirían el miedo y darían a otras manadas el valor necesario para contraatacar.

El orgullo era tan motivador como el miedo. Y, una vez que confirmáramos que el Consejo colaboraba con nuestros enemigos, esgrimiríamos nuestra indignación como una hoja afilada.

Sus sistemas de seguridad internos eran más sofisticados de lo que esperaba. Habían desactivado sus puertos e impuesto restricciones a su software y hardware. Las protecciones eran molestas, pero para mí eran como un juego de niños. El siguiente obstáculo era un cortafuegos de tres capas que buscaba actividades sospechosas. Había varias formas de hacerlo, pero, dadas mis órdenes de pasar desapercibido, opté por sortear su cortafuegos con un agujero de serpiente: una pequeña brecha en su código que no activara sus sistemas de alerta.

Si me hubieran descubierto, me habría metido hasta el cuello en sanciones, pero mis pensamientos volvían una y otra vez a Brielle. Sabía que estaba a salvo en las tierras de la manada, pero mi lobo seguía inquieto. No entendía por qué no estábamos con nuestra compañera.

Nunca me distraía. Sentirme desequilibrado era casi tan molesto como el motivo de la perturbación.

Brielle ocultaba algo.

Quizá no fuera nada grave, pero sabía que podía ser un secreto que costara aliados a nuestra manada.

No permitiría que mi deseo por Brielle eclipsara los hechos. Ella había estado con el Consejo más tiempo que cualquier otra omega. Había sobrevivido a múltiples cacerías. Poseía un conjunto único de habilidades. Por otra parte, ella no había crecido en las casas de huéspedes.

Había sido criada por su padre, que le enseñó a sobrevivir.

No podía evitar preguntarme hasta dónde llegaban sus conocimientos.

Ese era otro rompecabezas que resolver.

Mi unidad de comunicaciones emitió un pitido.

—¿Qué quieres?

—Alguien está cabreado. ¿No va bien la infiltración? —preguntó Valor.

—No pasa nada. Sólo estoy... pensando.

—¿Sobre qué?

—Sobre Brielle. Está ocultando algo.

—¿Y?

Parpadeé. No podía hablar en serio. —¿Qué?

Valor suspiró. —Ez, entiendo tu vigilancia, de verdad, pero Brielle es nuestra compañera

predestinada.

Mi mandíbula se tensó. —¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que acaba de escapar de una situación jodida, y no espero que divulgue todo sobre sí misma cuando somos básicamente extraños. Significa que los secretos no siempre equivalen a traición.

Me ardía el pecho, la parte de mi pasado que mantenía encerrada amenazaba con desbordarse.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si su secreto es algo que necesitamos saber para ganar aliados o asegurar una victoria contra el Consejo?

—Entonces le demostraremos que no tiene nada que temer revelándonos la verdad.

—Así que quieres que esperemos hasta que sea demasiado tarde —dije con voz inexpresiva.

—No. Quiero que confíes en nuestro vínculo. Si algo estuviera muy mal, lo sentiríamos. Brielle ha aflojado las riendas de su escudo desde que se formó el vínculo. Sé que puedes sentirlo.

Suspiré pesadamente, sin saber qué decir.

—No todos repetirán los errores de tu padre.

Se me hizo un nudo en la garganta. —Lo sé.

Me quedé mirando el ordenador, viendo cómo los números y los símbolos corrían por la pantalla mientras mi software trabajaba para descifrar la encriptación. Respiraciones lentas y constantes impedían que el mundo se derrumbara a mi alrededor.

Entrar y salir.

—¿Estás listo para esta noche? —El tono más suave de la voz de Valor me hizo saber que me estaba dando una salida. Me agarré a ella como a un salvavidas.

—Para la carrera, sí. La presentación de la manada, no.

Se rio entre dientes. —No te preocupes, sólo pasaremos el tiempo suficiente como para que conozca a todo el mundo. Luego, inventaremos una excusa para llevarte de vuelta a tu cueva de soledad.

—Se agradecería mucho.

—Avisaré a Korren para que nos rescate. Recogerá a Brielle en la casa para la carrera y se reunirá con nosotros en el claro. Cuando termines tu trabajo, ven directo al edificio Ejecutor.

—Señor, sí, señor —me burlé.

—Idiota.

La línea se cortó.

Mi ordenador emitió un chirrido que me sacó de mis pensamientos sobre el pasado. La imagen de mi pantalla se aclaró, mostrando marcas de tiempo y fechas de los últimos años.

Eran imágenes de seguridad.

Mi lobo gruñó.

Era mejor de lo que podíamos esperar en nuestro primer día.

Hice clic en clips de reuniones del Consejo, imágenes de formación y omegas en... ¿celdas?

Las estrechas habitaciones de hormigón eran inconfundibles. Había barrotes soldados sobre la única ventana que algunas celdas tenían la suerte de tener. En el centro de cada puerta había una ranura para que los guardias pasaran la comida.

¿Por qué necesitaban ese nivel de seguridad para las omegas?

Un icono rojo parpadeante captó mi atención y me quedé paralizado.

Una transmisión en directo.

Hice clic en ella.

Los cambiaformas de más edad (probablemente trabajadores contratados por el Consejo) estaban desinfectando las celdas. Unos pocos charlaban y reían, pero la mayoría permanecía en silencio mientras se apresuraban a realizar sus tareas como si tuvieran mejores lugares donde estar.

Dos agentes aparecieron en la pantalla, arrastrando entre ellos a una omega. La arrastraron hasta una celda vacía, la metieron dentro y cerraron la puerta.

Subí el audio.

—¡Por favor, déjenme salir! ¡Déjenme salir! —gritó la chica, golpeando la puerta con los puños —. Por favor. . . No puedo. . . No quiero estar aquí. Haré lo que sea... lo que sea.

La niña siguió suplicando y los trabajadores la ignoraron mientras terminaban sus tareas.

Finalmente, se desplomó en el suelo con un sollozo.

Un trabajador mayor se detuvo en el pasillo y dio un manotazo en la puerta, sobresaltando a la chica.

—Es inútil llorar, llamarás más la atención. Mejor guarda tu energía para la Cacería. La necesitarás, chica.

—Por favor —susurró—. ¿Puedes ayudarme?

—No. Nadie puede —respondió antes de alejarse.

Apagué el audio, incapaz de seguir escuchando el llanto de la omega.

¿Así había sido la vida de Brielle?

Cogí mi comunicador y llamé a mi mejor hacker.

—Hola, jefe —dijo Gentry—. ¿Tienes algo para mí?

—Estoy enviando un archivo masivo, código negro. Necesito todas las grabaciones copiadas, vistas y marcadas.

Siempre era bueno tener un segundo par de ojos, y Gentry era meticuloso.

—Voy a ello.

—Nadie verá estas grabaciones excepto tú. Cuando termines, las revisaremos y pasarán directamente al alfa.

—Entendido.

Terminé la llamada y bloqueé mis ordenadores.

Necesitaba encontrar a Valor antes de la carrera.

Capítulo 15

Valor

Ezra irrumpió por la puerta como una tormenta arreciante.

Sus rasgos de granito parecían a punto de resquebrajarse.

—¿Qué pasa?

La habitación pareció enfriarse varios grados, y mi lobo se inquietó ante el olor de su compañero de vínculo. Algo había irritado a Ezra de una manera que no había visto desde la eliminación del antiguo alfa.

—Aquí no —gruñó.

Instintivamente, busqué a Brielle a través del lazo.

Nuestra conexión era suave y brillante: ella estaba a salvo, así que mi lobo se relajó un poco.

Levanté la barbilla hacia el pasillo y seguí a Ezra hasta mi despacho. Utilizaba aquel espacio para entrenamientos estratégicos y formaciones, y había montones de papeles y libros muy queridos desperdigados por la habitación.

La boca de Ezra se apretó en una fina línea. —¿Cómo puedes trabajar aquí?

—Es creativo.

—Produce ansiedad.

Bordeé una pila de libros y me desplomé en el sofá. —Sólo para gente de tipo A como tú. Para mí, éste es el entorno óptimo para pensar.

Momentáneamente indignado por el espacio, se quedó inmóvil en el centro de la habitación, con las ruedas girando mientras organizaba mentalmente mi desorden.

Me aclaré la garganta para llamar su atención.

Finalmente, su mirada se aclaró al posarse en mí. —¿Dónde está tu portátil?

Le señalé el escritorio y se sentó, con las manos volando sobre el teclado.

—¿Hablarás pronto? Porque estoy a punto de perder el control aquí, Ez.

—En un momento —respondió—. No quiero repetirme.

La puerta de mi despacho se abrió y Alaric, nuestro gamma y comandante, entró con el ceño fruncido.

—Mierda, ¿es tan serio? —le pregunté a Ezra.

—Los dos tenéis que ver esto. —Miró a Alaric—. Quería enseñároslo antes de hablar con el alfa por si son necesarias medidas de seguridad adicionales.

—¿Qué has encontrado? —exigió saber Alaric.

Ezra dio la vuelta a la pantalla. Nos inclinamos hacia delante y estudiamos las imágenes de seguridad de un largo pasillo y las celdas de una prisión. Se me revolvieron las tripas. En lugar de criminales peligrosos, en las celdas había omegas.

Algunas se acurrucaban en colchones raídos, otras se paseaban y algunas lloraban pidiendo que les dejaran salir. Ninguna quería estar allí.

Todas estaban asustadas.

—Pirateaste las grabaciones de seguridad de las instalaciones —dijo Alaric. Miró el monitor como si pudiera responder a sus preguntas—. ¿Hasta dónde llega esto?

—Por lo menos seis años —dijo Ezra—. También hay una transmisión en vivo...

—¿Una transmisión en vivo? —Alaric interrumpió—. ¿Y no pueden detectarte en ella?

Ezra negó con la cabeza. —Tengo a Gentry descargando los videos, y estoy eligiendo a un segundo para ayudarle con el proyecto, pero quería discutir la seguridad.

—Es la decisión correcta —dijo Alaric—. Me aseguraré de que haya ejecutores disponibles para

vigilar la sala de seguridad en todo momento.

—¿Qué has encontrado hasta ahora? —pregunté, sabiendo que Ezra estaba agitado por una razón.

—Gentry me ha enviado unos cuantos. . . relativos a clips. Si miras las imágenes el tiempo suficiente, verás a los oficiales acosando a las omegas. Alimentan mal a las omegas y las sacan aleatoriamente de sus celdas para hacerles algún tipo de prueba. También creemos que usan magia con el personal.

—¿Basado en qué pruebas? —preguntó Alaric.

—Gentry vio a miembros del personal bebiendo un elixir no identificado al final de cada turno. También hay tensión entre los guardias y los demás empleados del centro.

Por la Diosa.

Me uní a Ezra, le rodeé la cintura con un brazo y le di un medio abrazo. Se negaba a admitir que necesitaba consuelo físico, pero su alivio era palpable.

Alaric miró entre nosotros. —Wynn va a tener preguntas.

Con la posibilidad de que se realizaran pruebas médicas no identificadas, lo que estaba en juego era más importante que nunca. Aunque quería tomarme las cosas con calma y dar tiempo a Brielle para que confiara en nosotros, teníamos que saber qué estaba haciendo el Consejo.

—Lo sabemos —respondí.

El pavor se instaló en la boca de mi estómago. Mi lobo odiaba la idea de preocupar a nuestra compañera, pero necesitábamos respuestas.

Ezra conseguiría su deseo, teníamos que presionar a nuestra compañera para que nos revelara sus secretos. Sólo esperaba que no destruyera nuestro vínculo.

Capítulo 16

Korren

—¿Qué se siente? —Apoyé la mano en el vientre de Isolde y utilicé mi don para acariciar la incipiente vida que llevaba dentro.

—Bien. —Los ojos de Isolde se arrugaron en las esquinas mientras me sonreía—. Cálido.

Con movimientos suaves y en bucle, mi poder se enrolló alrededor del cachorro, que crecía rápidamente, comprobando la columna vertebral, el corazón, los pulmones y las extremidades.

Perfecto.

Era perfecto.

Y era un honor ser el primero en atenderle.

—Es fuerte, bien desarrollado y sano. —Le dirigí una mirada seria—. ¿Has estado descansando lo suficiente?

—Sí —dijo antes de hacer una mueca de dolor—. Bueno, cuando puedo.

Me acerqué a mi armario y saqué una botella de aceite. —Esto es extracto de raíz de crisantemo; usa tres gotas en un vaso de agua por la noche y te ayudará a descansar. —Le entregué el frasquito y le pregunté—: ¿Cómo te sientes ahora?

—Un poco olvidadiza, pero bien. Casi faltó a mi cita de hoy. Wynn nos acompañaba a Brielle y a mí a casa cuando me acordé. Luego lo llamaron para una reunión de emergencia y Brielle se ofreció a venir conmigo, lo que ayudó a calmar el momento de pánico de Wynn.

Asentí, comprendiendo por qué su compañero se sentía desgarrado al dejarla.

—Los olvidos son frecuentes durante el embarazo. Date un poco de paciencia y empieza a apuntar las cosas si te ayuda. —La guie hasta la sección de monitorización—. Abajo.

Ya acostumbrada a mis órdenes, Isolde se tumbó en la camilla de observación mientras yo la conectaba a los monitores.

Las máquinas emitían pitidos y parpadeaban con lecturas de la frecuencia cardíaca y los niveles de oxígeno del bebé.

—¿Qué tal la visita? —pregunté, incapaz de refrenar mi curiosidad.

Hoy era la primera vez que Brielle iba en manada y quería asegurarme de que todo salía bien.

—Sutil. —Isolde se rio—. Ha ido bien. Pasamos por las tiendas y compramos algunas cosas. También le expliqué algunas de nuestras ofertas de trabajo. Le interesa especialmente la carpintería.

Sorprendido, pregunté—: ¿En serio?

—Prácticamente tuve que apartarla a rastras de Theron cuando se pusieron en marcha. Le enseñó el diseño de nuestra cuna y se ofreció a enseñarle la próxima vez que estuviera por aquí.

Un rastro de envidia surgió en mis entrañas. Te pones en marcha, ¿eh? Me pregunté qué tenía de jodidamente interesante la carpintería.

Mi lobo gruñó disgustado mientras el amargo sabor de los celos cubría mi lengua. Nunca los había sentido, pero solo podía pensar en qué demonios le había dicho.

Para colmo, había pasado un tiempo desconocido con él. Quise preguntarle a Isolde cuánto tiempo habían hablado; Dios mío, estaba a cinco minutos de pedirle que me lo contara todo, pero me mordí la lengua.

Ahora no.

Los ojos azules de Isolde brillaban de alegría. —Es tu compañera, Korren. —Me dio una palmadita en la mano—. Sólo estaba emocionada ante la perspectiva de hacer algo por lo que tiene verdadero interés.

Joder, ¿soy tan obvio?

Mis labios se torcieron en una mueca e Isolde se rio, murmurando sobre machos territoriales mientras yo recogía mi libreta para tomar notas.

Aislando mis sentimientos, me concentré en el examen.

Brielle estaba en el vestíbulo, pero su olor me envolvió como si estuviera a mi lado.

Dulce y salvaje, hizo que mi lobo se inquietara bajo mi piel. Nada me apetecía más que hundir la nariz en su cuello e inhalar su adictiva fragancia.

A mi lobo lo volvía loco que otro macho hubiera pasado más tiempo con ella hoy que nosotros, y luché contra el impulso de gruñir.

Hecho el examen, metí el informe en un sobre para alfa Wynn y acompañé a Isolde al vestíbulo.

Brielle levantó la vista cuando nos acercamos y su sonrisa fue como un puñetazo en las tripas. Era tan hermosa. Incluso en la dura iluminación del edificio médico, brillaba como si su piel hubiera capturado el sol.

—Por fin puedo verte en el trabajo —me dijo cuando me detuve a su lado.

—Estaría más que feliz de llevarte a trabajar conmigo.

—¿Y hacer qué? ¿Ver cómo curas a los pacientes? —Se rio—. Sería inútil aquí.

Mi voz salió más ronca de lo que pretendía al ronronear—: Seguro que puedo encontrar algo para ocupar tu tiempo.

Sus pupilas se dilataron y el aire se convirtió en melaza a nuestro alrededor. Mi lobo canturreó en agradecimiento mientras el aroma de su lujuria flotaba en el aire.

Mi comunicador sonó antes de que pudiera soltarme.

Mientras contestaba, oí murmurar a Isolde—: Si esa llamada hubiera llegado más tarde, os habría estado viendo follar entre vosotros.

La voz de Ezra ahogó la respuesta de Brielle. —¿Todavía está Brielle contigo?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Hay novedades con la infiltración del Consejo. Alfa Wynn quiere ver a Brielle en su despacho.

Mis instintos protectores se pusieron en alerta. Parecía que el interrogatorio iba a producirse

antes de lo que habíamos previsto.

—Estaremos allí en un momento.

Capítulo 17

Brielle

Después de encontrarme brevemente con el alfa Wynn en el café, no había pensado que volvería a verle tan pronto.

Korren era una presencia firme a mi lado cuando cruzamos el umbral de la casa de Isolde. La guarida del alfa era una enorme cabaña de madera de tres pisos con vigas de madera a la vista y paneles de roble, y, al mirar a mi alrededor, oí el débil sonido de voces masculinas.

Mi loba sintió a Ezra y a Valor cerca, junto con el alfa y otros dos machos que aún no conocía. Aunque mis hombros se tensaron, una parte biológica de mí se sintió aliviada por la proximidad de mis compañeros.

Isolde nos guio escaleras arriba hacia una puerta de roble oscuro. La mano de Korren se posó en la parte baja de mi espalda.

—Aquí estás —dijo Isolde—. Voy a echarme una siesta. —Me cogió la mano y me la apretó—. Te pondrás bien.

¿Tan evidentes eran mis nervios?

Quería creer a Isolde, pero nada bueno salía de los encuentros con hombres en el poder. Confiaba en que mis compañeros me mantendrían a salvo, pero eso no significaba que me gustara la conversación que me esperaba.

Korren me guio a la habitación, y Ezra y Valor caminaron hacia nosotros inmediatamente. Ambos machos me miraron antes de hablar.

—Me alegro de verte por aquí, cariño —dijo Valor con una sonrisa ladeada.

—¿Disfrutaste el día? —preguntó Ezra.

—Sí, Isolde fue muy dulce.

Noté el ligero ceño fruncido en el rostro de Korren, pero decidí ignorarlo por el momento.

—Entonces... um, ¿por qué estoy aquí? —Miré cautelosamente alrededor de la habitación, y la culpa brilló en los ojos de mis compañeros. Se me revolvió el estómago.

—Ven. —Ezra me guio a una silla de felpa frente al escritorio del alfa—. El alfa Wynn te lo explicará todo.

Miré al alfa y a los dos machos que tenía a cada lado.

—Hola de nuevo —dijo Wynn. Señaló con la mano a un hombre moreno y musculoso, de pelo corto y ojos grises impactantes—. Éste es tu beta, Bishop, y éste (señaló a un hombre alto de ojos azules juguetones y pelo largo atado a la nuca) es tu gamma, Alaric.

No me había perdido cómo había dicho tu Beta y Gamma.

Me presenté a Bishop y Alaric y esperé a que continuara.

—No sé si estás al tanto, pero Hidden Creek ha estado investigando algunas de las prácticas poco éticas y crímenes que el Consejo ha cometido, no sólo contra las omegas, sino contra la sociedad cambiaformas en su conjunto.

—No, no lo sabía —dije. Sentía la garganta seca como un desierto.

¿Estaban tratando de desafiar al Consejo? Eso era traición.

Todo lo que había aprendido sobre las manadas autorizadas me retumbaba en los oídos: su avaricia, su ceguera ante las actividades del Consejo, su abuso de las omegas. No me cabía duda de que algunas de esas cosas eran reales; Isolde lo había admitido cuando me compartió el pasado de Hidden Creek. Pasé años pensando que las manadas eran tan malas como el Consejo, pero todos en Hidden Creek parecían creer lo contrario. ¿Y si la verdad estaba en algún punto intermedio?

Miré a los tres hombres que tenía delante y tomé una decisión. Les daría tanto como ellos me dieran a mí. Les daría información y vería qué hacían con ella.

—No voy a perder el tiempo con detalles inútiles —dijo el alfa Wynn—. Ezra liberó rastreadores en la instalación, y hemos descubierto algunas pruebas confusas. Esperamos que puedas arrojarnos algo de luz sobre la situación.

—¿Por qué? —La pregunta salió de mi boca antes de que pudiera detenerla.

Alfa, beta y gamma se miraron, probablemente decidiendo qué podían revelarme. Estaba bien; yo tampoco confiaba plenamente en ellos.

Bishop se sentó en el borde del escritorio del alfa Wynn. —Intentamos ayudar a las omegas. Queremos liberarlas del Consejo.

Crucé los brazos sobre el pecho, escéptica. —Y liberar a las manadas sancionadas de sus normas, ¿no?

La comisura de la boca del alfa Wynn se crispó. —Esa es la idea.

—¿Qué pasa con las omegas menores de edad? —pregunté, con voz tranquila a pesar de mi agitación interior.

Una mano se deslizó por mi nuca y los dedos callosos de Valor me tomaron el pulso. La presión debería haberme hecho sentir dominada, pero no fue así. Me sentía segura y apoyada.

—Aquí no hay trucos. Queremos ayudarlas, no hacerles daño —dijo Alaric.

—No lo dudo. Pero no está claro si tienes algún concepto de lo que realmente significa. Sin ánimo de ofender.

—Explícate —me ordenó el alfa Wynn. En lugar de la ira que esperaba, sonaba curioso.

Me enderecé en mi asiento. —Hay cinco residencias para las omegas. Cada una tiene entre cuarenta y sesenta omegas de distintas edades. Algunas tienen apenas tres años, aunque técnicamente no se supone que los tengan tan pronto. Esto significa que un buen número de omegas son niñas, chicas y adolescentes. ¿Qué pasa con las niñas indefensas que no tienen padres a los que volver? ¿Serán repartidas entre manadas como ganado? ¿Cómo se puede garantizar que no serán maltratadas?

El rostro del alfa Wynn no mostraba ninguna emoción, pero los ojos de Bishop se abrieron un poco y Alaric apretó la mandíbula.

Continué. —Como he dicho, no dudo de que quieras ayudar a las omegas, pero cuando piensas en nosotras, piensas en hembras en edad de procrear, no en niñas lloronas que acaban de perderlo todo. Si quieres que te ayude, tiene que haber un plan para ellas también.

Mi loba gruñó de acuerdo mientras oleadas de orgullo serpenteaban a través del vínculo, envolviéndome en el tierno afecto y admiración de mis compañeros.

Alfa Wynn me estudió, y su mirada glacial atravesó mi confianza con la precisión de una flecha. El aire se enrareció y el silencio se extendió entre nosotros.

Finalmente, asintió, con un rastro de respeto en su mirada. —Idearemos un plan para poner a cada una de las chicas en las manos adecuadas. Veremos si podemos localizar a sus familias y, si no, son bienvenidas a unirse a nuestra manada o a cualquier otra que elijan. —Señaló con la cabeza a los demás miembros de su unidad, y Alaric colocó un ordenador portátil sobre su escritorio y lo giró hacia mí—. Ahora, ¿qué puedes decirnos sobre la instalación?

Me quedé mirando la grabación de las celdas en las que había estado confinada los últimos nueve meses. Se me revolvió el estómago cuando la rabia se mezcló con mi necesidad de venganza.

La voz de Korren rompió la niebla. —¿Estás bien, amor?

Ezra me acarició el pelo, y tuve que obligarme a no inclinarme hacia el tacto de mi compañero. —Estoy bien. —Me aclaré la garganta, haciendo acopio de fuerzas—. Esas son las celdas para las hembras que han envejecido fuera de los internados. Nos mantienen allí hasta la Caza. Yo viví allí nueve meses.

Alfa Wynn tomó asiento. —Vamos a necesitar que nos digas todo lo que sabes.

Así que se lo conté. Les conté cómo el personal nos alimentaba mal para mantenernos dóciles para la Caza. Les hablé de los guardias manoseadores y de los trabajadores que eran drogados hasta la sumisión si se resistían a sus desagradables tareas. Les hablé de las omegas que desaparecieron y nunca llegaron a la Caza debido a las selecciones del concejal Raza.

Cuando por fin tomé aliento, me encontré con el silencio.

Finalmente, Bishop tomó la palabra y me preguntó—: ¿Por qué seguías participando en la Cacería?

—Porque no tenía elección —dije—. Estaba obligada por las reglas, reglas sobre las que os mintieron, si he oído bien.

Les hablé de la regla de las cinco victorias y, al igual que su compañero, el alfa Wynn y su unidad me preguntaron cómo sabía que era cierta.

Respiré hondo. Aquí va nada. —Mi padre era miembro del Consejo. Él creó la regla.

Había tanto silencio que podría haber oído estornudar a una mosca.

Lo ignoré y seguí adelante. —Rompió su juramento y huyó para protegerme. Me entrenó y me enseñó a sobrevivir. También se aseguró de que conociera las leyes al dedillo, por si nos pillaban. Cuando tenía catorce años, por fin nos localizaron. El Consejo nos había estado persiguiendo toda mi vida. Le llamaron traidor y le mataron después de capturarnos.

Korren entrelazó sus dedos con los míos, pero sentí su conmoción a través del vínculo. Debía de ser duro ver a los miembros del Consejo como individuos y no como gobernantes todopoderosos.

—¿Qué ibas a hacer después de ganar? —preguntó el Alfa Wynn—. Dudo que el Consejo le hiciera la vida fácil a una omega que venció a su sistema.

—No lo harían —acepté—. Estaría sola. Sin manada. Sin protección.

—Entonces, ¿cuál era tu plan? —Ezra preguntó.

Mi corazón amenazaba con partirme las costillas. Estaba en un callejón sin salida. Contarles lo del Consejo era una cosa, pero hablar de mi hermana era otra.

Sintiendo mi indecisión, Valor se arrodilló ante mí. Me pasó un dedo por debajo de la barbilla y atrajo mis ojos hacia los suyos. —No tienes que decir ni hacer nada que te incomode, cariño. Pero quiero que sepas que aquí estás a salvo. Y cuanto más sepamos, mejor podremos prepararnos.

Por costumbre, busqué señales de engaño. Mi instinto me decía que no había ninguna.

Con un suspiro prolongado, confesé—: Iba a buscar a mi hermana.

Capítulo 18

Ezra

Una hermana.

Ahora todo tenía sentido: la desesperación de Brielle por ganar, el torrente de emociones que la atormentaba a través de nuestro vínculo y su abrumadora sensación de fracaso.

Tenía miedo de no volver a ver a su hermana.

Brielle nos contó que las separaron durante el ataque del Consejo y que nunca supo qué le ocurrió a su hermana. No quería decirlo en voz alta, pero mi mente analítica no podía evitar calcular las probabilidades de que hubiera sobrevivido. Era un año más joven que Brielle, y no podía imaginar lo que habría tenido que hacer en territorio no sancionado para seguir con vida.

Brielle me miró a los ojos. —Sé lo que estás pensando. Está viva.

—¿Cómo puedes estar segura?

Joder, eso que había dicho es una estupidez; no necesitaba las miradas fulminantes de Valor o Korren para confirmarlo.

Sus ojos se cerraron. Diosa, esta vez había metido la pata.

Se tocó el medallón que llevaba al cuello, como la había visto hacer en momentos de reflexión o tensión.

—Lo sé —dijo convencida.

¿Por qué está tan segura?

Antes de empeorar la situación, cerré la boca y me centré en mi compañera.

El dolor brilló en sus ojos y se me apretó el pecho.

—Ha sido un error decir eso. —Mis mejillas se calentaron. Nunca me había disculpado, nunca me había parecido tan importante como para hacerlo, pero ahora desearía tener más práctica—. No quise decir nada con eso. Sólo estaba... —Me froté la nuca, buscando las palabras adecuadas —, recopilando datos.

—Ez intenta disculparse por haber sido un gilipollas —dijo Korren—. Ese gran cerebro suyo salta inmediatamente a ordenar la logística y encontrar una solución a los problemas.

Valor me dio un codazo en el costado y me susurró—: Pide perdón.

—Lo siento —solté como un idiota.

Los labios de Brielle temblaron de diversión. —No pasa nada. Te perdono.

Alfa Wynn se aclaró la garganta, sacándome de mi miseria. —Gracias, Brielle. Nos has dado exactamente lo que necesitamos. Ezra, me gustaría que tú y tu equipo continuaraís reuniendo información. Nos reuniremos semanalmente para ponernos al día, a menos que surja algo urgente.

—Sí, alfa.

Brielle asintió y se despidió mientras salíamos de la oficina del alfa Wynn. Cuando salimos de la casa de la unidad alfa, empezamos a bajar por el sendero hacia el extremo sur de Hidden Creek, donde tendría lugar la carrera de la manada. El Consejo era un problema, pero sería para otro día.

Miré a Brielle y noté que sus pasos eran más ligeros que antes. La vacilación de sus ojos se había desvanecido en las últimas semanas y nos ofrecía sonrisas fáciles y pequeñas muestras de afecto. Dejé a un lado mis preocupaciones por el Consejo y me preparé para la inminente carrera de la manada. Disfrutaba de la oportunidad de estrechar nuestros lazos a través de nuestros lobos.

—¿Cómo te sientes sobre la carrera de la manada? —pregunté.

Los ojos de Brielle se abrieron de par en par. —Nunca he estado en una, pero mi loba está emocionada.

—El mío también, cariño. —Valor sonrió—. Está impaciente por oler a su compañera.

—Por supuesto. —Korren puso los ojos en blanco antes de volver su atención a Brielle—. Ninguno de nuestros lobos puede esperar. Una advertencia, podrían ser un poco territoriales.

La sonrisa de Brielle hizo que mi polla se endureciera en mis pantalones. —Estoy segura de que mi loba estará bien.

—¿Te has transformado mucho? —pregunté—. Sé que las pensiones ponen limitaciones a los cambios de las omegas.

—Lo hacen. No me he transformado mucho en los últimos dos años por eso, pero pasé mucho tiempo como loba antes de que el Consejo me atrapara. Mi loba y yo estamos bien adaptadas, somos una —dijo con orgullo.

—Es bueno oír eso —dije—. Definitivamente les dará a nuestros lobos algo de tranquilidad. — Aunque no mucho, teniendo en cuenta todos los machos sin casar en la manada.

Con nuestro vínculo tan nuevo como era, dudaba que nuestros lobos se asentaran hasta que Brielle nos aceptara por completo y desprotegiera su mente.

—¿Cómo fue tu día con Isolde? —Valor preguntó—. ¿Te divertiste conociendo Hidden Creek?

A Brielle se le iluminó la cara. —Ha sido increíble. No pensé que habría tanto que hacer. Quiero decir, estoy un poco privada de interacción después de estar sola durante nueve meses, pero fue genial.

Valor sonrió. —¿Has encontrado algo interesante?

Korren se puso rígido.

—Sí. La carpintería —respondió Brielle—. Isolde fue a ver su cuna y Theron se ofreció a darnos una vuelta. Fue lo mejor del día. Sinceramente, las cosas que hace son increíbles. No se me da nada mal trabajar la madera, así que le pregunté si podía trabajar allí.

Brielle no se dio cuenta de que la sonrisa de Valor disminuía lentamente. Fruncía el ceño ante la idea de que otro macho le trajera felicidad.

—¿Theron lo hizo parecer tan interesante? —preguntó Valor.

Vaya manera de hacerse el interesante. Valor estaba prácticamente meándose en ella.

—Lo hizo, aunque la verdadera razón por la que me gustaba tanto era por mi padre. No teníamos mucho cuando estábamos huyendo. Siempre teníamos que llevar poco equipaje para viajar, pero

cada vez que nos quedábamos en algún sitio más de dos semanas, él me ayudaba a tallar pequeños proyectos como sillas o marcos de cama. —Se encogió de hombros—. Era una de sus pocas pasiones y, con el tiempo, llegué a quererlo tanto como él. Así que, cuando vi la tienda... no sé. Supongo que me hizo pensar en él.

Mierda, ahora me siento como un gilipollas por estar celoso.

—Así que aproveché la oportunidad. Sinceramente, pensé que diría que no, pero aceptó — continuó—. Mañana es mi primer día de aprendizaje.

Unos celos irracionales y arcaicos me recorrieron las venas.

Era lo único que mi lobo entendía, incluso cuando mi cerebro humano reconocía su necesidad de conexión con su padre.

—Te llevaré por la mañana —dije, sorprendido al oír las palabras salir de mi boca.

—¿Significa eso que os parece bien que trabaje allí? —Nos miró a todos con sus ojos dorados brillando de esperanza.

Con una mirada a mi unidad, supe que no podíamos decir que no, independientemente de nuestros sentimientos.

Nunca la había visto tan emocionada. Haría cualquier cosa para mantener esa mirada en su rostro.

—Por supuesto —dijo Korren.

Brielle me dedicó una pequeña sonrisa. —Gracias.

—No es necesario dar las gracias. Eres nuestra compañera. —Le tendí la mano, sabiendo que existía la posibilidad de que no la cogiera, pero mi corazón se hinchó cuando entrelazó nuestros dedos.

—Vamos al campo antes de que empiecen sin nosotros —dije.

Capítulo 19

Valor

El campo bullía de risas y charlas. Las carreras de luna llena siempre hacían correr la sangre. El poder del ciclo lunar atraía a nuestros lobos: era cuando nos sentíamos más cerca de la Diosa. También era cuando nuestros instintos primarios alcanzaban su punto álgido, por lo que era el momento perfecto para reforzar los lazos de la manada.

Nos movimos entre la multitud, saludando a los que nos cruzábamos. Me alegró ver que la gente saludaba a Brielle y me impresionó que recordara a tantos por su nombre.

Isolde sonrió cuando se unió a nosotros, con Winnie del brazo.

—Parece que la siesta te ha sentado bien —dijo Brielle.

—Fue lo mejor. —Isolde asintió a Winnie—. Ella es mi cuñada, Winnie.

—Hola. —Winnie le tendió la mano y Brielle se la estrechó—. Lamento no haber tenido la oportunidad de mostrarte el lugar.

—No te preocupes, no llegamos a ver todo —respondió Brielle—. Estoy segura de que hay muchas cosas que aún puedes enseñarme.

—Hola, chicos —dijo Isolde, saludándonos.

—Oh, hola. —Le di a Isolde mi mejor sonrisa de comemierda—. Estaba empezando a pensar que éramos invisibles.

—Lo eres —respondió Winnie sin dudar—. Brielle es el centro de atención esta noche, así que acostúmbrate.

Korren se rio. —Bueno, no puedo culparles por mirar.

—Parece que tus compañeros vienen a llevarte —dijo Ezra. Señaló con la cabeza a la unidad que

atravesaba la manada como una espada.

Isolde puso los ojos en blanco. —Actúan como si los machos de la manada nunca hubieran visto un cuerpo desnudo.

—No les importan esos cuerpos desnudos. El tuyo, sin embargo, lleva a su cachorro. Creo que eso justifica la necesidad de mantenerte lejos de miradas indiscretas —dijo Ezra con su franqueza habitual.

—Y a propósito de eso —Korren echó la cabeza hacia atrás mientras la luna aparecía tras las nubes—, pongámonos en posición.

Deslicé mi mano entre las de Brielle mientras la unidad alfa venía a recoger a su compañera. La guiaron a un rincón apartado del campo, y nosotros hicimos lo mismo con Brielle. La colocamos en el centro de nuestro grupo, nos quitamos la ropa y nos preparamos para el turno.

El viento no fue suficiente para atemperar el calor que abrasaba mi cuerpo cuando Brielle se puso la camiseta por encima de la cabeza.

Ezra gruñó, y Korren y yo hicimos lo mismo. Sentí la llamada plateada de la luna en mis venas mientras mi lobo empujaba contra mi piel.

—Tranquilos, chicos. —La voz sexy de Brielle patinó sobre nosotros—. Estamos aquí para correr.

—Tú sin ropa siempre nos excitarás —ronroneé.

El color subió a las mejillas de Brielle mientras sus ojos se fundían. —Yo podría decir lo mismo.

Esta carrera iba a ser más dura de lo que pensaba.

Completamente desnudos, nos volvimos hacia el centro del claro mientras el alfa Wynn aullaba en la noche. Era la llamada de un alfa a su manada, a su familia.

Era una petición de lealtad, compañía y confianza.

Echamos la cabeza hacia atrás y respondimos al unísono.

Los huesos se rompieron y el pelaje estalló cuando nuestros lobos emergieron.

Compañera.

El pensamiento retumbó en mi cabeza y el ansia de mi lobo inundó nuestros miembros.

Se frotó contra nuestra unidad en su típico saludo, y luego se centró en la nueva loba en el centro de nuestro círculo.

Su pelaje era del color de una moneda de cobre y sus ojos tenían el mismo tono dorado y miel que yo ansiaba.

Sin miedo, se lanzó entre nosotros, olfateando y rodeando a nuestros lobos antes de frotarse a lo largo de nuestros cuerpos.

«Pequeña intrépida, ¿verdad?» pregunté a través de nuestro enlace mental.

«También soy rápida, lo que descubrirás cuando no puedas atraparme.»

El lobo de Ezra resopló, chocando su nariz contra ella.

«Reto aceptado.»

Capítulo 20

Korren

La loba de Brielle se alejó entre los árboles, con su pelaje brillando a la luz de la luna.

Mi lobo la siguió sin pensarlo. Salió disparado tras su compañera como una bala, rindiéndose a sus instintos.

«Maldita sea, es rápida» proyectó Valor a través del vínculo.

La risa de Brielle resonó en nuestras cabezas. «*No me digas que te rindes.*»

El lobo de Valor resopló. «Pensé en ser un caballero y darte ventaja.»

«*Eso es lo que dicen todos*» respondió ella.

Con un gruñido, Valor bajó la cabeza en una señal que conocíamos bien. Era hora de atrapar a nuestra pequeña compañera.

Mi lobo rugió de placer ante la idea de capturarla.

Me separé del grupo y fui por el lado izquierdo, mientras Ezra se desvió a la derecha. Valor aumentó la velocidad, casi volando por el aire mientras seguía a nuestra compañera. Brielle se movía entre los árboles, manteniendo una trayectoria impredecible.

Mujer inteligente.

Aun así, no fue suficiente. Valor arreó a Brielle con eficacia, guiándola cada vez más hacia el interior de la cañada. Cuando atravesó los árboles, el lobo de Ezra la interceptó y cayeron por la colina en una maraña de miembros peludos. La pequeña loba se zafó de él y chocó contra mí.

Mi lobo la inmovilizó contra el suelo, aprovechando para lamerle y morderle el hocico.

Un cuerpo pesado chocó contra el mío cuando el lobo de Valor me abordó. La loba de Brielle saltó sobre su lomo, moviendo la cola con excitación.

Nos revolcamos y luchamos el uno con el otro en la hierba, jugueteando con mordiscos y gruñidos mientras la noche se cernía a nuestro alrededor.

A parte de la carrera en manada, el festín de medianoche era lo mejor de la luna llena. Era como revivir Acción de Gracias una vez al mes.

No era una tarea fácil alimentar a más de cien cambiaformas hambrientos, pero todos echamos una mano.

La comida cubría cada centímetro de las siete mesas del claro, que incluían tres mesas de postres separadas y un bar en pleno funcionamiento.

La loba de Brielle había sido vivaz, juguetona y competitiva. Corrió por el bosque como si lo hubiera hecho un millón de veces, y no podíamos borrar la sonrisa de nuestras caras después de soltarnos y dejar que nuestros instintos se desbocaran.

Brielle tenía las mejillas sonrojadas y los ojos le brillaban de felicidad. Los miembros de la manada se esparcieron por el claro, llenando platos, hablando en grupos y bailando en el centro del campo.

—¿Tienes hambre, amor? —pregunté.

—Dios mío, me muero de hambre —dijo, abanicándose la piel para sofocar el calor.

—Os traeré algo de comer. ¿Por qué no os sentáis? —Valor dijo mientras se dirigía hacia las mesas de servicio con Ezra.

—No puedo creer que hagan esto una vez al mes.

—Reforzar la conexión de la manada es vital —dije—. Sentiste el poder de la luna, ¿verdad? En el momento en que alcanza su cenit, nos convertimos en uno: una mente, un cuerpo, una manada.

Ella asintió febrilmente. —Ha sido increíble. Nunca supe que mi loba podría sentir que había un lugar al que realmente pertenecía.

Entrelacé mis dedos con los suyos. —Tú perteneces aquí.

Cuando Valor y Ezra regresaron, nos zambullimos de lleno en la comida. Nos reímos y sonreímos mientras relatábamos nuestra carrera, disfrutando del resplandor de nuestro vínculo. Me calentó el pecho y me di cuenta de lo vacío que estaba antes de la llegada de Brielle.

Apartando su plato, Brielle se levantó y me tendió una mano.

Se rio cuando la miré fijamente.

—No me dejes esperando. Vámonos.

Sonreí ante su jocosidad. —¿Adónde vamos?

—Un dato poco conocido sobre mí es que me encanta bailar.

Brielle me tiró del asiento antes de hacer lo mismo con Valor y Ezra.

Valor soltó una carcajada ante la expresión inexpresiva de Ezra. —Tendrías más suerte enseñando a bailar a una ardilla que a Ezra.

Ezra lo fulminó con la mirada. —Sé bailar. Sólo que no me gusta. Hay una diferencia.

Brielle enarcó las cejas y una sonrisa de gato de Cheshire curvó sus labios. —No sé si creerte. ¿No me dices siempre que los hechos son ley y que todo lo demás es sólo cuestión de opinión?

—Acaban de llamar a alguien —dije, incitando a mi compañero—. ¿Qué vas a hacer al respecto, Ez? ¿Te vas a echar atrás? ¿O vas a demostrar que nuestra chica se equivoca?

Los ojos de Ezra se desviaron hacia la pista de baile, luego maldijo en voz baja y la condujo entre la multitud.

Brielle seguía el ritmo sin esfuerzo, balanceándose y contoneándose alrededor de Ezra. Se me quedó la respiración entrecortada cuando la vi levantarle los brazos y colgárselos de los hombros. Le puso las manos en las caderas y le obligó a contonearse hasta que no tuvo más remedio que esbozar una sonrisa.

—Mierda, creo que acabamos de entrar en un universo alternativo —dijo Valor mientras veíamos a Ezra sonreírle a Brielle.

—Que no te oiga decir eso, o fruncirá el ceño toda la noche para seguir fingiendo —bromeé.

Poco a poco, Ezra empezó a soltarse. Una vez que estuvo flexible, Brielle se volvió y nos llamó con un dedo enroscado.

Valor y yo nos movíamos entre la multitud como imanes atraídos por el metal.

La música retumbaba en el aire como un latido mientras Brielle se balanceaba en el centro de nuestra unidad.

Los cuatro nos movíamos instintivamente, dando y recibiendo, empujando y tirando mientras la melodía fluía y refluía a nuestro alrededor. Los murmullos de la manada se desvanecieron y el vínculo vibró en mi pecho como un ser vivo que respira. La fuerza brillante e inquebrantable de su hilo se clavó en mí como un ancla. Sus paredes se levantaron y un trozo de su alma se deslizó entre mis costillas mientras el silencio nos envolvía.

Por fin, estábamos completos.

El mundo se desvaneció cuando nos convertimos en uno, y recé a la Diosa para que nos sintiéramos así el resto de nuestras vidas.

Capítulo 21

Brielle

Era extraño tener a Erza a mi lado sin ninguna de nuestras torpezas anteriores. Tal vez fuera nuestro momento de lobos o la confesión sobre mi pasado, pero por fin algo se había aflojado, y la mirada analítica de sus ojos se había suavizado en algo más familiar y confiado.

El crujido de las hojas marcó nuestro paseo hacia el edificio de carpintería. Sentí el peso de su mirada y le miré de reojo, con una sonrisa fácil curvándome los labios.

—¿Qué?

Desvió la mirada, con el rostro colorado.

Ezra no era propenso a sonrojarse, y la visión acarició mi ego. Sabía que podía poner nervioso a un hombre como él.

—Sólo quería decirte que lo siento. Lo de tu hermana —dijo Ezra, sin apartar los ojos del camino.

—No pasa nada. No tienes que seguir disculpándote. Si soy sincera conmigo misma, me haría la misma pregunta en tu lugar.

Esperaba que dejara el tema. Sí, pensar en Blythe era duro, pero seguía guardando secretos. Intenté sacarlo todo, pero no podía hablarles de las tallas, de los pájaros que me llevaban. . . Diosa, esperaba que aún me llevaran a ella.

Las palabras me quemaron la lengua y se convirtieron en ceniza en mi boca.

—No soy bueno para las disculpas —dijo Ezra—. Pero tampoco quiero dejar cosas sin decir entre nosotros, Brielle. Sólo te pido que me escuches.

Confundida, respondí—: De acuerdo.

Exhaló un suspiro frustrado. —Sé que no he sido el compañero más acogedor. Y, sinceramente, no confiaba en ti. Sabía que nos ocultabas algo, y no estaba seguro de qué era o qué podía hacernos. Pero después del interrogatorio del alfa, tuvo más sentido para mí. Temías por tu hermana, y no puedo culparte por eso más de lo que puedo culparte por no decirnos tu verdad cuando aún éramos extraños.

Se frotó la nuca y su genuino remordimiento me pellizcó las entrañas. Le cogí la mano y pasé los dedos por los suyos, mucho más grandes. —Está todo bien, Ez. No te preocupes.

Se llevó mi mano a la boca y me besó los nudillos con tanta suavidad que podría habérmelo imaginado. —Odio los secretos, Brielle. Y saber que nos ocultabas algo disparó mis defensas. En mi mente, no podía arriesgarme a permitir que mis emociones me distrajeran de una posible amenaza. No podía volver a dejarme engañar por alguien en quien confiaba.

—¿Quién? —Susurré. Ezra nunca había sido tan abierto conmigo, y puede que fuera egoísta, pero yo quería más—. ¿Quién rompió tu confianza?

—¿Qué sabes de Hidden Creek antes de que Wynn desafiara a su padre por alfa?

—Sé que fue un infierno para todos. Los únicos a salvo del fuego eran los machos que besaban el culo del alfa.

—Eso lo resume todo. —Respiró hondo—. Mi padre era uno de esos lameculos. Yo no lo sabía en ese momento, nadie lo sabía. El alfa lo quería así, así que tenía un espía para informar sobre la manada. En público, mi padre actuaba como si odiara al alfa. Me educó para creer que lo que estaba pasando estaba mal y protegió a mi madre de la mayor parte de la fealdad. Nunca lo cuestioné. Incluso cuando sus palabras no coincidían con sus actos, incluso cuando le pillaba mintiendo, le creía. —Su ceño estaba tan fruncido que pensé que le dejaría líneas permanentes en la cara—. Cuando Wynn reunió a los que le eran leales y puso en marcha el plan para desenmascarar a su padre, cometí un error. Algo en mis entrañas me dijo que no confiara en mi padre. No hice caso a mis instintos y le informé del plan. Cuando regresamos, todos las omegas habían sido incineradas.

Pestañee para contener las lágrimas. El arrepentimiento y el odio a sí mismo de su voz se filtraron en el vínculo, pesándolo como piedras en los bolsillos de un hombre que se ahoga.

Ezra se culpaba por sus muertes.

—No fue culpa tuya —le susurré.

—No las encerré en la habitación ni provoqué el incendio, pero encendí la idea en la mente de un loco. Confié en alguien que no debía, y mujeres inocentes pagaron el precio.

Me quedé mirando nuestras manos unidas y luché contra las ganas de sollozar. Ezra me estaba desnudando su alma, pero su fe en nuestro vínculo se convertiría en odio cuando descubriera que le había ocultado una pequeña parte de la verdad.

Mi loba refunfuñó molesta. No podía culparla; yo también estaba cada vez más molesta conmigo misma.

—No tenías que contarme nada de esto —le dije.

—Sí tenía. No puedo pedirte tu confianza si no te doy la mía a cambio.

Joder, eso dolía, casi tanto como me calentaba, suavizando mis bordes afilados.

El edificio de carpintería naranja era como una señal de neón entre todo el verdor, y aunque el apretón de Ezra en mi mano era sutil, lo sentí de todos modos. Era la misma rigidez que se apoderó de mi compañero cuando hablé de Theron la noche anterior. Fingí no notarlo entonces, pero no estaba segura de poder hacerlo ahora.

—¿Tienes algún problema con que trabaje allí? —pregunté, esperando que la pregunta saliera de forma casual.

Su respuesta fue corta y cortante. —No.

Definitivamente, no estaba contento con ello, pero me llevaba de todos modos.

Theron se paró frente a la entrada con una sonrisa fácil. —Ezra —dijo, ganándose un gruñido de reconocimiento de mi compañero—. Brielle. Debo decir que me sorprende que hayas aparecido.

Me burlé juguetonamente. —¿Crees que me meto en discusiones sobre la veta de la madera y los métodos de lijado por diversión? No. Esto va en serio.

—Bueno, me alegro de tener por fin una trabajadora comprometida.

—¿A qué hora terminará? —preguntó Ezra con expresión anodina, con su mano aún enroscada

en la mía.

—Yo diría que, a las cuatro, seguro —respondió Theron.

—¿Qué vais a hacer hoy? —Ezra le presionó.

—Repasaremos trabajos, herramientas, procedimientos de pedido y cumplimiento. —Theron volvió su atención hacia mí—. También tengo un proyecto para ti.

Sonreí, emocionada por ver lo que tenía preparado.

Ezra gruñó.

Ahí estaba. Territorialismo. Quería poner los ojos en blanco, pero sabía que no serviría de nada. En lugar de eso, aparté la mano de Ezra y me volví hacia él.

La sonora carcajada de Theron hizo que se me crisparan los labios.

Instigador.

Me puse de puntillas y le acaricié la mejilla. —Gracias por traerme.

Su mirada helada se descongeló al mirarme. Antes de que pudiera apartarme, me agarró el pelo por detrás y apretó su boca contra la mía. El beso fue dominante, un recordatorio de a quién pertenecía. Debería haberme cabreado, pero una parte primitiva de mí lo deseaba.

Ezra rompió nuestro beso. —Te veré a las cuatro.

—Cuidaré bien de ella —dijo Theron, riendo.

Ezra refunfuñó y me dirigió una última mirada antes de marcharse.

Me giré para mirar a Theron. —Algo me dice que lo estabas provocando a propósito.

—Absolutamente —confirmó, llevándome adentro—. No todos los días puedo meterme con Ezra. Tenía que aprovechar la oportunidad.

La tienda era un sueño. A papá le habría encantado. Cuando estábamos de viaje, pasaba la mayor parte de su tiempo libre tallando y describiendo los muebles que construía para nuestra madre o los proyectos que hacía para amigos y vecinos. Siempre decía que trabajar con las manos lo calmaba como ninguna otra cosa.

Debía haberme transmitido ese rasgo.

Theron estaba meticulosamente organizado. Los materiales de construcción estaban en ordenadas estanterías a la derecha, y las herramientas y materiales de encuadernación colgaban a la izquierda. Los pedidos pasaban por la oficina y se asignaban en función de la especialidad y el interés. Además de Theron, otros cuatro chicos trabajaban en el taller. Todos ellos eran amables y estaban más que encantados de mostrarme sus proyectos actuales.

A mitad del día, Theron me llevó a la planta principal para mostrarme mi tarea. Me acerqué a una gran estructura cubierta con una tela blanca y enarqué una ceja.

—Recuerdo que mencionaste que tallabas —dijo Theron—. ¿Es posible que esa habilidad se extienda a otros tipos de talla?

No me molesté en ocultar mi sonrisa. —Así es.

Arrancó la tapa de una cuna casi completa. —Entonces los paneles laterales son tuyos para diseñarlos.

Mis ojos se abrieron de par en par. Quería que trabajara en la cuna para el cachorro de la unidad alfa.

—¿Estás seguro de que está bien?

—Creo que a Isolde le encantará. —Theron se encogió de hombros—. No se lo digas a nadie, pero soy una mierda tallando, así que me estás ayudando a salvar mi culo aquí.

Lo golpeé con el hombro, sin creerle ni por un momento, pero dispuesta a seguirle el juego. —En ese caso, cuenta conmigo.

—Eso es lo que quería oír. —Dejó los paneles sobre una mesa y se dirigió a las estanterías metálicas de suministros en busca de lápices y un rotatorio eléctrico—. Nos alegramos de tenerte aquí.

—¿Soy tan obvia?

—Creo que es un sentimiento normal, ser cautelosa. No puedo imaginarme entrar en una manada después de no haber estado nunca en una. No estamos hechos para estar solos. Pero, es natural que quieras encontrar tu lugar.

La presencia de Theron me resultaba familiar, como volver a estar con mi padre. —Lo sé —admití.

Sus ojos se encontraron con los míos, la preocupación los convirtió en cálidos charcos de chocolate. —¿Cómo crees que te irá con eso?

Miré alrededor de la tienda, dejando florecer mi incipiente esperanza. —Bastante bien.

Y así fue.

Korren estaba detrás de mí mientras medía la pared. Hacía media hora, la unidad médica había pedido unas estanterías a medida para el almacén de suministros.

Me sorprendió que Theron me diera el encargo porque sólo llevaba dos semanas trabajando para él, pero me entusiasmaba la idea de ponerme a prueba.

El delicioso aroma de mi compañero amenazaba con distraerme mientras cogía un nivelador y un lápiz de mi mochila. —¿Querías que la unidad fuera de suelo a techo? —pregunté.

—Sí. Necesitamos al menos seis estantes y algunos cajones para los artículos más pequeños.

Marqué la pared, con cuidado de que los espacios entre ellos fueran uniformes.

Sentí el calor del cuerpo de Korren antes de que su cálido aliento rozara mi oreja. —¿Cuánto tiempo tengo?

La anticipación zumbaba en mi sangre. El tono ahumado de su voz me golpeó entre las piernas.

«Cálmate, está hablando de trabajo» me reprendí.

Diosa, unas cuantas noches de atención desenfrenada, y yo estaba prácticamente jadeando por el sonido de su voz.

—Una hora más hoy, luego una semana o así cuando empiece —dije, respirando entre una oleada de lujuria.

Las fosas nasales de Korren se encendieron y una lenta y lánguida sonrisa se dibujó en sus labios. —Puedo trabajar con una hora.

Caminó hacia la puerta y se detuvo para mirar por encima del hombro. —¿Vienes?

Asentí y le seguí hasta la puerta.

El despacho de Korren estaba tres puertas más abajo. A diferencia de las estériles salas que yo asociaba con las consultas médicas, el espacio de Korren parecía una mezcla de invernadero y acogedor rincón de lectura. Me condujo a un grupo de sofás de cuero marrón acolchados alrededor de una reluciente mesa de centro.

Mis ojos se abrieron de par en par. —¿Me trajiste el almuerzo?

—Ziti al horno —respondió con una sonrisa—. De Roman's.

Roman era el propietario de uno de los cinco restaurantes de la manada. Hacía los mejores platos de pasta, lo cual no era una sorpresa, porque elaboraba todos sus fideos desde cero.

—Qué rico —dije, frotándome las manos mientras me hundía en los cojines—. Me siento mimada.

—No lo suficiente —respondió Korren.

Me entregó mi recipiente, junto con un tenedor y una botella de agua.

Comimos con gusto. Me di cuenta de que cada vez que Korren usaba su habilidad curativa, comía más.

—¿La curación requiere mucha energía?

—Sí y no. Para asuntos menores como revisiones y cuidado de heridas leves, apenas lo siento. Las dolencias más grandes y las roturas de huesos requieren más energía.

—¿Comer te ayuda?

—Y dormir. Le da a mi cuerpo tiempo para recargarse después de un largo día.

Consideraré sus palabras. —¿Hay alguna limitación en tu don?

—Cargada de preguntas hoy, ¿verdad? —Estudió mi cara, con sus ojos llenos de calidez.

—Lo siento, no tienes que contestar si no quieres. —Tomé un sorbo de mi agua para enfriar mis mejillas encendidas.

—No, pregunta. Quiero que me conozcas —me tranquilizó—. Todos los sanadores tienen limitaciones en sus habilidades. Cuando alcanzamos nuestros límites, nuestros cuerpos se apagan.

Arrugué las cejas, insegura de haber entendido bien. —¿Te desmayas?

—Es una forma de verlo. —Se rio—. Es más bien una hibernación inducida. Es la forma que tiene el cuerpo de protegerse, ya que el poder de curar procede de la fuerza vital del sanador. Por eso no podemos resucitar a los muertos.

—Morirías —dije.

Korren inclinó la barbilla en señal de acuerdo. —Y no hay garantías de que funcionase.

—¿Alguien lo ha intentado alguna vez?

—Sí. Antes de la Guerra Negra, la Reina de la manada Colmillo Plateado contrajo una enfermedad mortal. El Rey Alfa llamó a todos los sanadores de la zona, en busca de una cura. Cuando quedó claro que moriría, el Rey alfa se desesperó. En un estado de locura, encarceló a sus sanadores y les obligó a traerla de vuelta. Uno tras otro, cayeron, dándole toda su fuerza vital. Aun así, por la mañana, ella se había ido.

El horror me heló la sangre. —¿Cuántos? ¿Cuántos sanadores murieron?

—Seis.

Diosa. Había matado a seis sanadores.

—Desde entonces, las manadas han mantenido a sus sanadores cerca, y ninguno se ha arriesgado a revivir. —Korren se sentó en su silla, con las piernas abiertas—. ¿Puedo preguntarte algo, amor?

—Sí, lo que sea —dije, con la mente aun procesando la tragedia de la muerte de los sanadores sin nombre.

—Cuando hablaste con el alfa sobre las instalaciones de Caza, mencionaste que el concejal Raza eligió a ciertas omegas. ¿A qué te referías?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Los rostros horrorizados de aquellas chicas mientras las sacaban de sus habitaciones en mitad de la noche aún me perseguían. Todo el mundo sabía lo que hacía... y lo que hacían todos los guardias una vez que terminaba.

—Las llamaban sobras. —Me encontré con la firme mirada azul de Korren—. Se supone que los concejales y sus guardias no deben tocar a las omegas, pero lo hacen. El concejal Raza echa un vistazo a los nuevos cargos y elige a las que le gustan. Suelen ser las más mansas, las que lloran y están demasiado asustadas para defenderse. Se las lleva en mitad de la noche y se sale con la suya. Cuando termina, se las pasa a sus hombres. A veces durante horas, pero en ocasiones durante días. En cualquier caso, el final es siempre el mismo. Después de usarlas, las sacrifican.

Korren se enfadó. —¿Cómo lo sabes?

Me retorcí los dedos y él cruzó la mesa y me cogió las manos. El tacto habló por él, diciendo—: Estoy aquí.

—Nos hacían escucharlo. Hay altavoces instalados en cada celda y reproducen el audio cuando ocurre. Es una amenaza para que sigamos la línea, o si no.

—Joder —siseó Korren—. Se lo haré saber a Ezra para que lo busque en las transmisiones.

Se hizo el silencio mientras nos sumíamos en nuestros propios pensamientos.

—¿Crees que seremos capaces de hacerlo? —pregunté finalmente.

Korren me sostuvo la mirada, con las emociones encendidas como fuegos artificiales en sus ojos.

Furia. Determinación. Desprecio.

—Creo que el Consejo no puede hacer nada para detenernos.

Capítulo 22

Ezra

—No quiero mentirle —nos recordó Korren.

—No lo haremos. Sólo nos aseguraremos de tener una pista concreta. Lo último que quiero hacer es ilusionarla para nada.

—De acuerdo. —Valor se apoyó en mi silla, mirando la pantalla por encima de mi hombro—. Lleva toda la vida buscando a su hermana. Sería cruel prometerle algo que puede estar fuera de nuestro alcance.

El resoplido exasperado de Korren fue seguido de un "Diosa" murmurado.

—Vale, guíame con el plan. ¿Cómo vas a rastrear a una chica que desapareció hace siete años?
—Korren preguntó.

Mantuve la vista fija en la pantalla que tenía delante. —Voy a utilizar grabaciones de seguridad vial. Cámaras de tráfico, semáforos... cualquier cosa que grabe es válida. Una vez dentro, introduciré la foto de Brielle y una estimación aproximada de la fecha en mi motor de búsqueda. A partir de ahí, el ordenador hace el trabajo. Solo tenemos que esperar a que coincida.

El código llenaba la pantalla. Varios cortafuegos se alzaron en armas, listos para proteger la red. Di un sorbo a mi café y me crují los nudillos.

—¿Y una vez que tengamos la coincidencia? —Korren presionó.

—Seguiremos el metraje y buscaremos marcas o señales de la dirección que podrían haber tomado. Ahí es donde Valor y Brielle entran. Si tiene algo que perteneció a su hermana, Valor puede rastrearla desde la última ubicación conocida.

—Como es su hermana, debería ser más fácil seguirle la pista, independientemente del tiempo que haya pasado —añadió Valor.

La unidad de comunicaciones de Korren emitió un pitido —Ese es el centro de curación. Os veré en casa. Contactad conmigo si tenéis alguna novedad.

—Yo también tengo que salir. —Valor consultó su reloj—. Alaric y yo tenemos que repasar los informes de progreso de las sesiones de entrenamiento de la manada. —Me dio una palmada en el hombro—. Voy a ver.

Asentí con la cabeza mientras se retiraban de la sala. Una vez a solas, me dediqué a desactivar los cortafuegos y las capas de encriptación. Luego, tras eliminar con éxito esos obstáculos, conecté mi portátil con el software de rastreo y me puse manos a la obra.

El recuerdo de la cara de Brielle cuando nos habló de su hermana era angustioso.

Juré traer a su hermana de vuelta. Tenía que hacerlo.

Mi lobo aulló de acuerdo. La idea de que su compañera viviera con este dolor era insoportable.

El sistema emitió un pitido cuando el software de reconocimiento facial encontró una coincidencia. Mis ojos recorrieron la pantalla con avidez. Allí estaba ella. Era joven, pero inconfundible. Era Brielle. Rebobiné la grabación y me preparé para lo que estaba a punto de ver.

No era suficiente.

Mi autocontrol se deshilachó cuando el sonido de los gritos de Brielle se clavó en mi mente. Oír lo que había pasado era una cosa, pero verlo era mucho peor. La primera vez que vi el incidente, estaba demasiado absorto en su miedo y su dolor como para darme cuenta de nada. Después de respirar hondo, volví a verlo.

Y otra vez.

A la cuarta vez, ya había memorizado los rostros de los hombres que había enviado el Consejo, los cambiaformas que los interceptaron y las armas que utilizaron. Durante mi quinta revisión, noté algo en el humo. Justo cuando el coche se alejaba con la hermana de Brielle, apareció la matrícula.

Detuve la grabación, mejoré la imagen y garabateé los números en un bloc de notas. Seguí la trayectoria del coche hasta las afueras de la ciudad, donde desapareció en territorio no autorizado.

No era una sorpresa. Una organización sólo podía saltarse las normas del Consejo si sus miembros vivían fuera de su alcance.

Introduje la matrícula en mi motor de búsqueda. El vehículo había sido utilizado varias veces desde el incidente, y su última ubicación conocida estaba a unos territorios de distancia, en el corazón de terrenos no sancionados.

Eso era un problema, pero sabía que al alfa Wynn no le importaría la excursión, una vez que le explicáramos los detalles. Aun así, se me revolvió el estómago ante la idea de que Brielle abandonara Hidden Creek.

Estaríamos con ella, pero prefería mantenerla lejos del peligro. Fruncí el ceño. No era una discusión que fuera a ganar.

Haciendo caso omiso de mi turbación interior, rápidamente cotejé las matrículas con un sitio de registro federal y descubrí que la mujer propietaria del coche también regentaba un bar.

La satisfacción de un trabajo bien hecho fue casi suficiente para anular mis preocupaciones con respecto a Brielle.

Exhalé un fuerte suspiro.

Joder, me estoy ablandando.

Extraño, pero no importaba. Nada importaba más que darle a nuestra compañera lo único que anhelaba.

Era hora de encontrar a la hermana de nuestra compañera.

Capítulo 23

Valor

La risa de Brielle flotó a través de la puerta principal como pétalos en el viento. Ezra la seguía con los ojos fijos en nuestra compañera.

Crucé la habitación, cogí la barbilla de Brielle entre el pulgar y el índice y la besé suavemente. Abrió la boca y me permitió deslizar la lengua entre sus labios.

Ella gimió, y yo supe que esa era mi señal si teníamos alguna esperanza de continuar nuestra conversación.

Con una fuerza hercúlea, me aparté y me ajusté los pantalones. —Joder, me la has puesto dura.

Ella soltó una risita. —¿Es eso una queja?

—Nunca.

—Puede que tenga una —dijo Ezra.

Le golpeó el pecho juguetonamente. —Oh, no puedes ser gruñón después de que prácticamente me measte cuando me dejaste esta mañana.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —negó Ezra.

—Absolutamente. ¿Ves su ceño fruncido de mierda, Valor? —preguntó Korren mientras me rodeaba, cogía a Brielle y la llevaba al salón.

Ezra frunció el ceño y yo me reí.

Entramos en el salón y vi cómo se disparaba el sistema de alarma interno de Brielle al ver la expresión sombría de Ezra. Se puso pálida y se le endureció la mandíbula.

Su cabeza giró entre los tres. —Bueno, ¿qué está pasando?

—Buenas noticias —dijo Korren antes de entrar en pánico.

Sus cejas se fruncieron. —Es agradable oírlo. ¿Quieres compartirlas?

Mi lobo se paseaba nervioso por la frontera de nuestra conciencia.

«Esto hará feliz a nuestra compañera» gruñó, aunque no estaba seguro de a quién intentaba convencer.

Sabía que la idea de encontrar a su hermana la haría feliz, pero la parte emocional de mi cerebro no podía superar el hecho de que nada era infalible. Cabía la posibilidad de que nuestra pista fuera un callejón sin salida. ¿Y si no podía captar el olor? O peor, ¿y si las respuestas no eran lo que Brielle esperaba?

Habían pasado siete años y cualquier cosa podía haber ocurrido en territorio no sancionado.

—Queríamos darte algo, cariño. Y puede que no nos correspondiera hacerlo, pero esperábamos poder traerte algo... —La palabra cierre estaba en la punta de mi lengua, pero lo pensé mejor. Por tanto, dije—: Respuestas.

Su ceño se frunció.

—Queremos que seas feliz, Brielle —dijo Korren—. Así que, cuando nos contaste lo de tu hermana, no podíamos dejarlo pasar.

Sorprendida, preguntó—: ¿Qué estás diciendo?

—Decidimos buscarla —dijo Ezra.

Se deslizó hacia delante en su asiento, con los ojos brillantes de incredulidad y esperanza. —¿Cómo?... ¿habéis encontrado algo?

—Ezra localizó algunas imágenes de las cámaras de tráfico del día en que te tendieron la emboscada y, una vez que revisó las cintas, tuvimos un punto de partida aproximado —dije—. Pudimos conectar a la dueña del coche con un bar en territorio no autorizado.

Juntó las manos en su regazo, con los dedos blancos por la presión. —No sé qué decir. —Hizo una pausa y se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Alfa Wynn me dejará ir?

—Nos dejará ir —corrigió Ezra.

Korren se sentó a su lado y le cogió la cara entre las manos. —Vamos a recuperar a tu hermana, amor. La traeremos aquí y estará a salvo.

—¿Por qué haríais eso? ¿Por qué el alfa Wynn arriesgaría a su manada trayendo a una cambiaformas no autorizada a su territorio?

Su voz se quebró, y el sonido me destripó. Era como si intentara dar sentido a un test de Rorschach. No entendía que era algo más que nuestra pareja predestinada: era parte de nuestra manada. Eso significaba que su hermana también lo era. Hidden Creek protegía a los suyos.

Me coloqué a su otro lado y le rodeé los hombros con un brazo. —Necesito que entiendas algo. Tu felicidad no es una opción; es una prioridad para nosotros y nuestra manada. —Brielle se volvió hacia mí, y su expresión era suave y abierta—. Si tu hermana es importante para ti, también lo es para nosotros. Sin preguntas. ¿Entendido?

Ella asintió en respuesta.

—Necesito las palabras, cariño.

—Lo entiendo. —Se mordió el labio inferior—. Hay algo más que necesito decirte.

Ezra se sentó en la mesita frente a Brielle.

Su voz se llenó de remordimiento al confesar—: Hay tallas de pájaros en árboles y rocas en la arena de la Caza. Es un mensaje para las omegas que escapan del Consejo. Un camino a seguir.

—¿A dónde conduce? —preguntó Ezra.

—No lo sé. Pero uno de los que se llevaron a mi hermana (un varón) me dijo que lo siguiera para encontrar a los otros rebeldes.

La voz de Korren era tranquila cuando preguntó—: ¿Cuándo?

—Antes de que lo mataran. Intentó sacarme de la furgoneta, pero no pudo. Me dijo que siguiera a los pájaros. No tuvo que decir nada más. Sabía que me llevaría a Blythe, dondequiera que estuviera.

Ezra asintió. —Bien. ¿Algo más que puedas recordar?

Parpadeó una vez y otra vez, y luego dijo—: ¿No estás enfadado porque no os lo dije?

Le puso una mano en la rodilla. —No. Nos lo estás diciendo ahora.

—Ahora que tenemos eso resuelto, tenemos que prepararnos para salir, amor —dijo Korren.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Brielle.

—Mañana —le aseguré.

La determinación de su rostro provocó un torrente de emociones en el vínculo. Miré a Korren y a Ezra y vi que mis emociones se reflejaban en sus ojos. Haríamos lo que fuera necesario para curar su dolor y obtener respuestas, pero esperaba que lo que encontráramos no la destrozara en el proceso.

Capítulo 24

Korren

Nuestro todoterreno atravesó un pueblo destartado en territorio no autorizado. Casas en ruinas se alineaban en las calles abandonadas como parches de hierba en un campo moribundo, y la basura se esparcía por las aceras. En las afueras de la ciudad había un montón de casas, tiendas y bares con las ventanas tapiadas. La vida no había sido amable con estos cambiaformas.

Sin los suministros del Consejo, habían construido una comunidad por sí mismos. Eran autosuficientes y desconfiaban de los forasteros, a juzgar por las miradas que dirigieron a nuestro vehículo.

«Deberíamos haber dejado a nuestra compañera en nuestra guarida» refunfuñó mi lobo.

«Ella no lo habría permitido.»

Resopló, pero lo dejó estar. Sabía que se habría derrumbado al ver el disgusto de Brielle.

Aun así, no podía ignorar mi creciente preocupación. Tener a mi compañera tan cerca del peligro me ponía de los nervios.

—Recuerdas lo que te dijimos —le dije mirándola por el espejo.

Arrugó la nariz y puso los ojos en blanco. —Sí, papá. Prometo que no me desviaré.

Valor se rio a su lado. —Cuidado, cariño. Si me contestas, acabarás de rodillas.

—O sobre las mías —dijo Ezra despreocupadamente.

Su rostro se encendió y el perfume de su lujuria se esparció por el coche. —Esto no es justo. Me superáis en número.

Me encogí de hombros ante sus palabras. —Puede que no sea justo, pero será divertido.

Intentó ocultar su sonrisa, pero las comisuras de sus labios carnosos flaquearon.

—Concéntrate. ¿Dónde estarás cuando estemos dentro del bar, Brielle? —preguntó Ezra.

—Junto a uno de vosotros —respondió.

—En todo momento —añadió Valor—. No tenemos ni idea de lo que nos espera, pero estos cambiaformas no confiarán en nosotros sólo por principios. Si las cosas se tuercen, te necesitamos cerca para vigilar.

—Lo sé. —Le puso una mano en el brazo y la tensión de su bíceps se relajó.

Paramos en un bar llamado Nido de Cuervos. Había coches en la puerta y algunos cambiaformas merodeando. Algunos charlaban en pequeños grupos, mientras otros jugaban a los dados. Salimos del vehículo y Brielle se quedó a mi lado. Valor, por su parte, se colocó a su izquierda y Ezra nos cubrió la retaguardia.

En cuanto entramos en el bar, todas las miradas se posaron en nosotros. Los clientes seguían con cautela sus actividades, bajando la voz mientras seguían nuestros movimientos. Nos conduje a una mesa del fondo y tomamos asiento.

Observé sutilmente la zona. Hombres y mujeres cambiaformas (alfas, betas, gammas y omegas) estaban repartidos por todo el edificio. Me sorprendió verlos al descubierto. Hacían todo lo posible por disimular su olor, pero la presencia de tantos cambiaformas en una habitación era imposible de pasar por alto. A estas alturas del territorio no autorizado, era común encontrar una mezcla de especies. Las tierras no sancionadas habían sido designadas fuera de las tierras natales de las cinco razas respectivas (cambiantes, brujas, elfos, espectros y vampiros) que ocupaban el continente. Era anormal encontrar allí congregaciones de una sola especie. Por lo general, siempre estaban entremezcladas.

Este comportamiento era curioso. Los lobos no autorizados estaban tan seguros de sí mismos que ni siquiera se habían molestado en ocultar a las omegas. Me produjo un escalofrío de descontento.

—Al menos hay comida —dijo Valor, aparentando la viva imagen de la calma mientras se recostaba en su silla—. Me muero de hambre.

Ezra lo miró, poco impresionado. —Comiste antes de que viniéramos.

—Sí, eso fue hace cuatro horas. Soy un macho en crecimiento. —Valor nos señaló a cada uno de

nosotros—. ¿Qué queréis pedir?

Le dimos nuestras órdenes e intentamos parecer lo menos amenazadores posible. Habíamos repasado nuestros papeles antes de entrar en el bar. Ezra tenía una foto de la hembra que buscábamos y no perdimos de vista a los machos que la habían acompañado el día de la emboscada. Con un poco de suerte, la dinámica de poder de su organización no habría cambiado mucho.

Por fuera, Brielle estaba tranquila, pero el vínculo vibraba con sus emociones dispersas. La ansiedad, el miedo, la nostalgia y la tristeza luchaban en su interior. Deslicé mi mano sobre la suya, enviándole sentimientos de tranquilidad por el vínculo.

Sonrió cuando Valor llegó con una bandeja cargada de comida y bebida. El nivel de ruido del bar volvió a la normalidad y fingimos una conversación.

—¿Cuánto falta para llegar a Snow Ridge? —preguntó Valor.

—Tres horas —le respondí.

Le quité el tapón a una cerveza local y se la di a Brielle antes de coger una para mí.

—¿De verdad vas a enseñarme a rastrear en la nieve? —preguntó Brielle a Valor.

«Es astuta como un zorro» dijo mi lobo con orgullo.

«Así es» estaba de acuerdo.

Se metía sin esfuerzo en cualquier papel que necesitáramos. Me di cuenta de que varios lugareños escuchaban nuestra charla mientras yo sorbía mi bebida.

—Cariño, cuando acabe contigo, tu loba avergonzará a los ejecutores.

—Eso es algo que no puedo esperar a presenciar —dijo Ezra.

—Y documentar. —Moví las cejas, reafirmando la narrativa de viajeros despreocupados.

Ahora teníamos menos ojos encima, pero no era tonto. Otros seguían rastreando a nuestro pequeño grupo.

A mitad de la comida, Ezra golpeó la mesa con los dedos, llamando nuestra atención. Sus ojos se

desviaron hacia la izquierda y seguimos su mirada hacia una mujer al final de la barra.

Tenía la cara medio tapada por las sombras, pero su pelo rubio se distinguía incluso con poca luz. Se giró hacia la camarera y el vínculo se estremeció cuando pudimos ver a la mujer que buscábamos.

—Es una alfa —susurró Valor.

—También se ha interesado especialmente por Brielle —dijo Ezra entre sorbos de cerveza—. La he pillado mirando cuatro veces.

—¿Semejanza familiar? —pregunté.

—Mi hermana y yo nos parecemos —respondió Brielle.

—Entonces tenemos nuestra respuesta —dijo Ezra.

Tenía razón. Si la mujer se había fijado en Brielle, era probablemente porque había pasado bastante tiempo con la hermana de Brielle.

Era el momento. La necesidad de actuar surgió como un maremoto entre nosotros.

—Voy a hablar con ella —dijo Brielle.

—No —dijo Valor mientras Ezra siseaba—. Absolutamente no.

—Odio ser portador de malas noticias, pero Brielle tiene razón —dije, a pesar de que todos mis instintos me exigían arroparla en algún lugar seguro—. Ella no hablará con nosotros. Se pone en guardia cuando mira hacia aquí. Si queremos respuestas, tenemos que dejar que Brielle se acerque a ella.

—Estoy de acuerdo. —Brielle cogió las manos de sus compañeros, que tenían el ceño fruncido—. No se trata de mí; se trata de mi hermana. Dejadme hacer esto. Estáis aquí. Estaré a salvo. Confiad en mí.

—Bien —murmuró Valor.

La mandíbula de Ezra se tensó, pero no opuso resistencia.

Brielle nos dedicó una última sonrisa y cruzó la barra.

Capítulo 25

Brielle

—¿Tus chicos están de acuerdo con que estés aquí?

La mujer rubia de la barra se volvió hacia mí, con los labios pintados de carmín dibujando una línea firme.

En mi mente, ella se interponía en mi camino para volver a ver a Blythe. No importaba qué, pero tenía que pasar por ella.

Tragándome mi desesperación, le dediqué una sonrisa burlona. —Tan bien como están conmigo mirándome. ¿Hay alguna razón para eso?

Me deslicé hasta el taburete contiguo al suyo.

—¿De dónde eres? —preguntó, ignorando mi pregunta—. No recibimos muchas visitas por aquí.

No había razón para mentir. —Hidden Creek. Sólo estamos de paso.

Sus inteligentes ojos azules se entrecerraron. —Rara vez veo una unidad dispuesta a sacar su premio de la guarida.

Su sonrisa me dijo que estaba tratando de irritarme, y no era del todo inesperado.

—No son míos. Vencí a la Caza y me uní a su manada por protección —dije con ligereza, sabiendo que no se mostraría receptiva si le decía que eran mis compañeros.

Su voz era plana como el hormigón. —Chica afortunada.

—Lo soy. En más de un sentido. —Apoyé un codo en el mostrador—. Me llamo Brielle. —Sus ojos parpadearon con reconocimiento—. Creo que ambas sabemos por qué estoy aquí.

Dio un lánguido sorbo a su bebida. —¿Y eso por qué?

—Por la misma razón por la que me mirabas como si hubieras visto un fantasma.

—No estoy segura de lo que estás buscando, cariño.

—La verdad. —Cerré los dedos en un puño para evitar que temblaran—. Te recuerdo de cuando era pequeña. Tú y algunos hombres vinisteis a por mí y mi hermana. Intentasteis salvarnos, pero me raptaron.

Su rostro permaneció impasible.

—He venido a buscar a mi hermana —dije, con la voz entrecortada—. Por favor. ¿Sabes dónde está?

Miró detrás de mí. —¿Qué harán tus amigos con ella si digo que sí?

—Nada. —No pude ocultarle mi ferocidad—. Nadie va a lastimar a Blythe. Sólo quiero volver a ver a mi hermana. Lo que ella haga a partir de ahí es su elección.

Sus ojos me destriparon. Retiraron mis capas y diseccionaron mis palabras. Un músculo de su mandíbula se crispó.

—Soy Andy —dijo finalmente.

El alivio me invadió, casi haciéndome caer de pie.

—Encantada de conocerte. Entonces, ¿crees que puedes ayudarme?

Deslizó su teléfono hacia mí. —Dame tu número. Me pondré en contacto contigo en un par de minutos para decirte si es posible.

Sin dudar, registré mi número en su teléfono y se lo devolví.

Lo recogió y se levantó. —Nos vemos, Brielle.

Cuando Andy se fue, volví con mis compañeros y reclamé mi asiento.

—¿Y bien? —preguntó Ezra.

—Ella sabe dónde está Blythe. Estoy segura de ello. Le he dado mi número y me dijo que se pondría en contacto conmigo en unos minutos para decirme si podemos vernos.

Valor frunció el ceño. A mí tampoco me gustaba cómo Andy había planteado las cosas, pero ¿qué podíamos hacer? La pelota estaba en su tejado. Sin ella, ¿cómo íbamos a encontrar a Blythe?

—Podría ser una trampa —murmuró Valor.

—Podría —admití.

—Todavía quieres hacerlo, ¿no?

Le sostuve la mirada. —Sí, quiero.

—Entonces haremos un plan —dijo Ezra.

—Vale —susurré, aliviada—. Pero primero, necesito ir al baño.

Me aparté de la mesa y seguí las señales de la pared. Mientras me ocupaba de mis asuntos, calmé mis nervios. Hacía tanto tiempo que no veía a Blythe. ¿Se acordaría de mí? ¿Se habrían portado bien con ella? ¿O habría vivido su propia versión del infierno?

¿Sería la misma chica que me había pasado la vida intentando encontrar?

Salí del retrete y me lavé las manos, imaginando que el agua se tragaba mis preocupaciones por el desagüe. Una sombra a mi izquierda me llamó la atención y se me erizó el vello de la nuca. Giré sobre mis talones, pero un grueso brazo me rodeó, interceptando el movimiento. Mi espalda chocó contra un pecho duro. Levanté las manos por instinto, pero él ya me estaba tapando la nariz y la boca con un paño.

—Tranquila, paloma. No te haré daño —murmuró el macho.

Mis forcejeos se debilitaron y luego cesaron cuando el mundo se sumió en la oscuridad.

Capítulo 26

Ezra

A medida que pasaban los minutos, la inquietud se deslizaba por el vínculo. Korren y Valor lanzaron miradas al pequeño pasillo que conducía a los baños. Brielle se había marchado por él hacía más de quince minutos, y lo que debería haber sido un rápido descanso se había convertido en una agónica espera.

No podía quitarme la sensación de que algo no iba bien. Alcancé el lazo, y la línea de Brielle era demasiado tranquila. Era como si estuviera durmiendo. La ansiedad me corroía las entrañas y, después de lo que me pareció una eternidad, decidí ir a ver cómo estaba Brielle.

—Vigilad las puertas —les dije a Valor y Korren.

Asintieron. Korren se quedó en la mesa y Valor se dirigió a la puerta principal, con el comunicador en la mano y fingiendo una llamada.

Cuando me acerqué a la puerta del baño, en el aire flotaba un leve aroma. El aroma químico me produjo escalofríos y el lobo se me subió a la piel, dándome zarpazos de frustración. Sin pensármelo dos veces, irrumpí en el cuarto de baño.

La puerta se estrelló contra la pared y el golpe resonó en el pequeño espacio. Debería haberse oído un grito o un aullido, cualquier indicio de que había alguien en la habitación, pero todo permaneció en silencio.

Brielle se había ido.

—Brielle —llamé, haciendo una mueca ante el inútil instinto de verificar lo que sabía que era cierto.

Busqué en cada cubículo y recorrí el espacio con la mirada. La pequeña ventana parecía intacta. Me volví hacia los lavabos y vi que el del centro estaba húmedo, con gotas de agua cubriendo los bordes de la taza de porcelana. Me agaché y busqué pistas.

El olor se hizo más intenso. Mis ojos se posaron en una tela blanca arrugada y el corazón casi se me rompe en las costillas al percibir el olor a cloroformo. El pánico me recorrió las venas, el miedo y la ira se mezclaron en un cóctel tóxico.

¿Cómo coño nos habían despistado?

Grité a los chicos, ya no me preocupaban las miradas sospechosas. Algo iba muy mal y teníamos que actuar con rapidez.

Entraron ambos en tromba en el cuarto de baño, con la adrenalina recorriendo nuestro vínculo.

—Nunca he deseado tanto hacer daño a una hembra como a esa rubia alfa —dijo Valor sombríamente.

—Si le pasa algo a Brielle, no oirás ninguna objeción por mi parte —respondí.

Mi lobo quería sangre. Quería destrozar a todo ser que se atreviera a tocar a su compañera.

Habían cometido un error llevándose a Brielle, y pagarían por ello.

—Tengo su rastro —anunció Valor tras olfatear el aire.

Unos pies rozaron el linóleo detrás de nosotros. Giramos, y Korren (el más cercano a la puerta) endureció su postura cuando aparecieron tres figuras corpulentas, bloqueando nuestro camino. La escasa luz proyectaba sombras ominosas sobre sus rostros, lo que dificultaba distinguir sus rasgos, pero sus intenciones estaban claras. El aire crujió cuando nos dimos cuenta de que nos esperaba una pelea.

Korren se movió hacia nosotros. —¿Supongo que vosotros no sabéis nada de lo que le pasó a nuestra compañera?

Un gran macho gruñó.

—Eso es lamentable. —Korren dio una palmada—. Bueno, si nos disculpáis, hay alguien a quien tenemos que encontrar. Ah, y para que lo sepan, el baño masculino está por ahí. —Señaló el pasillo.

—Eres gracioso. —El hombre de la izquierda dio un paso adelante, mostrando una cicatriz larga y dentada desde el final de la ceja hasta la comisura de la boca—. Pero tú no vas a ninguna parte.

—Esperaba que pudiéramos resolver esto como caballeros. —Korren se hizo a un lado, creando espacio suficiente para lo que vendría a continuación.

No lo dudé y me abalancé sobre el hombre de la derecha, aprovechando mi tamaño y el factor sorpresa. Tropezamos en el pasillo mientras Korren interceptaba al tercer hombre, desatando un caótico choque en el reducido espacio.

—¡Ve a buscar a Brielle! —le grité a Valor.

Parecía indeciso entre quedarse a ayudar o buscar a nuestra compañera, pero finalmente sacudió la cabeza y salió corriendo por la puerta.

El baño se convirtió en un campo de batalla, con puños volando y cuerpos chocando. El olor acre del cloroformo perduraba, un repugnante recordatorio de lo que le habían hecho a nuestra compañera.

Las probabilidades estaban en nuestra contra, pero la determinación impulsaba cada uno de nuestros movimientos. Luchamos con uñas y dientes, desesperados por recuperar a Brielle de una pieza. Mi lobo se apoderó de mis sentidos, prestándome su fuerza cuando un puño carnoso chocó contra mis costillas. Ignoré mis huesos rotos, convirtiendo el dolor en motivación. La seguridad de Brielle pendía de un hilo, y sólo pensarlo nos incitaba a luchar con más fuerza.

Me di cuenta de que aquello formaba parte de su plan. Habían querido separar nuestra unidad desde el momento en que entramos en la cafetería. Habían ejecutado un siniestro complot y nos habían atrapado en su red.

Un aullido de agonía estalló detrás de mí, y supe que era obra de Korren. Rara vez veíamos el lado oscuro de su don.

Las habilidades de Korren le permitían curar a nivel molecular, pero también podía provocar complicaciones, apagar órganos e inflamar los receptores del dolor con un solo toque.

No era un luchador, pero su don era un arma cuando decidía utilizarlo como tal.

Conseguimos dominar a nuestros asaltantes y dejamos sus cuerpos inconscientes atados y amordazados en el cuarto de baño. Nos dirigimos a la puerta principal, sabiendo que Valor habría dejado un rastro para que lo siguiéramos.

—Ahí —dijo Korren, señalando un guijarro de color jade.

Eché un vistazo rápido a Korren. Su respiración era superficial y mantenía la mirada fija hacia delante. —¿Estás bien?

—Sobreviviré.

Nunca era bueno que Korren utilizara su don para atacar. Lo odiaba: le recordaba a una época en la que el viejo Alfa solía explotar su habilidad para la violencia.

—Pronto tendremos a Brielle de vuelta —le dije, tratando de distraerlo.

Se hizo el silencio. Respirábamos con dificultad mientras trotábamos por el sendero, con la esperanza de que Valor hubiera encontrado a nuestra compañera.

Capítulo 27

Valor

El aroma de Brielle flotaba en el aire, guiándome a través de sinuosos callejones. Cada pocos metros, dejaba caer una pequeña piedra verde para que Ezra y Korren pudieran seguirme, después de encargarse de los machos del bar. Había llevado estas piedras en todas mis misiones de rastreo desde que tenía dieciséis años. Era una forma fácil de que los demás siguieran mi rastro.

Mi camino se desviaba cada vez más del centro de la ciudad. El pánico se apoderó de mí cuando la fragancia familiar de Brielle se desvaneció, pero seguí adelante, negándome a detenerme. Mi lobo quería que me moviera. Su agitación se unió a la mía y mis músculos se tensaron.

El sendero conducía a un edificio abandonado, un callejón sin salida. Entré y miré a mi alrededor. Los escarpados muros de cemento parecían impenetrables a primera vista, pero mis sentidos me dijeron que no era del todo cierto. El aire viciado dio paso al fresco aroma de la hierba y el pino.

Cuando me acerqué al borde de la yerma habitación, los olores se intensificaron. Un escalofrío me recorrió la espalda al darme cuenta de que una pared falsa ocultaba la entrada. Pasé las manos por la superficie rugosa, buscando inconsistencias en la piedra. Sentí que Korren y Ezra se acercaban detrás de mí y que su presencia me tranquilizaba.

Mi ira estalló al volverme hacia ellos y ver los moretones que florecían en su piel.

Ezra levantó la barbilla hacia la pared. —¿De qué va esto?

Tragándome mi temperamento, dije—: Una entrada falsa. Brielle está en algún lugar más allá, y estoy tratando de averiguar cómo abrirla.

Korren se arrodilló a mi lado y comprobó la parte inferior del muro. Sus ágiles manos se deslizaban por los bordes y sus uñas arañaban la roca con un suave silbido. Se detuvo y arrastró los dedos hacia delante y hacia atrás varias veces.

—Lo encontré —murmuró, trazando una costura invisible.

Korren hundió la mano en la abertura, arrancando la puerta de su umbral camuflado. Entonces, entramos en un corto túnel y emergimos en un denso bosque. Magia. Estaban usando magia.

El aroma de varias hembras (incluida Brielle) flotaba en el aire, creando un desconcertante tapiz de fragancias. Tomé la delantera, y Ezra y Korren me siguieron, escudriñando las tierras salvajes que nos rodeaban, hasta que encontramos un sendero pequeño y bien transitado.

El sendero nos condujo a un grupo de cabañas. Sin intercambiar palabras, entramos en la primera de ellas, pero estaba vacía. Probamos en la siguiente, pero el olor no era el adecuado.

—Creo que las cabañas son otra distracción —dije.

—¿Te parece que sea una puerta trampa? —preguntó Korren.

—Lo más probable —confirmó Ezra—. Sinceramente, estoy impresionado con lo lejos que han llegado para ocultar sus secretos.

Gruñí. —Me entusiasmarán más sus maniobras evasivas cuando tengamos a Brielle.

Volvimos sobre nuestros pasos a la primera cabaña, donde el olor de Brielle era más potente. Señalé la cocina y nos desplegamos, observando cada centímetro cuadrado de la habitación. Ezra movió la mesa de la cocina y descubrió una sección de madera que no coincidía con el resto del suelo. La apartamos y descubrimos una pequeña puerta con un pestillo de hierro.

Korren abrió con cuidado el panel metálico. Aparecieron unas escaleras que conducían bajo la tierra.

—Tienes que estar bromeando —murmuró Ezra—. Un túnel de mierda.

Le di un manotazo en el pecho. —No tengas miedo, grandullón. Siempre puedes cogerme de la mano.

—Vete a la mierda. Sabes que el confinamiento hará las cosas pegajosas si nos metemos en otro “malentendido amistoso”.

Korren bajó primero las escaleras. —Esperemos que no sea así.

Nuestros pasos eran silenciosos mientras recorríamos el húmedo pasadizo. Por suerte, el túnel no era tan estrecho como esperaba. Era lo suficientemente ancho como para que Ezra y yo pudiéramos estar hombro con hombro. Decididos a rescatar a nuestra compañera, nos adentramos en el laberinto subterráneo.

La oscuridad empezó a desvanecerse a medida que la luz atravesaba las sombras. Disminuimos la velocidad cuando la boca del túnel se ensanchó y nos detuvimos cuando un grupo de cambiaformas se interpuso en nuestro camino. Cuatro hembras rodeaban a Brielle y la sujetaban por los brazos.

Entonces, la rubia del bar se acercó a nosotros, con su mirada de loba.

Brielle intentó unirse a nosotros, pero las hembras la retuvieron.

Gruñí una advertencia en voz baja.

—Quédate donde estás —ordenó la rubia.

Korren, siempre diplomático, levantó las manos en un gesto tranquilizador. Sus ojos pasaron de Brielle a la mujer. —No queremos hacer daño a nadie. Sólo queremos recuperar a nuestra compañera.

La mujer rubia nos miró con recelo. —¿Y por qué debería creerte?

—Tú fuiste quien nos robó la pareja, por no hablar de que dejaste que tus perros nos atacaran. Si alguien debiera desconfiar, somos nosotros —espetó Ezra.

Korren le lanzó una mirada por encima del hombro y se cruzó de brazos. —Brielle puede responder por nosotros si eso ayuda.

La rubia negó con la cabeza. —Aunque lo hiciera, no significa que confíe en ti. Ray, ven aquí.

Una pelirroja menuda se adelantó.

—Extiende la mano —ordenó la rubia—. Jura que no harás daño a nadie en este búnker ni te lo llevarás sin consentimiento.

Me uní a Korren, con el sabor de la magia espeso en mi lengua. —Eres una bruja.

Ezra se tensó.

—Medio bruja —respondió la pelirroja.

Korren puso su mano en la de ella sin decir nada más. —Hola, Ray. Soy Korren, un sanador de la manada de Hidden Creek. No estamos aquí para hacer daño a nadie o tomar omegas en contra de su voluntad. Estamos aquí para recuperar a nuestra compañera y, con suerte, darle la oportunidad de ver a su hermana.

Me soltó y acercó su palma pálida hacia mí, repitiendo el proceso antes de volverse hacia Ezra. La mirada de Ray se clavó en nosotros, escrutando nuestras intenciones durante lo que pareció una eternidad. Finalmente, satisfecha con lo que veía, asintió.

—Son buenos —anunció Ray.

Luché contra el impulso de burlarme. No habríamos perdido el tiempo charlando con ellas si tuviéramos intención de atacar.

—Buen truco —dije, mirando a la medio bruja a los ojos.

Fuera cual fuese el linaje de brujas del que procedía, debía de haber sido bendecida por su dios, Aster, el Padre de las Brujas. Al igual que los cambiaformas, las brujas eran bendecidas por su dios al nacer. El dios marcaba a los que favorecía con su sigilo, una marca de nacimiento en forma de serpiente en el pecho o la nuca. Las brujas bendecidas tenían habilidades que superaban a las del típico portador de magia. Buscar la verdad no era una habilidad normal.

—A veces viene bien —respondió con la misma frialdad.

Mi mal humor desapareció cuando Brielle corrió a mis brazos. Korren y Ezra se acurrucaron mientras Brielle nos aseguraba que estaba bien.

Se inclinó hacia atrás, con alivio y alegría brillando en sus ojos. —Venid, vamos a saludar.

Capítulo 28

Korren

Con Brielle a salvo en nuestros brazos, me invadió una oleada de alivio. Tuve que hacer un acto de voluntad para contenerme y hacer de pacificador mientras nos ganábamos la confianza de las mujeres del túnel.

La sonrisa de Brielle se ensanchó mientras se daba la vuelta y corría hacia una figura que emergía de entre las sombras: su hermana.

La hermana de Brielle era ligeramente más alta, pero poseían la misma piel bronceada y ojos dorados. Los rasgos de Brielle eran redondeados y suaves, mientras que su hermana tenía pómulos afilados y ojos felinos. Los rizos sueltos caían de su coleta y bailaban contra su frente.

Alrededor de su cuello había un medallón que reflejaba el de Brielle.

Brielle abrazó a su hermana en una escena de pura alegría.

Se dieron la vuelta y Brielle dijo—: Blythe, estos son mis compañeros. Korren, Valor y Ezra.

Blythe sonrió. —Hola. Me gustaría saber más de vosotros, pero Bri sólo lleva aquí media hora. Las chicas estaban ocupadas haciéndola pasar por los procedimientos de seguridad estándar, así que no tuvimos oportunidad de hablar.

El aura cálida y juguetona de Blythe nos envolvió, e incluso Ezra esbozó una sonrisa.

—A nosotros también nos gustaría saber más de ti —le dije.

Su sonrisa se volvió pícara. —Bien. Sería incómodo que no lo hicieras, ya que te estás tirando a mi hermana. —Brielle le dio un codazo y Blythe se rio—. ¿Qué? Sólo estoy exponiéndolo todo. Quiero decir, si vamos a ser familia, podemos empezar con honestidad.

Valor levantó la mano hacia Blythe. —La honestidad es buena.

La sacudió con fuerza. —Me alegro de que estemos de acuerdo. Sígueme.

Giró sobre sus talones y se dirigió a un pasillo con Valor a su lado. Los demás les seguimos.

—Oh, ignora a Andy. —Blythe señaló a la rubia con la barbilla—. Es de naturaleza gruñona, pero es porque se preocupa.

—Qué manera de tirarme debajo del autobús, chica. ¿Cómo voy a mantener mi reputación contigo cerca? —Andy puso los ojos en blanco, pero la suavidad de su voz nos dijo lo familiar que eran la una con la otra.

Nuestra tensión empezó a disminuir, sustituida por una ternura inesperada.

Andy nos guio a través de una serie de pasillos serpenteantes, cada giro nos introducía más profundamente en el corazón de su operación. Había varias salas cavernosas llenas de cambiaformas tumbados. No se trataba de un escondite desordenado, sino de un refugio sólido: un hogar.

Andy nos condujo a un despacho, e intercambié miradas con Ezra y Valor mientras ella se sentaba en el sofá.

Nos sentamos en las sillas frente a ella y Blythe se dejó caer en el centro de la habitación.

Luego, Andy miró a Brielle y dijo—: Tus compañeros, ¿eh?

Brielle se sonrojó. —No me habrías dicho nada si hubiera sido sincera contigo. Hice lo que tenía que hacer.

La comisura de la boca de Andy se crispó antes de volver a mirarnos.

No perdió tiempo en ir al grano.

—¿Qué haréis ahora que sabéis de nosotros?

—Nada —dijo Ezra—. Guardaremos tu secreto si eso es lo que deseas. Vinimos aquí por nuestra compañera.

—Y por Blythe —añadió Andy—. ¿La llevaréis a vuestra manada? ¿Vuestro alfa no tendrá preguntas?

—Las tendrá —dije, sin tener una razón para mentir—. Pero el alfa Wynn no está por la labor de obligar a las omegas a entrar en su manada. Podemos discutirlo si Blythe quiere venir con nosotros, pero, por lo demás, se trata de nuestra compañera y su hermana y de su felicidad.

Andy miró a Blythe. —Entonces, ¿es esto, chica?

—Se acabó —dijo Blythe—. He estado lejos de mi hermana durante demasiado tiempo. Te quiero, Andy, y siempre te estaré agradecida a ti y a los demás, pero necesito a Brielle.

Andy tragó saliva. —Sólo prométeme que nos visitarás cuando tengas tiempo.

—Lo prometo.

Andy se revolvió el pelo por encima del hombro y se volvió hacia nosotros. —¿Y el Consejo? ¿Cómo explicaréis una omega no identificada en sus tierras?

Ezra gruñó—: No habrá explicaciones.

Andy torció el labio. —Así que una de las manadas sancionadas por fin ha espabilado. Es bueno saberlo.

Se me erizó el vello de la nuca. Lo que Andy tuviera que decir no sería bueno.

—¿Supongo que estás al tanto de las... actividades extracurriculares del Consejo? —preguntó Ezra.

La expresión de Andy era sosa, pero su mirada era de acero. —Lo estamos.

Volví a pensar en la pelirroja medio bruja. —Ray...

—La hija del concejal Raza. —Andy apretó los labios—. Bueno, una de ellas, al menos. No es que piense en ellas como algo más que herramientas.

—¿Cómo? —Miré a la pelirroja, intentando ver a Raza en sus rasgos—. ¿El concejal es mestizo?

Los cruces siempre habían sido raros. La profunda desconfianza de ambos bandos había llevado a la adopción de leyes de no confraternización tras la guerra. Los pocos mestizos que existían eran despreciados por ambos bandos y solían optar por permanecer ocultos. ¿En qué estaba pensando el concejal Raza?

—¿Sabes de su contacto con brujas? —preguntó Andy.

—Sabemos que las utiliza para hechizos, objetos mágicos y elixires —dije.

—Bueno, ahora ya sabes que sus gustos van más allá de las típicas áreas de negociación —respondió Andy con frialdad.

—Claramente. —Ezra cruzó los brazos sobre el pecho—. Primero hace trueques por los hechizos y objetos malditos de las brujas, y ahora se las folla.

—¿Cuántos mestizos hay por ahí? —Valor preguntó.

—Más de los que sabemos. —Andy se inclinó hacia delante en su asiento—. ¿Qué pensáis hacer con ellos?

Valor cruzó los brazos sobre el pecho. —¿Quién dice que pensamos hacer algo?

Andy resopló, con un gesto a la vez condescendiente y desdeñoso. —No me insultes. Prácticamente escupiste el nombre del Consejo, y tu manada está dispuesta a ponerse en riesgo para ayudar a una omega. Eso significa que hay más en esta historia. Sea lo que sea, quiero entrar. Y a cambio, te daré la información que tengo.

—Ya nos has hablado de los mestizos; ¿qué más puede haber? —Ezra la desafió.

—No eres tan tonto como para creer que eso es todo lo que sé. Incluso sabiendo que existen los cruces, no tienes ni idea de por qué lo hacen. . . ¿o ya te lo has imaginado?

A Ezra se le desencajó la mandíbula. —¿Qué sacas con eso?

—Refugio.

La miramos con los ojos muy abiertos. De todas las cosas que esperábamos que dijera aquella mujer, ésa no era una posibilidad.

—Llevo años haciendo esto. Y he tenido que trasladar escondites siete veces. No todas las omegas que rescato son luchadoras, y no tengo la mano de obra para mantenerlas a salvo con la forma en que nuestros números se están expandiendo. —Se pasó los dedos por el pelo—. El Consejo está buscando información. Intentan encontrarnos. No es cuestión de si lo harán, sino de cuándo. —Sus ojos brillaron con fuego—. Quiero la palabra de tu alfa de que mis chicas tendrán

un refugio al que puedan huir cuando llegue el momento.

—¿Refugio a cambio de información? —preguntó Valor.

Sacudió la barbilla bruscamente.

Brielle nos miró mientras intercambiábamos miradas, con sus ojos suplicando que aceptáramos.

Extendí una mano hacia Andy, sabiendo que el alfa Wynn nunca rechazaría a las mujeres necesitadas. —Tenemos un trato.

Nos estrechamos las manos y ella agregó—: El Consejo ha estado buscando una forma de mantener un control permanente sobre los cambiaformas. Al principio, retener a las omegas y organizar la Caza era suficiente, pero, con el paso del tiempo, los miembros del Consejo se dieron cuenta de que pronto habría demasiados cambiaformas emparejados.

—¿Por qué tener un compañero amenazaría su poder? —preguntó Blythe.

—Antes de la maldición, había algo a lo que todos los cambiaformas se sometían, un vínculo más fuerte que cualquier ley o entidad: un vínculo de pareja predestinada. Era lo que se codiciaba por encima de todo. En aquel entonces, el rango no importaba. Cualquiera podía emparejarse, y la misión de nuestra alma era encontrar a nuestra otra mitad. Un cambiaformas haría cualquier cosa por defender y proteger a su pareja. Pero, cuando la plaga cayó sobre nosotros, impidió que las almas encontraran a su media naranja. Esterilizó a la población femenina dañando sus almas, debilitándonos en conjunto. La mitad femenina de la población no tenía ataduras, y los machos se quedaron con una herida abierta. Nuestras piezas ya no encajaban, y sin esta conexión, procrear era imposible. Las omegas fueron la solución de la Diosa para volver a completar nuestras almas.

—Pero las omega eran las únicas capaces de recibir la bendición, lo que hacía que los lazos del alma de las parejas predestinadas tradicionales fueran cosa del pasado —dijo Ezra.

Andy asintió. —Al menos, eso era lo que pensaba el Consejo. La ausencia de parejas predestinadas era una preocupación, pero una vez que el Consejo vio cuánto control podían ejercer sobre las manadas, se obsesionaron con el poder. Disfrutaban del hecho de que podían obligar a los alfas a someterse.

—¿Qué ha cambiado?

Andy dudó, luego continuó. —Hace cincuenta años, una omega encontró a su pareja predestinada. No se parecía a nada que hubiéramos visto antes. Las leyes de nuestra propia existencia estaban cambiando, pero una cosa permanecía constante: el vínculo triunfaba sobre todo. La unidad desafió abiertamente al Consejo por ella, y perdieron la vida. Fue entonces cuando el Consejo recurrió a las brujas negras. Necesitaban magia para mantener el control sobre los cambiaformas. La utilizaron para ocultar la verdad y asegurarse de que las omegas restantes tuvieran una pequeña oportunidad de encontrar a sus parejas predestinadas.

Ezra frunció el ceño al reconstruir la información. —Por eso meten a las omegas en internados y las mantienen separados de sus lobas. Quieren evitar que sean capaces de reconocer el instinto de apareamiento.

—Exacto. Con las omegas dispersas por las manadas como estaban (por no hablar de las constantes batallas para robarlas) era sólo cuestión de tiempo que alguien lo descubriera. También es por eso por lo que la Caza se produce tan pronto como la omega está en celo. Una vez que una omega está ligada a otra unidad, no puede sentir un vínculo predestinado.

—¿Cuál era el propósito de la cría con las brujas? —preguntó Ezra.

—Compatibilidad. Antes de la guerra, las brujas y los cambiaformas se apareaban entre sí. Las brujas no tienen parejas predestinadas, pero sus lazos elegidos siguen siendo fuertes. El Consejo quería crear descendencia reproductivamente compatible. Intentan resolver el problema de la población sin la Diosa.

No me cabía en la cabeza lo que estaba oyendo. Era irracional, ilógico. Era una locura.

—Van a acabar con las omegas —dijo con un ronquido.

El silencio de Andy fue confirmación suficiente. —Quieren el control total, y los lazos predestinados suponen una amenaza para su dominio. Se creen dioses y, con la ayuda de la magia negra, pueden controlarlo todo. Decidirán qué líneas familiares viven y cuáles mueren. Todos estaríamos a su merced.

Erza estudió a Andy. —¿Cómo obtuviste esta información?

Los ojos de Andy miraron a Blythe antes de volver a nosotros. —Trabajé con el padre de Brielle y Blythe en el Consejo mucho antes de que ellas nacieran. Fue a mí a quien se las confió cuando el Consejo se acercaba.

Capítulo 29

Brielle

Las oxidadas bisagras de la puerta chirriaron cuando mis compañeros y yo entramos en nuestra habitación para pasar la noche. Nos quedamos en silencio, felices de estar cerca los unos de los otros. La conversación con Andy no había salido como esperábamos, pero la información que nos había dado era inestimable.

Sin embargo, eso significaba que yo no era más que una pieza del rompecabezas, una muy pequeña en el gran esquema de las cosas. Mi hermana y yo no éramos más que un medio para un fin, nuestra existencia había sido provocada por la codicia de otros.

¿Qué haríamos ahora que conocíamos el objetivo final del Consejo? ¿Cómo podríamos detenerlos?

—Cariño —dijo Valor—. Ven aquí.

Se sentó en el borde de la cama, con los brazos abiertos. La necesidad en su voz coincidía con el dolor de mi pecho, y me subí a su regazo con un suspiro.

Me senté a horcajadas sobre él y apreté mi corazón contra el suyo, murmurando suaves palabras tranquilizadoras mientras sus brazos me rodeaban.

Los dedos se clavaron en mi pelo mientras Ezra dejaba caer un beso sobre mi frente. —Nos preocupaste por un momento.

Las manos de Korren recorrieron mi espalda y mi columna se alargó cuando me arqueé ante su contacto. En el bar, justo antes de que mi mundo se oscureciera, mi último pensamiento fue para mis compañeros.

Me rodeaban, dándome seguridad y amor a través del vínculo. Aquí era donde me sentía más segura. Eran mi hogar.

—Lo siento —empecé, pero fui cortada por el dedo de Korren en mis labios.

—No tienes nada que lamentar. Pero esto no volverá a ocurrir. —La mirada de Korren se afiló—. Nos negamos a fallarte como casi lo hicimos hoy.

Le acaricié la mejilla y le pasé el pulgar por los moretones que sanaban con rapidez. Diosa, nunca perdonaría a los cambiaformas que les hicieran daño.

—No me fallasteis. Me disteis algo que nunca podría haberme dado a mí misma. Me llevasteis hasta mi hermana.

—Casi te perdemos en el proceso —gruñó Ezra—. ¿Qué habría pasado si los cambiaformas pretendían llevarte? Nunca nos habríamos perdonado ser tan descuidados con tu seguridad.

Mi loba resopló, pero en el fondo estaba contenta. No queríamos que nuestros compañeros se culparan por cosas sobre las que no tenían control, pero no nos importaba su devoción.

Miré a Ezra con el ceño fruncido. —No fuiste descuidado, nunca lo eres. —Clavé en Korren y Valor una mirada igualmente mordaz—. Era un mal necesario. Nunca habríamos llegado tan lejos si no me hubieras dejado ir sola, así que no quiero oír más autoculpas. ¿Está bien?

Valor deslizó su mano hasta mi nuca y me besó. —Me gusta cuando eres mandona.

Ezra me agarró la barbilla. —¿Sabes lo mucho que significas para nosotros?

Sacudí la cabeza, desesperada por oír las palabras.

Valor me hizo girar sobre su regazo, señalándome hacia mis otros compañeros.

—Lo eres todo, Brielle —dijo Ezra, con voz de seda—. En el momento en que te encontramos en aquel árbol, te convertiste en nuestro mundo. Tu dolor, tu pesar, tu alegría y tu triunfo nos pertenecen.

Korren me besó suavemente los dedos, los nudillos y las muñecas. —Y nosotros somos tuyos. Tú eres nuestra ancla, nuestro centro. No lo dudes nunca. Te queremos.

Mi cuerpo enrojeció de placer. El mundo se desvaneció cuando me acerqué a Korren, decidida a tomar todo lo que me ofrecía. Me pasó la lengua por la comisura de los labios mientras Ezra me agarraba del dobladillo de la camisa. Korren se echó hacia atrás y dejó que Ezra me quitara la blusa. Cuando ésta cayó al suelo, su boca encontró la mía con una desesperación que me hacía doblar los dedos de los pies.

Los hábiles dedos de Ezra rodaron y pellizcaron mis pezones endurecidos, enviando corrientes de placer por mi espina dorsal. La longitud de Valor se engrosó contra la curva de mi culo y me estremecí contra él.

Luego, Valor bajó los labios hasta la curva de mi cuello, recorriéndome la piel con la lengua antes de hundir sus dientes en el hueco de mi hombro. Gemí en la boca de Korren mientras Valor me desabrochaba los pantalones y me metía la mano entre las piernas.

Los dedos de Valor se deslizaron por mis pliegues. —¿Vas a gritar por nosotros?

Diosa, perdía el control de mis sentidos cuando hablaba así. —Sólo si me das una razón para gritar.

Un ruido sordo llenó la habitación y Ezra me arrancó los pantalones del cuerpo.

—Creo que eso se puede arreglar —dijo Ezra.

Korren se deshizo rápidamente de su ropa y ocupó el lugar de Ezra frente a mí.

—¿Te gustaría, guapa? —ronroneó—. ¿Qué te llenemos hasta que grites y ruegues por más?

Me mordisqueó la boca y levantó mis caderas hasta que su polla se apoyó en mi entrada. Me penetró con un movimiento suave, estirando mis paredes hasta que nuestros cuerpos quedaron unidos. Aunque él permanecía quieto, su polla palpitaba dentro de mí y me enloquecía de lujuria.

Valor salió de debajo de mí y nos ayudó a subir a la cama. Intenté mover las caderas y obligar a Korren a aliviar mi necesidad, pero él me retuvo.

—No te preocupes, amor —dijo Korren riendo—. Te llevaré allí, pero primero tienes que demostrarles a Ezra y a Valor lo mucho que nos quieres.

La cama se inclinaba a ambos lados de mi cabeza mientras ellos se arrodillaban en el colchón. Las pollas de Ezra y Valor sobresalían por encima de mí, tensas y llorosas. Me humedecí los labios y se me apretó el corazón.

—¿Emocionada? —Korren preguntó, golpeando la parte exterior de mi muslo—. Enséñamelo. Envuelve tu boca alrededor de sus bonitas pollas y haz que tus compañeros se corran.

El calor me inundó el vientre mientras apretaba el pene de Ezra con una mano y el de Valor con

la otra. Lamí la punta de la polla de Valor y bombeé con fuerza la de Ezra. Valor siseó, Ezra gimió y el interior de mis piernas se cubrió de babas.

—Eso es, haz que mi polla lllore por ti —gimió Valor.

Me la llevé a la boca, gimiendo mientras Korren bombeaba sus caderas. Mi cuerpo cobró vida bajo la atención de mis compañeros. Trabajando simultáneamente con la mano y la boca, obtuve lo que quería de ellos mientras Korren recompensaba mis esfuerzos con lánguidos empujones.

Me aparté de Valor con un chasquido y giré la cabeza, arrastrando los dedos por las gruesas venas del pene de Ezra antes de chupar la cabeza. Ezra me mantuvo quieta y se introdujo en mi boca, con movimientos seguros y posesivos. Mi mano se aferró a Valor, sacudiéndolo con fuerza y rapidez mientras Korren presionaba más profundamente.

Nuestro vínculo palpitaba y se retorció de lujuria, necesidad y amor. Inundó mis sentidos hasta que me ahogué en su reclamo.

Korren gimió y se deslizó fuera de mí. Apretó la cabeza de su polla mientras Valor ocupaba su lugar y, con un rugido, Korren derramó su semilla sobre mi estómago y mis pechos. Ezra gruñó ante la visión, aumentando su ritmo.

Valor se apoderó de mis entrañas mientras Ezra me follaba la boca, y mi cuerpo zumbaba y se tensaba en torno a ellos. Korren colocó su boca en el doloroso manojito de nervios que tenía entre los muslos y grité.

Las lágrimas corrían por mis mejillas. Nos invadió el impulso animal de empaparnos de placer y la habitación se llenó de gruñidos y gemidos cuando nuestros cuerpos chocaron.

Mi visión se ennegreció mientras el placer me recorría las venas. Nuestro vínculo se tensó y sentí como si nuestras almas convergieran, mientras caíamos juntos por el precipicio.

Mientras yo disfrutaba del resplandor, ellos se retiraron con cuidado y me abrazaron, rodeándome de calor.

—Os quiero —susurré mientras me pesaban los párpados.

Capítulo 30

Ezra

Nos levantamos al amanecer, sacamos a Blythe de su habitación y nos despedimos de Andy antes de dirigirnos al todoterreno.

Brielle y Blythe caminaban de la mano, susurrándose. Blythe parecía la viva imagen de la calma, pero la tensión de sus hombros delataba sus nervios.

El viaje a Hidden Creek fue alegre, a pesar del peso de nuestros nuevos conocimientos. Brielle y su hermana se sentaron atrás con Korren, su seguridad era primordial.

Sabíamos a lo que nos arriesgábamos si el Consejo tenía éxito. Habíamos prometido mantener en secreto la ubicación del refugio, y les proporcionamos una línea de comunicación segura para contactar con nuestra manada si surgía la necesidad. Planeamos informar al alfa Wynn en cuanto llegáramos a Hidden Creek.

Sabía que prometer a los rebeldes un lugar de refugio era la decisión correcta, y estaba seguro de que el alfa Wynn respetaría las condiciones. Nuestro alfa lo arriesgaría todo para hacer las cosas bien. Había demostrado ser un buen líder cuando su padre estaba vivo y seguía haciéndolo con las omegas. Con la información de Andy sobre las razas mixtas y los motivos del Consejo, podríamos fortificar nuestras defensas contra el Consejo.

Al entrar en territorio de la manada, los músculos de Blythe se tensaron. Era comprensible. No importaba lo que le dijéramos, la vida de la manada sería una adaptación. No estaba del todo seguro de si los rebeldes tenían algo parecido a un sistema, a pesar de que todos parecían aplazar a Andy.

Valor miró por encima del hombro. —No te preocupes, B. Te tenemos. Te prometo que la realidad es mucho mejor que lo que estés pensando.

Exhaló un suspiro. —Lo sé. No creo que mi hermana me llevara a un lugar inseguro, pero mi loba no deja de dar vueltas. Ella es gruñona, y le toma un tiempo para confiar en la gente nueva.

Me da escalofríos.

Mis labios se torcieron. Sólo hacía un día que conocía a Blythe, pero era fácil distinguir las diferencias entre ella y su hermana. Mientras que Brielle era reservada y tendía a ocultar sus pensamientos, Blythe le decía a la gente exactamente lo que pensaba. Era un rasgo entrañable.

También me dijo que los rebeldes hicieron un trabajo admirable para que se sintiera lo suficientemente segura como para expresarse.

—Iremos despacio con las presentaciones —dijo Korren—. Hoy dejaremos que te acostumbres a nuestra guarida y, si te animas, daremos un paseo por el territorio. ¿Qué te parece?

Blythe estaba pegada a la ventana, con los ojos muy abiertos mientras contemplaba la vegetación ondulante. —Genial, Kor.

Pasamos el control de seguridad y pedimos a los agentes de guardia que enviaran un mensaje al alfa. La urgencia nos pisaba los talones. Cuanto antes tuviera el alfa todos los detalles, antes podríamos trazar un plan y mantener a salvo a Blythe.

Mi familia se ampliaba en un abrir y cerrar de ojos, y algo feroz me oprimía el pecho.

No me había dado cuenta de lo mucho que quería una hasta ese mismo momento.

Llevamos a Brielle y Bly directamente a nuestra guarida. Blythe tendría unas horas para ponerse cómoda antes de que la lleváramos con el alfa.

—Vamos a reunirnos con el alfa Wynn —le dije a Brielle—. Si nos necesitas, ponte en contacto con nosotros en la unidad de comunicaciones.

—Lo haré. —Al notar mi vacilación para salir, Brielle besó mi mandíbula—. Estamos bien. Ahora vete antes de que cambies de opinión.

Lo haría si me quedara mucho más tiempo. Sólo por esa razón, me di la vuelta y salí por la puerta, recordándome a mí mismo que estábamos de vuelta en tierra de la manada. Ella estaba a salvo.

Valor, Korren y yo haríamos todo lo posible por mantener a Blythe oculta del Consejo. No era solo la hermana de Brielle, ahora también era nuestra.

Aceleramos a medida que nos acercábamos a la casa del alfa. La verdad que Andy nos había revelado se aferraba a mi lengua, golpeando contra la parte posterior de mis dientes, ansiosa por escapar. Una extraña sensación de presentimiento levantó mis púas de lobo.

«Algo no va bien» dijo.

—¿Hueles eso? —Valor murmuró—. El alfa no está solo.

Antes de que pudiera explicarse, la puerta se abrió de golpe. Miré más allá de nuestro alfa y mis ojos chocaron con la mirada fría y reptiliana del concejal Raza. Estaba sentado en el sofá y a su lado había un concejal más joven, al que nunca había visto. El recién llegado llevaba el pelo escandalosamente blanco y corto, pero sus ojos verdes eran tan calculadores como los de Raza.

Iba a ser un problema.

Tiré del lazo y los otros respondieron de la misma manera. Acordamos que nuestra prioridad sería mantener a esos dos lo más lejos posible de Blythe.

—Ezra, Valor, Korren. Me alegro de que hayáis vuelto de vuestro viaje —dijo el alfa Wynn—. El concejal Raza acaba de solicitar vuestra presencia.

—Qué suerte que hemos podido llegar a tiempo —respondí con firmeza.

El alfa nos condujo a su guarida. Bishop se sentó en el rincón más alejado de la sala de estar, con los ojos fijos en el concejal Raza.

Intercambiamos saludos y luego nos quedamos en silencio, esperando a que nos revelaran el motivo de su visita.

—No sabíamos que tuvieran pensado pasarse por aquí —dijo Korren con neutralidad.

Una sonrisa se dibujó lentamente en el rostro del concejal Raza. —Queríamos darle una sorpresa a Brielle. Después de su estancia de nueve meses en el centro, cuatro semanas sin ella parecen una eternidad. ¿Dónde está mi chica favorita?

Capítulo 31

Valor

Intentaba sacarnos de quicio. Apreté los puños y mi lobo se abalanzó sobre nuestra barrera mental, reconociendo sus palabras como una amenaza.

La sonrisa del alfa Wynn era la de un tiburón, y la tensión crepitaba en el aire como electricidad estática. —Seguro que está descansando tras sus vacaciones —dijo Wynn.

Ah, así que ahí es donde se suponía que teníamos que haber estado.

—Exacto. —Me recosté en el sofá, cruzando el tobillo sobre la rodilla—. No estoy seguro de cómo se hacían las cosas en tu época, pero en esta manada, el alfa Wynn no nos exige que le pongamos correa a nuestra omega.

La rabia se encendió en los ojos de Raza. —Soy consciente. Wynn conduce su manada con bastante liberalidad, si la ausencia de su compañera sirve de algo.

—Isolde está atendiendo los asuntos de la manada. Seguro que recuerdas todo el trabajo que conlleva llevar una manada —dijo Bishop.

—Desde luego —respondió Raza, con voz tensa.

La mirada de desaprobación del concejal era una condena silenciosa que lo decía todo. Aun así, se abstuvo de expresar sus objeciones.

—Este es el concejal Rhys —dijo Raza—. Ocupará el lugar del segundo.

Había doce puestos en el Consejo, cada uno de los cuales reflejaba el estatus y el poder del miembro en la jerarquía. Conseguir el segundo puesto era una hazaña impresionante para alguien tan joven. Significaba que este hombre era el segundo después del concejal Raza.

El concejal Rhys inclinó la barbilla en señal de saludo, pero su expresión siguió inmutable.

—Encantado de verle de nuevo, concejal. Perdone mi descortesía, pero ¿le llevará mucho tiempo? —preguntó Korren—. Me gustaría volver a mi unidad médica.

—Olvido lo importante que eres —dijo el concejal Raza, con sorna—. Vamos a acelerar esta visita, entonces. Ezra, recupera a Brielle para que podamos empezar las pruebas.

—¿Pruebas? —preguntó Korren, aunque el pavor me invadía las entrañas.

—Sí, ha pasado un mes. Seguramente un cachorro ha echado raíces, especialmente dadas sus circunstancias poco comunes durante la Cacería.

Me hervía la sangre. Había llegado sin avisar, lo que me hizo saltar las alarmas, y ahora quería poner a prueba a Brielle. Nada de esto presagiaba algo bueno.

«Se nos acaba el tiempo» gruñó mi lobo. Estaba de acuerdo. No tardarían en atar cabos y darse cuenta de que nos estábamos defendiendo.

Estas no eran las acciones de una organización confiada. El Consejo se sentía incómodo con nuestra reacción y nos estaba haciendo saber que Hidden Creek estaba en su punto de mira.

Tendríamos que movernos pronto.

Ezra se levantó sin decir palabra y se fue a buscar a Brielle. Su mandíbula apretada me decía que no le hacía ninguna gracia, pero teníamos las manos atadas. Negárselo equivalía a una confesión de culpabilidad.

—Alfa, tengo algunos informes sobre los nuevos ejecutores que quería revisar —dije, necesitando un minuto a solas con él.

El alfa Wynn nos disculpó y nos dirigimos a la cocina.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté, conteniendo a duras penas mi rabia.

—Les seguiremos el juego. —Wynn cruzó los brazos sobre el pecho—. Ya hemos empezado a contactar con otras manadas. Aunque Brielle esté embarazada, no podrán hacer nada al respecto. No pondrán sus manos sobre tu hijo, Valor. Controla tu temperamento y deja que piensen que se están saliendo con la suya.

—Para ti es fácil decirlo —siseé—. Tu pareja sigue escondida.

El Alfa entrecerró los ojos, pero después de un momento, suspiró. —No dejaremos que le pase nada, Valor. ¿Confías en mí?

Quería decir que no, pero sería mentira. —Sí.

—Entonces confía en mí en esto.

Le seguí a regañadientes hasta el salón mientras Ezra regresaba con Brielle. Estaba de pie ante el concejal Raza, con expresión estoica, silenciosamente desafiante ante su escrutinio.

—Brielle —ronroneó el concejal Raza—. Cuando me miras así, me recuerdas a tu padre.

Mis instintos protectores se dispararon cuando se estremeció y gruñí en señal de advertencia. Korren se acercó a Brielle y Ezra se interpuso entre nuestra compañera y el concejal Rhys.

El pedazo de mierda se regodeaba. Deseaba desesperadamente librar al macho de sus órganos, pero, por algún milagro bendito por Dios, fui capaz de mantener la compostura.

La mano de Brielle se enroscó alrededor de mi muñeca, aunque sus ojos nunca abandonaron los de Raza. —Bien. Espero que su cara te persiga.

El concejal Rhys se aclaró la garganta, cortando la tensión. —La prueba, concejal —dijo con suavidad.

—Bien. Empezaremos ahora.

Retrocedimos a regañadientes, permitiendo que el concejal sacara el equipo necesario y comenzara la prueba. El aire crepitaba de expectación mientras sus miradas se detenían en Brielle con una intensidad que me erizaba la piel.

Brielle fue al baño a tomar una muestra y volvió con la misma expresión de aburrimiento. Se unió a nosotros mientras Raza encendía una máquina que zumbaba como una bomba de relojería, cada pitido nos acercaba más a un destino que no podíamos controlar.

Mi lobo se enfureció dentro de mi piel. Necesitaba llevarme a Brielle lejos de esos machos, pero hacerlo afectaría a toda la manada.

La máquina zumbó.

El concejal Raza sacó lentamente la bandeja y escaneó los resultados. La comisura de su boca se levantó y supe la respuesta antes de que hablara.

—Felicidades, Brielle —dijo el concejal Raza, con los ojos puestos en Wynn—. Parece que le darás a Hidden Creek su primer cachorro.

El vínculo se estremeció. Que no lo hubiéramos percibido significaba que el cachorro sólo existía desde hacía unos días. Y ahora que el Consejo lo sabía, tendrían una razón para volver a visitarnos. Era un duro recordatorio de la fragilidad de nuestra situación.

La noticia del embarazo de Brielle flotaba en el aire y, en medio de la incertidumbre, el miedo y la rabia, una cosa estaba clara: nuestro hijo por nacer tendría una vida diferente a ésta.

Pagaríamos cualquier precio para asegurarlo.

Capítulo 32

Korren

Cuando nuestra ansiedad colectiva alcanzó su punto álgido, el concejal Raza tomó la palabra.

—Seguro que te hace ilusión celebrar la buena noticia con tus compañeros, pero antes debemos realizar la prueba de evaluación. —Le tendió la mano como si fueran viejos amigos—. Ven, Brielle.

Me puse delante de ella, ocultando mis garras desenvainadas tras la espalda. —No será necesario. Ya has hecho bastante por hoy.

—Puedo asegurarte que los métodos son bastante seguros para el cachorro...

—He dicho que no, como compañero y como sanador —gruñí. Puede que fuera una decisión equivocada, pero había que humillar al concejal Raza—. No sé qué método utilizas para examinar a los cachorros nonatos, pero lo último que supe es que no contabas con la bendición de la Diosa para hacerlo.

Su cara se puso roja de ira, pero le sostuve la mirada. No había nada que pudiera decir. No admitiría haber usado magia, y ambos sabíamos que sólo un sanador poderoso podía hacer algo así. El hecho de que quisiera hacer una prueba de evaluación ahora, en lugar de esperar al nacimiento, era la prueba de que no confiaba en Hidden Creek después de lo que había pasado con Isolde.

—Cuando el niño esté más desarrollado, lo evaluaré yo mismo —le dije.

Ezra se quedó a mi espalda, esperando a que alguien me interrogara.

Algo pasó por el rostro del concejal Rhys, pero sus ojos se endurecieron antes de que la emoción pudiera revelarse por completo. —El sanador tiene razón. No hay necesidad de precipitarse. — Los ojos del concejal Raza se clavaron en los suyos, pero Rhys continuó—: Aunque descubriéramos que el niño es una omega, no la recogeríamos hasta que tuviera seis años.

Su tono insensible al hablar de llevarse a nuestro cachorro me hizo desear su muerte. Ezra me agarró del hombro, manteniéndome presente.

El concejal Raza no estaba contento con esta concesión, pero aparecer como un frente unido era más importante que mantener una discusión que no podía ganar.

Tal vez me equivocaba, pero algo me decía que el concejal Rhys tenía otras cosas en la cabeza.

Entonces, el concejal Raza se puso de pie y el concejal Rhys se le unió. —Nos vemos dentro de cinco meses —dijo Raza antes de saludar con la cabeza al alfa y despedirse.

Bishop les siguió hasta el exterior y los vio subir al coche.

—Lleva a Brielle a casa. Te llamaré para una reunión más tarde —ordenó el alfa Wynn.

Asentí y me volví hacia Brielle, que estaba pálida, pero no peor. Era una victoria temporal, pero sabíamos que no se echarían atrás fácilmente. La promesa de su inminente regreso flotaba en el aire como una nube de tormenta.

Una vez que nos aseguramos de que los miembros del Consejo estaban fuera del recinto, cogí la mano de Brielle.

—Vamos a casa.

Sonrió y asintió. Se hizo el silencio cuando salimos de la casa del alfa y recorrimos el camino familiar hacia nuestra guarida.

Un cachorro. Nuestro cachorro.

¿Era posible que un corazón se sintiera pesado y ligero al mismo tiempo?

—¿Nerviosa? —le preguntó Valor a Brielle.

—¿No es para estarlo? —replicó ella.

—Quizá un poco —admitió, pasándose una mano por el pelo—. No puedo decir que tenga mucha experiencia con cachorros.

Su sonrisa era suave, vacilante. —Sí que me preocupa. No me preocupa tanto la mecánica como las circunstancias.

—Preocupémonos por las circunstancias —dijo Ezra mientras estudiaba su rostro.

Al ver que fruncía el ceño, intervine. —No quiero decir que no puedas estar preocupada. Ezra solo quiere decir que ya se están ocupando de ello. Alfa Wynn tiene un plan. Todo habrá terminado mucho antes de que nuestro cachorro cumpla seis años. —Las palabras eran como una droga. Un cachorro... nuestro cachorro. Diosa—. No hay nada que puedan hacer antes de eso.

Ella resopló, pero no discutió. —Esto no significa que ganes —murmuró.

—Ni se me ocurriría.

Mi mirada se posó en su vientre, y mis manos ansiaban sentir la vida en su interior.

—¿Qué? —preguntó en voz baja.

«¿Por qué estoy tan nervioso?»

Su voz acarició mis oídos mientras susurraba—: ¿Korren?

«Mierda, debía haber estado callado demasiado tiempo.»

Ezra y Valor observaron el intercambio con interés.

—¿Puedo tocar...? —le pregunté dirigiendo mis ojos a su abdomen.

Se detuvo y siguió mi línea de visión. —Oh. ¿Puedes sentirlo?

—Yo puedo. Pero si no quieres que lo haga, no pasa nada. Sólo pensé que quizá todos podríamos sentir. —Miré a Valor y Ezra—. Si eso era algo que os apetecía.

—¿Puedes proyectar el sentimiento de nuestro hijo? —preguntó Brielle, con voz de asombro. Asentí con la cabeza—. Entonces sí, Korren. Por favor.

Apoyé la mano en su abdomen. El poder floreció en mi pecho y se deslizó hacia la punta de mis dedos. Lo liberé, permitiendo que mi habilidad buscara a través de las capas de piel y músculo. Respiré hondo cuando encontré la bendición en su centro. Allí, acurrucado en el vientre de Brielle, había un destello de luz: nuestro hijo.

Salvaje, esperanzador y nuevo.

Abrí nuestro vínculo y empujé el sentimiento hacia mi familia, dejando que se derramara en las partes unidas de nuestras almas.

Nuestra alegría, amor y determinación se entrelazaron hasta que dejamos de ser cuatro hebras únicas.

Estábamos trenzados como uno solo.

Sólo quedaba una cosa por hacer: un último compromiso para honrar a la Diosa que nos unió.

—Brielle, ¿aceptarías nuestro reclamo a la manera de antaño? ¿Te unirías voluntariamente a nosotros ante nuestra Diosa?

Era algo casi inaudito hoy en día. Las ceremonias tradicionales de emparejamiento eran nuestra forma de aceptar el plan de la Diosa y pedir su bendición al conectar nuestras almas. No tenía sentido si no había un vínculo predestinado.

Pero éramos diferentes: estábamos hechos el uno para el otro.

Y en mi corazón, yo sabía que era lo correcto.

Sus ojos se inundaron de lágrimas mientras nos miraba a nosotros, sus compañeros. —Lo haré.

Capítulo 33

Brielle

Un mes después.

De pie sobre una plataforma bellamente adornada frente a la manada, me pregunté si estaría soñando. El olor a violetas flotaba en el aire y la luna llena bañaba el claro con un resplandor etéreo. La expectación y la alegría se apoderaban del campo, atrapando a todos los presentes.

Esta era la primera ceremonia de emparejamiento tradicional de Hidden Creek en décadas. La unidad alfa no había sentido la necesidad de una ceremonia de emparejamiento. Estaban contentos con saber que se pertenecían el uno al otro. No me sorprendía. Por lo que había oído acerca de la unidad alfa, se oponían a la tradición siempre que fuera posible.

Blythe estaba a mi lado, su presencia era un ancla reconfortante. Ezra, Valor y Korren (los hombres que se habían convertido inesperadamente en el centro de mi mundo) sonreían desde el otro lado de la plataforma, con sus ojos llenos de promesas de eternidad.

Alfa Wynn inició la ceremonia con las palabras de nuestros antepasados.

Ryr hlak it ' hry. La manada lo es todo.

—Madre de lo salvaje y de la noche, tus hijos te llaman —dijo Wynn, su voz recorrió el claro—. Nos abandonamos a tu juicio, vivimos para tu voluntad y pedimos tu misericordia. Esta unidad se presenta ante ti, bajo el resplandor de tu luz, para jurar su fidelidad a la pareja que les has destinado. Te pedimos que escuches su juramento.

—Escucha su juramento —murmuró la manada.

Como uno solo, mis compañeros hablaron. —Te ofrecemos nuestra voz, nuestra mente y nuestra seguridad. Juramos amarte y adorarte por encima de todos los demás. Te reconocemos como parte de nosotros, concediéndote nuestra protección mientras la tengas.

El antiguo voto me pareció de vital importancia, como el día y la noche.

—Os ofrezco mi oído, mi alma y mi corazón —les dije—. Juro amaros y adoraros por encima de todos los demás. Os reconozco como parte de mí, concediéndoo un hogar mientras lo tenga.

Yo era su hogar y ellos eran el mío.

Mi mente vagaba por la vida que crecía en mi interior, una prueba tangible de que el amor y la conexión de nuestra unidad habían florecido en circunstancias inesperadas. Nuestro hijo era un símbolo de nuestro vínculo inquebrantable, un milagro con el que nunca me había atrevido a soñar. Pensar en nuestra vida juntos, en el amor que seguiría creciendo y evolucionando entre nosotros, me llenaba de paz.

Bajo la atenta mirada de la luna, rodeada del calor de nuestra manada, me di cuenta de que tenía todo lo que podía desear. El viaje que me había traído hasta aquí había estado plagado de retos e incertidumbres, pero al estar junto a Ezra, Valor y Korren, sabía que cada paso había merecido la pena.

—Con la bendición de nuestra Diosa, que este emparejamiento traiga prosperidad a la manada —terminó Wynn.

Mis compañeros se reunieron a mi alrededor cuando la ceremonia llegó a su fin, y la manada estalló en vítores y felicitaciones.

—¿Lista para la fiesta, cariño? —preguntó Valor, tendiéndome la mano mientras Korren me acariciaba el abdomen.

Miré a Ezra y le dije—: Sólo si prometes guardarme un baile.

Su voz era como miel caliente. —Puedes quedártelos todos.

En los brazos de mis compañeros, con la promesa del mañana brillando en sus ojos, supe que no importaban los retos a los que pudiéramos enfrentarnos, porque los afrontaríamos juntos. Por fin, había encontrado el tipo de fuerza y amor que perduraría incluso en la noche más oscura.